
Ilusión
de
Peregrinos

Memorias
de la
familia Poncio

♦

Rubén D. Poncio



Quien lea este libro encontrará en él una historia de vida muy común y muy particular a la vez. Común, porque narra el recorrido que muchos argentinos han tenido oportunidad de realizar. Pero a la vez, se trata de un periplo muy particular, en el que están presentes los variados aspectos del desarrollo de una persona.

Rubén Domingo Poncio nació en una casa en la zona rural de Sastre, en 1941. En este libro, pensado principalmente para compartirlo con su familia, nos narra sobre su infancia en el campo santafecino, en el seno de una familia de inmigrantes habituados, por fuerza, a las rusticidades de una vida para la que nadie los había preparado. Una adolescencia que trajo las primeras distancias entre aquel lugar en el mundo y el mundo como un nuevo lugar. Luego, lo novedoso, la ciudad, lo rutilante, y la consecución de aquellas oportunidades soñadas por tantos y alcanzadas por algunos, aquello de convertirse en el primer profesional universitario de la familia. De aquellos orígenes de humildad y dignidad quedaron, como herencia en vida, los valores y la actitud, la perseverancia y el coraje que le abrieron puertas impensadas. Su mensaje es coraje, honestidad, seguridad y, sobre todo perseverancia, para ponerse de cara a la vida.

El libro recoge anécdotas familiares que permiten apreciar los cambios en las costumbres a lo largo de las generaciones. Fue pensado específicamente para transmitir a sus descendientes una semblanza de otros tiempos y es, así, una maravillosa ocasión para sacar la mirada del presente persistente y pensar en otras formas de transitar la vida.



Al momento de redactar esta historia...

Redactado en primera persona por Rubén Domingo Poncio, hijo de Domingo Poncio y Guillermina Brusa, entre los meses de junio y agosto de 2020, mientras hacía estragos la Pandemia de Covid-19.

PREFACIO

Siento un cierto recato en expresar el término “Memorias”, pues me parece un tanto presuntuoso; prefiero considerarlo un ayuda-memoria, que tiene su origen en una necesidad que he sentido desde que era niño, aún joven, cuando mi interés me llevaba a preguntar cosas de la familia que nadie me respondía, ya fuera porque mis mayores no tenían el conocimiento suficiente, o porque tampoco tenían demasiado interés en contar.

El presente es un documento privado, es decir que no está destinado a la publicación masiva. Mis modestas pretensiones sobre su destino, sin duda, lo mantendrán a una discreta y prudente distancia de un premio Pulitzer a la biografía. Mi anhelo es tan solo brindar alguna información a mis hijos, nueras y nietos respecto de quiénes somos, de dónde venimos, cómo fue que llegamos hasta aquí y, por qué no, transmitir vivencias que permitan ubicar en el tiempo y el espacio a quienes se tomen la molestia de leer este documento, que solo contiene algunas pinceladas de lo que permanece en mi memoria. Es posible pensar que alguno de mis siete nietos sentirá algún interés por enterarse de algunas de estas cosas.

Aquí se podrán encontrar fechas y datos que pueden calmar la inquietud y la curiosidad de mis descendientes, familiares o amigos, si es que en algún momento se preguntan por algunos datos que ya nadie recuerda en la familia, tal como me ocurría en la época en mi juventud.

Para mitigar el aburrimiento de los presuntos lectores, me he atrevido a intercalar algunos detalles –quizá poco trascendentes– que pretenden situar al lector en la época y lugar de los hechos.

Los que lean esta semblanza se sorprenderán por la notable ligazón familiar entre los Poncio, los Serra y los Brusa, de Sastre y de Coronda. Yo mismo no lograba entenderlo. En la familia se hablaba mucho de los tíos y tías, pero todos

eran Poncio, Serra o Brusa: primos y sobrinos, etc. Logré desentrañarlo algún tiempo después...cuando tenía unos 40 años. Un buen tiempo después, como verán. Nuestras familias siempre estuvieron muy unidas, y el parentesco entre unos y otros es ciertamente complicado. Por eso, antes de que mi salud se quiebre o mi memoria me traicione, quiero dejar asentados los datos que tengo.

La mayoría de mis antepasados de cuya existencia he tenido conocimiento, se encuentran sepultados en la provincia de Santa Fe, en cementerio de la ciudad de Coronda, o en el cementerio de la ciudad de Sastre, con la excepción de unos pocos que aún están con vida; en algunos casos fue necesario recurrir hasta el cementerio para corroborar las fechas.

Como se trataba de familias que vivían en comunidades cerradas, que provenían de un origen común, esa cercanía no era tan extraña en realidad, porque además se tenían mucho respeto y cariño.

Para una mejor organización de su contenido, el documento se divide en tres partes. La primera está dedicada a los datos biográficos familiares de mis antepasados, comenzando por los más antiguos de los que tengo alguna referencia, aun cuando no los hubiera conocido, o no los recuerde físicamente. También allí cuento algunas cosas sobre mi infancia y adolescencia, con algunos detalles anecdóticos personales y una semblanza de la época.

En la segunda parte cuento desde mi paso por la universidad, el servicio militar y el desarrollo de mi vida profesional en los distintos contextos sociales y políticos de nuestra sociedad. Allí encontrarán algunas anécdotas y relatos de viajes que fueron muy interesantes y significativos para mi desarrollo profesional y personal. También está presente el recuerdo de algunas personas que pasaron por mi vida y que de alguna manera dejaron su marca.

Por último, en la tercera parte volvemos a lo personal, pues está dedicada específicamente a las generaciones que me suceden, mis hijos y nietos, y que son los que inspiraron a escribir este libro. Allí les cuento sobre esos sucesos que resultan tan significativos para todos, como lo son las uniones, los nacimientos, y aun las mudanzas, que en principio pueden no parecer tan importantes, pero que ciertamente conllevan, a veces, cambios en la vida y en las costumbres. Hay algunos pasajes un tanto penosos, como las pérdidas de nuestros seres queridos, de quienes tengo recuerdos que no he querido excluir de estas memorias.

Espero sinceramente que este libro sea del agrado de esta familia y que sea, de alguna manera, como una pequeña luz de un faro que los guíe en sus propios caminos y que los mantenga unidos, más allá de toda circunstancia.

Con afecto

Rubén

INTRODUCCIÓN

De los inmigrantes de que aquella época, muy pocos sabían leer y escribir, y es por eso que existen muy pocos escritos que relaten aquellos sucesos. Los inmigrantes, en general, no gustaban de hacer relatos y preferían hablar poco. Yo nunca he escuchado a mi abuela contar algo respecto de su niñez o de su venida al país, y creo que nadie de los descendientes, sus hijos o amigos, supiera algo de eso.

Alguna vez tuve la suerte de tener en mis manos el registro de viaje de un inmigrante italiano. Como había viajado hacia América en segunda clase, contaba con algunas comodidades, como camarote y baño. Este inmigrante tenía en su origen una posición económica acomodada; sabía leer y escribir, por lo que pudo registrar en detalle, como en una bitácora, todo lo ocurrido en aquel viaje, incluso las comidas que le suministraban a bordo. Sus familiares lograron conservar las anotaciones, y elaboraron un documento con el relato completo, cuya copia llegó alguna vez a mis manos. Su barco había partido de un puerto de Francia, y después de unos veinte días de viaje recaló primero en Montevideo, para seguir viaje hasta Chile, y terminar en Lima. Desde Lima, capital del Virreinato aún, el hombre logró venir por tierra hasta la Argentina y, luego de muchas peripecias, se asentó en Rafaela, donde instaló una Farmacia. Hasta no hace mucho tiempo, la farmacia, que llevaba como nombre el apellido de este inmigrante aún despachaba medicamentos. Al parecer, sus descendientes aún están por allí.

La lectura de aquel documento me inspiró a escribir la presente historia, pues aquél era similar a lo que yo hubiera deseado tener como legado de mis ancestros.

PRIMERA PARTE

Los que bajaron de los barcos



Magdalena Poncio y Pedro Serra

MIS BISABUELOS MATERNOS

Mis bisabuelos maternos eran Magdalena Poncio y Pedro Serra, padres de mi abuela; y Guillermo Mayorín Brusa y Anunciata Brusa, padres de mi abuelo.

Mi bisabuela Magdalena era una Poncio, hermana de mi abuelo paterno, Juan Bautista Poncio. Vivía en Coronda. Se había casado con Pedro Serra, con el que tuvo seis hijos: Margarita, Victoria, Pedro, Miguel, Francisco y Juan.

Del marido de Magdalena poco se sabe, ya que se divorciaron en 1918. Pedro era poco afecto al trabajo y algo bebedor. Se supo que falleció en San Francisco en 1927 solo, enfermo y muy pobre.

Magdalena falleció cuando yo tenía unos cuatro o cinco años. Yo recuerdo haber asistido a su velatorio en Coronda, en su casa de la calle Moreno 1243, que luego perteneció a mis abuelos Domingo y Margarita y su familia. Recuerdo que en el velatorio mi tío Alejandro me levantó en brazos para que yo pudiera ver a Magdalena en el cajón; era la primera vez que me tocaba ver a una persona muerta, lo que me dejó tremenda impresión y mucho miedo, a tal punto de que por un buen tiempo estuve soñando con esa imagen, que hasta hoy no he podido olvidar. De sus hijos solo conozco algunos datos sueltos:

Miguel vivía en Maciel, con su familia y dos hijas.

Francisco (Pancho) vivía en Coronda, y tenía una venta de pescados de río. Él mismo salía a pescar al Río Paraná, en una importante lancha de pesca. Cuando yo era chico, mi padre solía llevarme allí cuando viajábamos a Coronda, para que viéramos los pescados que traían. Así pude ver al surubí más grande que he visto en mi vida que, según decían, pesaba unos 80 kilos. Era casi tan grande como una persona. En esa época todavía se lograba encontrar peces grandes en el Paraná; luego fueron desapareciendo por la depredación.



Magdalena poncio y sus hijos. de izquierda a derecha, parados: Juan, Francisco, Margarita y Victoria. Sentados: Miguel, Pedro, y Magdalena.

Juan vivía en Sastre, y se casó con Dominga Poncio, la media hermana de mi padre.

Margarita se casó con Domingo Brusa. Ellos eran mis abuelos maternos. O sea que Magdalena Poncio de Serra era al mismo tiempo era mi bisabuela materna y mi tía abuela por parte de padre.

MIS ABUELOS

MIS ABUELOS PTERNOS: María Isabel Pico y Juan Bautista Poncio

María Isabel Pico

Mi abuela paterna María Isabel Pico había nacido en la Provincia de Cúneo, al Norte de Italia, en el año 1878. Llegó a la Argentina en 1887, a los 9 años. Se casó a los 17 años, en 1895, con Juan Poncio. De ese matrimonio nació, en 1896, su hija Dominga. Vivían en Gessler, cerca de Coronda, en la Provincia de Santa Fe.

Juan Poncio, su esposo, falleció a los pocos años en un accidente doméstico mientras limpiaba su escopeta. Isabel tenía 22 años en el momento en que ocurrió aquella desgracia. Era muy joven para ser viuda, y con una hija a cuestas, y volvió a casarse en 1903, en un pueblo cercano Sastre, con otro Juan Poncio, en este caso era Juan Bautista Poncio, probablemente primo segundo del anterior esposo. Juan Bautista también era viudo y tenía una hija (que murió unos años más tarde). De ese segundo matrimonio nacieron cinco hijos varones: Juan, Alejandro, Víctorio, Domingo y Carlos Alberto, a los que crió con la ayuda de su hija Dominga. María Isabel murió el 19 de julio de 1956 en Sastre, Provincia de Santa Fe, a los 78 años. Según decían en esa época, la causa de su muerte había sido un “ataque a la cabeza”, algo que posteriormente fue conocido como accidente cerebro vascular o ACV, o derrame cerebral.

Su primera hija, Dominga Poncio, fue reconocida y apreciada por su padrastro Juan Bautista. Para nosotros era la tía Dominga, y tenía una notable capacidad para hacer comidas y postres, y se decía en la familia que ella fue la primera persona en Sastre en aprender a hacer la mayonesa casera. Recuerdo que solía hacer un postre casero, que era una especie de crema, que le llamaban Chuño, y era una delicia para todos. Se había casado con Juan Serra, hermano de mi bisabuela Margarita Serra. Vivieron siempre en Sastre. Tuvieron tres hijas mujeres. Dominga falleció en Sastre a los 78 años.



Isabel Pico de Poncio • Juan Bautista Poncio

De mi abuela Isabel recuerdo que, con los años, siendo mayor, vivía en Sastre, en la casa de su hijo mayor, Juan Poncio. Quienes la conocieron a la abuela María Isabel, recuerdan a una viejecita de baja estatura, siempre vestida de negro que, muy temprano, todas las mañanas, caminaba las dos cuadras de distancia hasta la iglesia para oír misa. Desde el momento en que falleció su esposo, siempre se vestía de negro. Fiel a sus raíces piamontesas la abuela era muy cuidadosa con los gastos, y cuando nos preparaba la merienda nos daba una rodaja de pan cubierta con una capa de mermelada tan fina que resultaba transparente. Ante nuestros reclamos, ella decía que ya el pan era lo suficientemente dulce...

La abuela María Isabel falleció en Sastre a los 78 años, el 19 de julio de 1956.

Juan Bautista Poncio

Hijo de italianos, también provenientes de la región del Piemonte, en la Provincia de Cúneo, Italia, nació en la Provincia de Santa Fe, en el año 1878. Era hermano de Magdalena Poncio de Serra, que fue mi bisabuela materna. Había estado casado en primeras nupcias con una mujer de apellido Bocardo, que falleció muy joven. Se casó en segundas nupcias con mi abuela María Isabel Pico, quien ya era viuda y tenía una hija pequeña, Dominga Poncio.

No tengo recuerdos personales de cómo era mi abuelo Juan, pero en la familia se decía que, cuando Kique estaba por nacer, él expresaba fervientemente su deseo de que fuera un varón, ya que, para entonces, tenía tres nietas. El bebé trajo alegría a la familia, y en especial, al abuelo Juan. Cuatro años más tarde, cuando yo venía en camino, el abuelo también deseaba que fuera un varón, pero ya no con tanto entusiasmo.

El abuelo Juan solía venir al campo a visitarnos, pues allí tenía además a sus dos nietas, Dora Isabel (hija de Alejandro y María), e Isabel (hija de Victorio y Clementina).

Víctima de un cáncer de próstata, falleció en Sastre el 18 de septiembre de 1942, a los 64 años.



El sepelio de Juan Poncio fue Importante.

Hijos de Juan Bautista Poncio y de María Isabel Pico

Juan e Isabel tuvieron cinco hijos: Juan, Alejandro, Victorio, Domingo y Carlos Alberto. Todos nacieron en la casa del campo; es decir, la original, que estaba un poco más al sur que la casa que luego se edificó para que vivieran Alejandro y María, junto a Domingo y Guillermina. En esa casa original vivieron, después de casados, Victorio y Clementina, y criaron a sus hijos Isabel y Héctor.

Juan nació en 1904. Se casó con Lucía Tibaldi (1903-1999) y tuvo dos hijos: Evangelina María del Carmen (Puchín) y Juan José Poncio “Pepín”. Evangelina se casó con Eduardo Cornalis, y fueron a vivir a María Juana, Santa Fe. Tuvo tres hijos varones, Jorge, Norberto y Rodolfo. Pepín se casó con Noemí Justina Fernández, la “Negra”, y se fueron a vivir a Rosario; tuvieron dos hijos, Alejandro y Fabiana.

Alejandro nació en 1906; se casó con María Faggiano (1903-1983) y tuvieron una hija, Dora Isabel, nacida en 1934. Alejandro falleció de leucemia el 1 de abril de 1953, a los 50 años. Dora Isabel se casó con Carlos Cirrincione (el Churrinche), tuvieron cuatro hijos y vivían en Rosario.

Victorio nació en 1908 y Estaba casado con Clementina Poncio (1904-1980). Estos Poncio eran de Las Petacas, y entre ellos había un parentesco lejano. Aproximadamente en los años 50, Victorio vendió su parte del campo y se fue con su familia a vivir a San Jorge. Falleció allí el 12 de diciembre de 1976, a los 68 años. Victorio y Clementina tuvieron dos hijos; Héctor e Isabel. Mi primo Héctor nació el 20 de febrero de 1941. Héctor tenía la misma edad que yo y era mi compañero de juegos cuando éramos muy pequeños. Los dos vivíamos en el campo con nuestros padres, a una distancia de unos 500 metros. Murió muy joven en un accidente automovilístico, aproximadamente a los 37 años.

Domingo, mi padre: era el menor de los hermanos del matrimonio de Juan e Isabel. Nació el 9 de diciembre de 1911, en Colonia Sastre. Vivió siempre en Sastre. El 12 de febrero de 1935 se casó con Guillermina Caritina Brusa. Domingo falleció en Sastre el 30 de mayo de 1992 a los 80 años. Fue sepultado en el panteón familiar con sus padres y sus hermanos Juan y Alejandro, al igual que su esposa Guillermina y sus cuñadas Lucía y María, esposas de sus hermanos.

Con respecto al quinto hermano, Carlos Alberto, nació el 19/11/1913. De acuerdo con el acta de bautismo, se sabe que fue bautizado el 25/12/1913. Por la falta de referencias y recuerdos familiares, se presume que el bebé habría fallecido en poco tiempo.



Casamiento de Margarita Serra y Domingo Brusa.

MIS ABUELOS MATERNOS: Domingo y Margarita

Domingo Brusa

Domingo Brusa nació en 1887 en Gessler, y falleció en Coronda en 1972. Era uno de los 10 hijos de Guillermo Mayorín Brusa y de Anunciata Brusa, ambos italianos. Los dos eran Brusa, pero de ellos no sabemos si eran parientes entre sí. Creo que dos de sus hermanas, que según creo eran mellizas, se casaron con dos hermanos Poncio: Felipe y José, hijos de un hermano de mi abuelo paterno, Juan Bautista Poncio; o sea que eran primos hermanos de mi padre.

Domingo era todo un personaje. Vivió toda su vida en Coronda, un pueblo ubicado en la costa del Río Coronda, que por entonces estaba habitado por criollos. Tenía una forma de hablar que me sorprendía y también me divertía, una tonada parecida a la que tienen los entrerrianos que viven del otro lado del río, mezclada con el acento de los gauchos del interior. Solía decir háiba, en lugar de había, y tenía también otros términos de tono gauchesco que solo se escuchaban en la gente de tierra adentro, de las pampas. Era un gran jinete: solía entrar al río montado, y hacer que el caballo cruzara a nado hasta la otra orilla sin apearse, o algunas veces nadando desde atrás agarrándose de la cola. Una vez lo vi hacer eso junto a otros jinetes, que vadeaban el río Coronda hasta la isla del frente; muchas veces llevaban a nado algún ganado vacuno hasta la isla, para que se alimentara con sus pastos. El ancho de ese río podía variar según las épocas y el nivel del agua, entre los 150 y 200 metros. En las islas del río Coronda crecían buenos pastos, que se daban aun en las épocas de las grandes sequías, en la que los animales del campo se morían de hambre por falta de comida.



La Familia Brusa - Serra.

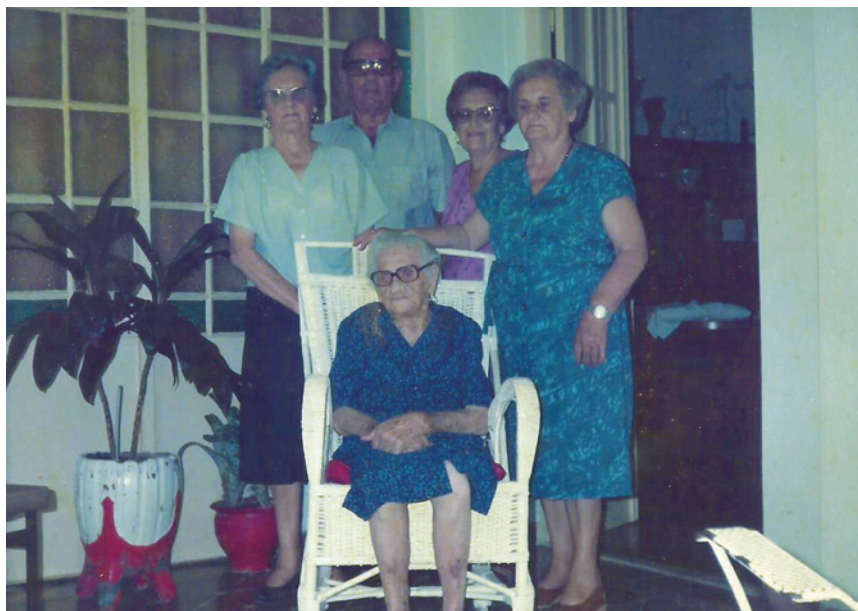
Arriba: Rodolfo, Guillermina, Guillermo, Roberto, Raúl, Celia, José.

Abajo: Herminio, Margarita Serra, Domingo Brusa y teresa.

Mis abuelos de Coronda eran muy estrictos y poco cariñosos. A los niños se los educaba con mucha rigidez y pocas manifestaciones de cariño. Pero alguna vez supo darme una moneda para que yo fuera a comprarme un helado. Recuerdo un día que el abuelo Brusa me invitó a salir a hacer compras. Sacó del garaje su automóvil Chevrolet modelo 1928, con techo de lona y salimos. Fuimos a una verdulería y cuando llegamos sacó del coche una bolsa de arpillera y le pidió al vendedor que le vendiera “una arroba” de papas. Como el vendedor no se inmutó y realizó el despacho pude apreciar que eso era algo normal. Yo no conocía el término, entonces le pregunté a mi abuelo de qué se trataba, y me dijo que era una medida de peso, equivalente a unos 10 kilos. Si no me equivoco, ya se usaba la simbología @ para referirla. En esa época era habitual en el campo el uso de ese tipo de medidas de distancia, de superficie, o de peso, si bien ya entonces eran muy antiguas y estaban declinando en su uso, y en otros lugares ya habían sido remplazadas por sistemas más modernos. Era común que las distancias, por ejemplo, se expresaran en leguas (una legua son unos 5 km), y las medidas de peso en quintales (100 kilos). Esas medidas provenían de época de las colonias, y luego dejaron de usarse, porque prevaleció el sistema métrico decimal.

Margarita Serra

Margarita nació en Barrancas, Santa Fe, en 1893. Fue hija de Magdalena Poncio y su esposo Serra, hermana de Victoria, Miguel, Francisco, Pedro y Juan. Se casó con Domingo Brusa el 10 de abril de 1913, y tuvo 10 hijos: Teresa, Guillermina (mi madre), Celia, Rodolfo, Raúl, Herminio, Roberto, Guillermo (Potochi) y José (Pepe), además de una niña que falleció siendo pequeña. En esos tiempos los hombres usaban grandes bigotes, y se decía que cuando el jefe de familia se alisaba el bigote y se quitaba los calzoncillos largos era señal de que otro hijo venía en camino. Margarita falleció en Coronda en 1994. Tenía 101 años.



Margarita Serra junto a sus hijos el día de su cumpleaños número 100.

Sociales del interior



Cien años

Margarita Serra de Brusa

Celebrará mañana en Coronda sus cien años de vida doña Margarita Serra de Brusa. Hija de inmigrantes, nació en este terruño el 17 de febrero de 1894. Contrajo matrimonio en 1913 con Domingo Brusa y de esta unión nacieron sus nueve hijos, que le dieron diecisiete nietos y éstos a su vez treinta y dos bisnietos. Sus familiares, vecinos y amigos la agasajarán mañana con una fiesta, para celebrar sus 100 años de vida.

El centésimo aniversario de Margarita fue todo un acontecimiento social para la comuna de Coronda.

Otros familiares

Solo para mencionar, ya que, lamentablemente no cuento con otros datos, voy a agregar a esta enumeración a mis tíos Juan y Dominga. Juan Serra, hijo de Magdalena Poncio de Serra y Dominga Poncio (media hermana de mi padre) tuvieron tres hijas mujeres: Lidia, Carmen y Amelia. Cuando yo era chico, solía ir a la casa de la tía Dominga y hacerles algunos mandados. Sus hijas, o sea mis primas, eran unos años mayores que yo, y ya eran señoritas “casaderas”, como se decía en aquel tiempo. Sus novios solían concurrir en visitas formales –con saco y corbata, conforme las costumbres–, y me daban un poco de charla, tan solo para entretenerme. Con el tiempo, aquellos novios, fueron luego sus maridos.

Lidia Serra se casó con Antonio Tolozano, y tuvieron dos hijos varones. Sus hermanas, Carmen y Amelia, vivieron en Maciel, Provincia de Santa Fe con sus respectivas familias. Por razones que no recuerdo, los restos de Lidia Serra están sepultados en el panteón familiar de los Poncio, en el cementerio de Sastre. Lidia fue una reconocida repostera. Su esposo Antonio falleció en Sastre, el 31 de mayo de 1998 a los 89 años.



Boda de Guillermina Brusa y Domingo Poncio.

MIS PADRES Y MI HERMANO

Domingo Poncio

Domingo nació en Colonia Sastre el 9 de diciembre de 1911. Era el menor de los hermanos del matrimonio de Juan Bautista Poncio y María Isabel Pico de Poncio, que ya tenían a Juan, Alejandro y Victorio.

Domingo vivió siempre en Sastre, parte en el campo, parte en el pueblo. Desde pequeño trabajó en el campo, ayudando a su padre, donde se dedicaba a los animales, a pasar el arado, a sembrar, y a cosechar (esto se hacía con máquinas contratadas). Cuando era necesario, podía ordeñar y cumplir con toda la faena necesaria en el campo. Cuando era joven, le gustaba mucho ir a los bailes y fiestas, adonde concurría con vecinos amigos, como los Hermanos Faggiano.

Nunca supe cómo se habían conocido con mi madre; sí sé que él y Mario Ciardola solían ir a Coronda a visitar a mi madre y a Teresa respectivamente. Ellas vivían en pleno campo, en la zona rural de Coronda, y mi padre solía ir a caballo o en sulky. Una distancia como esa generalmente se hacía en un sulky, con un caballo de tiro al frente y llevando un caballo atado, para tener oportunidad de sustituirlo, si uno de los dos se cansaba demasiado. Con mi madre Guillermina, se casaron el 12 de febrero de 1935.

Mi padre era afiliado al Partido Radical desde los 18 años, pero nunca fue militante político, aunque sí era gran admirador de Irigoyen. En el '83 integró la fórmula del Radicalismo junto con el Dr. Sosa, como candidato a Viceintendente. En las elecciones de ese año lograron ganar la intendencia. Tiempo después, Sosa renunció, según creo que, y mi padre quedó al frente de la Municipalidad por un par de años. Entre lo más destacado de sus obras figura el hogar de Ancianos que hizo construir, que era un viejo proyecto de mi padre que pudo concretarse durante su gestión. Por ese Hogar pasaron muchísimos vecinos de la Ciudad. Años más tarde, sería el último hogar de mi madre, quien pasó sus últimos años allí.

Domingo Falleció el 30 de mayo de 1992 a los 80 años como consecuencia de un posoperatorio de cadera. Se había caído al lado de su cama y tuvo una rotura de cabeza del fémur. Fue operado con éxito, pero como ya estaba muy débil, no pudo recuperarse. Siempre se dijo que padecía de mal de Parkinson; sin embargo, en Córdoba, el Dr. Ortiz, que es mi neurólogo, me dijo que en esa época le llamaban Parkinson a otras dolencias, y que posiblemente haya sido otra enfermedad.

Uno de los recuerdos que tengo de mi infancia es el de la gran sequía ocurrida en el año 1951. Mi padre había comprado una camionada de camotes (batatas coloradas) para alimentar a los animales del campo, ya que no había podido proveerles el alimento necesario. Los camotes llegaron en un camión desde Coronda, y fueron descargados en el patio de la casa de campo. Los peones los cortaban en pedazos con una pala, para que los animales los comieran.

En otra oportunidad, años después, tomó en alquiler una isla entre el Río Paraná, y el Río Coronda, y mandó para allá unos 40 novillos. Esa zona tenía buenas pasturas, y mi padre había pagado el alquiler por adelantado. Durante la temporada siguiente fue a buscar los novillos, que ya debían estar gordos; pero se llevó una desagradable sorpresa: los paisanos los habían hecho desaparecer, y no quedaba ninguno.

Guillermina Caritina Brusa

Guillermina era hija de Domingo Brusa y Margarita Serra. Nació en Coronda el 5 de octubre de 1915. El 12 de febrero de 1935 se casó con mi padre, Domingo Poncio. Vivieron en Sastre, primero en el campo, luego se mudaron al pueblo. Domingo y Guillermina tuvieron dos hijos: mi hermano Euclides José, “Kique”, que nació el 30 de diciembre de 1936, y yo, que nací el 10 de enero de 1941. Ambos nacimos en la casa del campo familiar, en la Colonia de Sastre. En ese tiempo, en la misma casa del campo vivían los tíos Alejandro y María Faggiano, quienes un par de años después se mudaron a vivir al pueblo. Mi madre era una persona muy delgada y tenía por entonces serios problemas de salud; después del parto, llegó a pesar 43 kilos, a pesar de su altura, que superaba el metro sesenta. Afortunadamente, con



Guillermina en 2005, festejando su cumpleaños número 90.

el tiempo esos problemas fueron superados y, una vez recuperada, gozó de una excelente salud. Mi tía María, que vivía en el pueblo, era como mi segunda madre. Me criaba y me daba muchos vicios.

Mi madre era una persona físicamente sana, a pesar de los años; sin embargo, después de cumplir los noventa, su vejez no fue plácida. Su memoria fue desapareciendo poco a poco y ni siquiera recordaba a mi padre ni a sus hijos. A mí solo me reconocía después de explicarle en detalle quién era yo, y quién era Kuki o Teresita... Pasó sus últimos 5 años internada en el Hogar de Ancianos en Sastre,

hasta que por su debilidad debieron internarla en el hospital de Sastre, donde permaneció más de un mes luchando por su vida. Guillermina falleció en Sastre, el 18 de agosto de 2012, a los 97 años.

Desde años antes de su internación y aun después de haberla internado, fue Kuki quien debió soportar la mayor carga de trabajo que requería atender a mi madre: con gran dedicación, Kuki se hizo cargo de esa fatigosa tarea de estar pendiente de sus necesidades, puesto que era el único familiar que vivía cerca.

Personalmente estoy profundamente agradecido a Kuki por su dedicación y su esfuerzo con mi madre, tarea que realizó casi en soledad, ya que en la población no era posible encontrar personal que se dedicara a esos menesteres.

Mi hermano Kique

Mi hermano nació el 30 de diciembre de 1936 en la casa del campo. O sea que es cuatro años mayor que yo. Kique vivió siempre en Sastre. Trabajó haciendo tareas administrativas en la oficina administrativa de la Cooperativa. Por un tiempo tuvo un emprendimiento: una fundición de aluminio, donde fabricaban herrajes para ataúdes.

Se casó con Lilian Seveso, Kuki, y tuvieron dos hijos: Gustavo Daniel, y Elisa María.

Gustavo vive en Sastre y se dedica a tareas agropecuarias en los campos de la familia. Está casado con Viviana Borgogno, y tiene dos hijos: Valentina y Mauricio. Elisa vive en San Lorenzo, es oficial de Aduana; está casada con Horacio Di Cosmo y tiene tres hijos: Julián, Victoria y Eugenia.

Hagamos un alto y repasemos

Si pudieron seguir el relato, por vía materna, verán que Guillermina era nieta de una Poncio; de hecho, su abuela materna era hermana de quien fue su suegro, el padre de su esposo Domingo Poncio; y por vía paterna, era sobrina de Felipe y de José Poncio, quienes se se habían casado con dos tías suyas, hermanas de su padre, Domingo Brusa, que a la vez eran primos de su esposo, Domingo Poncio, mi padre.

Más arriba se consigna que Juan Serra, tío de mi madre por vía materna, se casó con Dominga Poncio, que era la media hermana de mi padre, hija de Juan Poncio, primer esposo de María Isabel Pico, por lo que eran, al mismo tiempo, sus tíos y sus cuñados. Esto indica que mi madre era prima segunda de mi padre, quien, a su vez, era sobrino de su suegra, mi abuela materna. Fácil, ¿no?



Los Abuelos paternos de Teresita, Pietro Artero y Rosa Bocco.

LOS ARTERO

Los Artero también eran italianos y piamonteses; provenían de la zona de Vigone, cerca de Torino. Allí había nacido el abuelo Pietro Artero, padre de Tomás, que es el padre de mi esposa Teresita.

Teresita tuvo la oportunidad de visitar Vigone. Fue muy bien recibida por sus parientes, algunos de los cuales eran muy parecidos a los Artero que ella recordaba. Ciertamente, el apellido Artero es de origen Aragonés. En tiempos ya muy lejanos, no existían las naciones tal como uno las conoce hoy, sino que había reinos sueltos, que solían pelear entre sí e invadirse. Así fue como Aragón invadió alguna vez el norte de Italia, y por esa razón quedaron allí muchos apellidos propios de aquella zona.

Pietro Artero llegó al país alrededor de 1880 del siglo XIX. Se casó en Argentina con Rosa Matilde Bocco, y vivieron en Zenón Pereyra.

Además de trabajar en el campo, tenía una panadería en Zenón Pereyra. Tuvieron quince hijos, dos de los cuales fallecieron. Entre los que sobrevivieron estaba Tomás Artero, padre de Teresita, que nació el 14 de mayo de 1904.

Tomás se casó en María Juana el 11 de marzo de 1929 con Margarita Lora. Margarita era hija de María Gilli y Juan Lora. María Gilli era hija de italianos, nacida en el barco durante el viaje de Europa a América; como el barco era uruguayo, ella recibió esa nacionalidad, sin haber pisado jamás tierra uruguaya.

Sólo había estudiado hasta el segundo grado, puesto que su padre lo llevó a trabajar con él en las tareas del campo. Con el tiempo, se hizo aprendiz en una panadería en San Francisco, y alternaba ese trabajo con tareas de campo. Así, llegó a ser maestro panadero, y hasta pudo llegar a instalar su propia panadería en Sastre, donde trabajó fabricando pan y facturas durante más de quince años. En esos tiempos, se vendía al mostrador, y también se hacía el reparto a domicilio, con una jardinera tirada por un caballo.



***Maria Gilli y Juan Lora, abuelos maternos de Teresita,
padres de Margarita Lora.***



Los Artero en la panadería.

Don Tomás era un hombre especial; de pocas palabras. Pese a haber asistido a la escuela dos años, era muy inteligente. Muchas veces he escuchado las anécdotas de don Tomás contando sobre la memoria que tenía su caballo de reparto, que se paraba al frente de cada puerta y recién se movía cuando sentía que su dueño trepaba nuevamente a la jardinera, y al llegar a la última parada del recorrido, solo esperaba sentir que su dueño trepaba a la jardinera y, sin ninguna orden, salía raudamente al trote largo, hasta la panadería, que quedaba pegada a la casa familiar.

Don Tomás llevaba el pan a la casa de mi abuelo Juan Bautista. Mi tía Lucía me contaba que cuando llegaba con el pan, mi abuelo le decía bromeando: “Artero, Artero, del pan fiero”. Obviamente, mi abuelo lo decía en broma, porque el pan que hacía Tomás era de lo mejor, y muy reconocido. En esa época lo hacían a partir de la “masa madre”, algo a lo que ahora se ha vuelto, porque se ha puesto de moda y se vende como una especialidad gourmet. Tomás falleció en Sastre el 19 de enero de 1984, a los ochenta años.



Margarita “TUÍA” lora a los 15 años.

Margarita Victoria Lora (“Tuia”), madre de Teresita

Margarita nació en Garibaldi, Santa Fe, el 12 de abril del año 1906, y falleció en Sastre en el año 1993 a los 87 años, apenas unos meses antes de la boda de su nieto Gerardo, que se casaba en septiembre de ese mismo año.

Tomás y Margarita tuvieron tres hijas: Iris María Beatriz, (Beba), nacida 11 de agosto de 1930, Lelia Margarita Rosa, nacida el 16 de enero de 1932, y Teresita Raquel, nacida el 9 de junio de 1941.

Beba fue por muchos años profesora de geografía. Dio clases en el Instituto Juan Bautista Alberdi en Sastre y fue la profesora de geografía de varias generaciones de la familia. Muy aficionada al arte, también se ha dedicado al teatro en un grupo independiente de adultos mayores.

Lelia Artero se casó muy joven con Sergio Balbi. Sergio, o “Poli”, como le decíamos, era un excelente artesano. Había nacido el 25 de abril de 1930. Trabajaba en la Fundación Balbi, que pertenecía a su familia. Tuvieron dos hijas, Nora Celia y Gloria Margarita, quienes luego se casaron con Edelmiro Calcaterra y Hugo Actis Alesina respectivamente. Nora tuvo tres hijos: Alejandro, María Laura y Damiana. Gloria y Hugo tuvieron dos hijas mujeres: Melisa Y Florencia.

Lelia falleció el 18 de julio de 2015, a los 73 años, afectada por un cáncer que había comenzado en la matriz y se extendió a otros órganos.

Una relación especial que merece destacarse era la que mantenían Don Tomás, padre de Lelia, y su yerno Sergio Balbi, “Poli”. Ellos eran amigos de verdad, había entre ellos absoluta confianza y mucho afecto. Salían juntos de viaje en familia y compartían celebraciones, comidas y todos los festejos, con un trato mutuo de mucho respeto y afecto. Al tal punto era el afecto, que luego de la sorpresiva muerte de Poli, Don Tomás lo lamentaba y me decía que su dolor no sólo era por tratarse de un familiar, sino que principalmente se debía a la pérdida de un amigo que era fundamental en su vida.

Teresita luego se casó con el recopilador de estos recuerdos. Y fueron a vivir a Córdoba.



***Poli, Lelia (arriba), Teresita, Margarita, Tomás, Beba
(sentados) y Nora Balbi (adelante).***

El accidente de Sergio Balbi

El 8 de mayo de 1973 era un día como cualquier otro. Poli estaba encaprichado con una bala de cañón que había llegado a la Fundición. Él era un buen tirador, practicante del tiro al platillo, y le gustaba cazar perdices; o sea que conocía de armas y de balas. Pero en esa oportunidad junto a unos rezagos que habían comprado al ejército, para utilizar en la fundición, se encontró con una bala de cañón a la que pensó darle destino de adorno, o algo así. Era vieja y estaba cubierta de herrumbre, de manera que dio por sentado que estaba vencida y húmeda. Se le ocurrió entonces desarmarla. La tomó entre en sus manos para limarle uno de los bordes y poder abrirla; pero inesperadamente el detonante explotó. La explosión le dio en el abdomen. Falleció a los pocos minutos, cuando ya lo habían cargado en una camioneta para llevarlo al hospital. Esto me lo contó su padre Don Pedro Balbi, que estaba cerca en ese momento. Don Pedro me entregó en mano el reloj pulsera que usaba Poli, que por la explosión había caído en el jardín de la casa de enfrente. Por ese entonces Poli tenía 43 años y dos hijas. Fue para mí un gran amigo, y lamenté mucho su deceso, a raíz de este terrible accidente.

LOS INMIGRANTES

Los inmigrantes europeos, particularmente italianos, llegaron masivamente a la Argentina entre 1850 y 1880. Venían en busca de un horizonte que su propia patria les negaba desde hacía tiempo: por caso, a lo largo del 1800, la península itálica debió soportar tres revoluciones (1820, 1830, 1848), tres guerras de independencia (1859, 1866 y 1861-65) y varias guerras civiles e insurrecciones entre 1862 y 1867, que dejaron en la población la extrema pobreza.

Muchos de esos inmigrantes poseían escasa instrucción, algunos apenas sabían leer. Por lo general viajaban en la tercera clase de algún barco, casi como animales. La mayoría partía del puerto de Génova (Italia), o de algún puerto de Francia, y arribaban a Buenos Aires, donde eran albergados en el hotel de los Inmigrantes, cerca del puerto, generalmente con alguna referencia de algún pariente o conocido que ya vivía aquí. A su llegada, funcionarios del Gobierno del área de Colonización los organizaban de acuerdo con las posibilidades, según sus deseos, y conforme a la disponibilidad de tierras. Luego salían expediciones hasta sus respectivos destinos; para esa época ya había algunos ramales de trenes fuera de la provincia de Buenos Aires, más precisamente a Rosario y a Córdoba, por lo que los primeros tramos se hacían en tren; los últimos kilómetros se hacían con carros contratados y algunos jinetes baqueanos, víveres y caballos.

La política propuesta por Alberdi, cuyo lema era “Gobernar es poblar”, y encarada por Sarmiento durante su propia presidencia, pretendía la efectiva radicación de la inmigración, para dar vida y explotar las riquezas de este nuevo y desierto país. Para colonizar el inmenso territorio argentino, Alberdi y Sarmiento anhelaban la llegada de inmigrantes del norte de Europa, de gente más preparada y supuestamente más instruida y disciplinada. Pero las campañas realizadas para captar inmigrantes no dieron el resultado esperado, y los ingleses, alemanes, belgas, daneses se sentían más atraídos por la nueva Nación de América del Norte, y solo venían hacia estos parajes del sur los que ya tenían algún conocido, un oficio, o un trabajo asegurado. Así fue, por caso, con los que vinieron a trabajar

en las obras de los nuevos Ferrocarriles Argentinos, de capitales ingleses, u otro tipo de empresas de capitales de aquella parte de Europa.

Hacia mitad del siglo XIX, aproximadamente entre el 1850 y el 1880, comenzaron a llegar a Buenos Aires importantes corrientes inmigratorias italianas, y muchos jóvenes venían a este continente expulsados por la miseria que entonces había en el sur de Europa, con la ilusión de vivir la gran aventura de “hacer la América” y ganar algún dinero. Incluso se cuenta que muchos, creyendo que viajaban a los Estados Unidos, terminaron en la América del Sur, concretamente en Brasil o en Argentina.

Los primeros inmigrantes venían a trabajar en las cosechas, pero siempre pensando en volver a Italia luego de un tiempo. De regreso en su tierra, contaban historias grandiosas sobre las riquezas del país de los habitantes: Argentina era una nación prometedora, con grandes riquezas naturales y mucha tierra disponible. El Gobierno les otorgaba tierras en concesión a los inmigrantes para que las trabajaran y ellos, en algunos años, terminaban de pagarlas y saneaban los títulos de propiedad, no sin antes demostrar su condición de personas decentes y labriegos. Los mapas de la Provincia de Santa Fe con marcación departamental llevaban los nombres de los propietarios: yo he visto alguna vez viejos mapas con el detalle del departamento San Martín con los nombres de los dueños de cada parcela; cerca de Sastre, había un sector de campo marcado como “Sucesión de Juan B. Poncio e hijos”, lugar que aún pertenece a nuestra familia. Asimismo, algunos campos cercanos estaban identificados con apellidos conocidos en la zona.

Cabe aclarar que no sólo italianos llegaban a nuestras costas; antes que ellos ya se habían instalado los españoles, entre muchos otros, que fueron llegando en distintas tandas, desde el final de las guerras de independencia. Todavía en la actualidad se puede apreciar, en Buenos Aires, por Avenida de Mayo, la influencia española en los bares y negocios. Ellos llegaron a nuestro país, y fueron igualmente laboriosos y esforzados, pero en general no siempre optaron por el campo, sino que prefirieron la ciudad. Los españoles ya habían colonizado el interior cercano, es decir la Provincia de Buenos Aires.

Los Poncio

Los inmigrantes destinados a la provincia de Santa fe llegaban luego de transitar unos 500 kilómetros por tierra salvaje, atravesando campos vírgenes. Así fue cómo nuestros ancestros recalaron primeramente cerca de Rosario, en el centro de la Provincia. Con el tiempo, se fueron afincando en el interior, más precisamente en la zona centro-norte.

Hasta donde he podido conocer, todos mis antepasados italianos eran del norte de Italia, de la actual Región del Piemonte –o Piamonte, como la conocemos aquí–, cuya capital es la ciudad de Torino.

Nuestros antepasados italianos dejaron pocos recuerdos; los Poncio eran gente muy sencilla, y no dejaron ninguna referencia por escrito, ya que saber leer y escribir no era habitual en las clases más pobres. Además, ellos eran de pocas palabras, por lo que no acostumbraban a relatar historias familiares; y los que conocían algo de la historia de la familia fallecieron antes de poder transmitirme más información.

Habitualmente son los abuelos los encargados de transmitir ese registro a sus nietos; pero en mi caso no fue así. Yo tuve poco trato con mis abuelos; éramos muchos nietos, y a los abuelos no les sobraba el tiempo. Quizás por ello, no recuerdo haber escuchado relatos sobre sus antepasados, ni los escuché decir alguna vez que extrañaran la tierra de sus ancestros. A esa altura ya todos eran nacidos en nuestro país, salvo mi abuela María Isabel.

Algunas referencias generales he escuchado sobre los inmigrantes, como por ejemplo, que provenían de la Provincia de Cúneo, al sureste de Torino¹, y que, por la gran pobreza y la falta de posibilidades, se entusiasmaron con “venir a hacer la América”, expresión que significaba venir a hacer algún dinero para después regresar nuevamente a Italia.

¹ Una vez, paseando por la ciudad de Torino, en Italia, Teresita encontró un negocio de fotografías con un cartel que rezaba “Casa Poncio”.

Con el paso del tiempo, algunas costumbres fueron se fueron perdiendo, para asimilar otras costumbres locales; sin embargo, algunas se mantuvieron, como las reuniones familiares, donde se bebía vino, cerveza, y se cantaban algunas canzonettas, siempre con algún recuerdo de la tierra de origen, o a veces con algunas con letras pícaras o de doble sentido. En aquellas reuniones no faltaban las clásicas pastas, como los raviolos rellenos con seso y verdura, o la bagna cauda (Salsa caliente), aunque también se comía asado, tanto de cerdo como de vaca.

A veces suceden cosas curiosas, como que una tradición se mantenga a la distancia, pero se vaya perdiendo en el lugar que le dio origen: estando de viaje por Italia intenté comer bagna cauda en los restaurantes, pero no la encontré; me quedé con la sensación de que en la actualidad es ya es una comida poco común. Más aún, allá me informaron que ellos la preparan sin crema de leche, y con el agregado de algo de aceite. Como ocurre con muchas de las comidas italianas, parece ser que llegaron con los inmigrantes, pero aquí, en nuestro país, se fueron transformando, conforme nuestras costumbres, y en base a la materia prima abundante que ya existía en el país. Mi abuela Isabel, que bien conocía lo que es la miseria y el hambre, contaba que la gente era tan pobre que a esa comida se le ponía una sola anchoa para toda la familia, por lo cual primero frotaban el pan con la anchoa y luego lo mojaban en la salsa con crema o aceite.

Las pastas sí encontraron un lugar en el gusto de los argentinos que, en nuestro país, se sirven con salsa muy abundante. Allá es algo distinta, porque se fabrica con sémola de grano duro, algo parecido –no igual– a la harina de trigo candeal.

Costumbres

Era costumbre general entre los primeros inmigrantes venir solos a trabajar, y dejar a sus familias en Europa, para regresar, con el tiempo a su país, luego de juntar algún dinero. No todos se radicaban en el campo; esa aventura no era una alternativa sencilla. Por lo general, los recién llegados trataban de quedarse en la “gran ciudad” y conseguir un trabajo allí. Cuando juntaban unos pesos, los

enviaban a los familiares, para que también alguno de ellos pudiera venir. Así comenzaban a generarse los lazos y raíces que los ataban a esta tierra. Muchos lograban regresar a su tierra para reencontrarse con sus familiares y, por qué no, contar las grandezas de la América; pero casi siempre quedaba en ellos el deseo de repetir la experiencia aventurera. Sin embargo, para la mayoría no era posible el retorno: esos tanos pasaban el resto de sus vidas añorando su tierra natal, llorando a su familia, con la eterna ilusión de volver a verlos.

La argentina era verdaderamente un crisol de razas, con distintos idiomas que se entremezclaban, con gente de escasa instrucción, pero honesta, que trataba de hacerse entender como pudiera. Esta mezcla de idiomas y de culturas generó expresiones que mezclaban el italiano, el español y el francés, lo que luego se llamó cocoliche, y luego el lunfardo, con aportes nativos.

La nostalgia del inmigrante, plasmada en la tristeza sus canciones y su añoranza por la patria natal fueron el mejor caldo de cultivo para que el cancionero criollo de la época se transformara paulatinamente y diera forma a expresiones vernáculas, con características propias, como el tango y la milonga, con letras no menos tristes y melancólicas que aquellas canzonettas. De todo ello, surgió un pueblo con carácter sensible y soñador que mezclaba la alegría de los pueblos españoles con la melancolía italiana. Más allá de los motivos por los que Alberdi y Sarmiento desconfiaban de los inmigrantes latinos, no es poco lo que les debemos a esos gringos que lograron sentar las bases de la Nación.

Los inmigrantes venían en barco, y la gran mayoría lo hacía en tercera clase. Los que tenían los recursos suficientes, venían en segunda clase, con tres comidas diarias y baños calientes. En primera clase solo viajaban los adinerados, que no eran precisamente inmigrantes. Los barcos partían en su mayoría del puerto de Génova o de algún puerto de España o Francia, y el viaje demoraba unos 20 días. Los barcos hacían varias escalas: Portugal, Islas Canarias, Brasil, y Montevideo, antes de llegar a Buenos Aires; y en todos los puertos bajaba y subía gente y, fundamentalmente, mucha carga y aprovisionamiento.

El inmigrante llegaba a Buenos Aires casi con lo puesto, y era alojado en el “Hotel de los Inmigrantes”, hasta que pudieran asignarle un destino. Muchos traían ya la referencia de algún pariente, amigo o coterráneo al que querían ubicar, para que les diera vivienda y trabajo. Solo podían permanecer unos pocos días en el hotel; luego se iban distribuyendo por distintas zonas del país. Así fue como se fueron formando las distintas colonias de españoles, alemanes, italianos, generalmente identificadas con alguna región en particular de sus países de origen: piemonteses, marchegianos, lombardos, calabreses, sicilianos, etc. En algunos casos, funcionarios del Gobierno los orientaban hacia un determinado asentamiento rural, en colonias especiales, como es caso de las colonias de alemanes y judíos en el norte de Santa Fe y Entre Ríos.

En el campo, los que no tenían un oficio comenzaban como peones, aunque en su origen no fueran precisamente labriegos. Desempeñaban esa tarea hasta que podían ahorrar lo suficiente como para alquilar o comprar alguna parcela de campo de las que adjudicaba el Estado. Los que sí tenían un oficio o una aptitud especial se quedaban en las ciudades, que brindaban la posibilidad de una vida algo más cómoda.

Con esfuerzo, tras unos años de trabajo, la Argentina brindaba posibilidades a aquellos inmigrantes que habían venido escapando a la miseria; esos hombres y mujeres orientaban a sus hijos hacia la instrucción, hacia los colegios y las universidades. Comenzaba el ascenso social, y el sueño de tener un hijo profesional, tangencialmente plasmado en la obra de Florencio Sánchez “M’hijo el doctor”.

A pesar de lo generosas que encontraban estas tierras, para muchos de ellos, vivir lejos de la patria generaba alguna nostalgia, por lo cual muchas de las costumbres aprendidas en su tierra eran mantenidas y cultivadas por las comunidades que se formaban en nuestro país. Incluso muchos de ellos hablaban su idioma puertas adentro del hogar, o entre los miembros de aquellas comunidades. Esto constituía una enorme ventaja, ya que las empresas extranjeras que se radicaban en el país siempre buscaban incorporar a su nómina de empleados a descendientes

de inmigrantes de su país de origen. Ello se apreciaba, al ver que las empresas de alemanas, francesas o inglesas tenían muchos empleados con apellidos del mismo origen. Era una cuestión no sólo de apellidos, sino también de confianza. Los que llegaban a ser profesionales montaban sus oficinas publicitando su apellido, para atraer a otros inmigrantes de su mismo origen.

Tratando de saber

En el año 1994, cuando tuve la oportunidad de ir a trabajar a Buenos Aires, me ocupé de averiguar sobre esas cosas, y entendí que los estudios profesionales con apellidos de origen alemán patrocinaban a empresas alemanas, tal como ocurría con otras nacionalidades. En la familia tenemos un caso que sirve de ejemplo, La esposa de Gerardo, mi hijo, María Alejandra Fritzsche, de ascendencia alemana, cuyo abuelo y bisabuelo, habían trabajado en el Banco Germánico. En enero de 1944, cuando el gobierno argentino abandona la neutralidad para jugar a la par de los aliados, Alemania de Hitler decide desafectar la sucursal de Buenos Aires; el gobierno argentino decide la expropiación del edificio, por sospechar vínculos con el Nacionalsocialismo. Sobre la base de ese Banco se formó un Banco de Crédito Industrial Argentino, que luego se transformó en el Banco Nacional de Desarrollo, a fines de los años 50. Por esas casualidades de la vida, cuando el expresidente Menem me designa, por consejo de Cavallo, interventor del Ba.Na.De., terminé trabajando en el mismo edificio en que supo trabajar el abuelo de Alejandra.

Algunas costumbres e historias mínimas.

Yo nací en Sastre, el 10 de enero de 1941. La casa donde nací era la casa de campo de la familia Poncio, que estaba ubicada a unos doce kilómetros de la ciudad de Sastre y a quince Kilómetros de San Jorge, en el Departamento San Martín de la Provincia de Santa Fe ².

² La ubicación en mapa es: 31°50'33.69"S; 61°45'13.00"W.



Kique y Rubén Poncio (1943).

La casa está ubicada en la parte norte del campo, contra el camino rural. Era una casa de forma alargada y de varios ambientes. Allí vivían además mi tío Alejandro, hermano de mi padre, y María Faggiano, su esposa. Mis padres ocupaban la última habitación que daba contra el camino, y mis tíos el dormitorio principal, en el otro extremo de la vivienda. Cuando yo nací, mis tíos ya tenían una hija, Dorita, de dos años. Al poco tiempo se mudaron al pueblo de Sastre.

Cuando yo nací, ya existía un hermano mayor, Euclides José Poncio, “Kique”, que había nacido cuatro años antes, el 30 de diciembre de 1936.

En esa época los cuidados y controles médicos eran mínimos, y las mujeres parían a sus hijos en la casa, aunque estuviera ubicada en medio del campo. Cuando la embarazada estaba en fecha, venía a acompañarla algún familiar, generalmente la madre o la suegra, hasta que se produjera el parto. Con los primeros dolores, el marido o algún familiar trataba de llegar hasta el pueblo y buscar a la partera o “comadrona”, y llevarla hasta la casa. El traslado se hacía en automóvil, si lo había, y si no había llovido, porque los caminos eran de tierra; de lo contrario, se utilizaba un carro, un sulky, una volanta o algún otro carro tirado por caballos. La estadía de la comadrona se prolongaba por el tiempo necesario, o bien hasta que algún vecino o pariente viniera a buscarla para atender a alguna otra parturienta, algo que podía suceder.

En las tareas escolares mi madre nos ayudaba mucho, porque ella había tenido una muy buena educación primaria como alumna pupila del colegio de las Hermanas del Huerto, en la ciudad de Santa Fe. Ella se había criado en Coronda, que tenía un colegio secundario de magisterio, muy antiguo y prestigiado, por ser de los que provenían de la época de Sarmiento, pero como las costumbres de la época eran respetadas, y las mujeres estaban destinadas a ser jefas de hogar, tanto ella como sus hermanas solo hicieron la escuela primaria. Finalmente, de las tres mujeres, dos de ellas, Teresa y Guillermina, se casaron y vivieron en Sastre; Celia, nunca se casó, y permaneció en Coronda.

De los varones, dos de los mayores, Rodolfo y Raúl, se quedaron en el campo unos años, hasta que en algún momento fueron a vivir al pueblo de Coronda, donde el

apellido Brusa es bastante común. Por su parte, varios de sus hermanos varones completaron la secundaria, llegaron a ser maestros, incluso llegaron a jubilarse como directores de escuelas de la Provincia. En esa época, los nombramientos eran una conquista no menor. Después de recibirse y con buenas notas, había que tratar de tener el “nombramiento”, que era algo así como la plataforma para vivir toda la vida.

Aquí puedo referir una anécdota que se contaba en la familia: una pariente de los Poncio (creo que era una prima segunda de mi padre) llamada Amalia Poncio se había marchado a Buenos Aires; allá llevaba una vida que al parecer no era muy santa, pero parece que tenía algunos “contactos”. En ocasión de un sepelio (a esa altura las familias se juntaban solo para estos eventos), regresó a Coronda a saludar, y se enteró de que los muchachos Brusa estaban buscando un nombramiento en el Estado. Amalia anotó todos los datos y dijo que tenía un “contacto”. A los pocos meses, mi tío Herminio fue nombrado como maestro de escuela fiscal en Villa Guillermina, al norte de la Provincia de Santa Fe, cerca del límite con Chaco (que todavía no era Provincia, sino Territorio Nacional). Algo similar ocurrió con Roberto, también nombrado en algún lugar remoto. Sucede la mencionada prima Amalia era amiga íntima del Contraalmirante Teisaire, y su compañera de pensión era una novel actriz de cine llamada Eva Duarte. Perón y Teisaire, su gran amigo y compañero de aventuras, solían frecuentar la noche porteña en compañía de estas dos señoritas. Ese era el “contacto” que Amalia tenía entre sus conocidos, gracias al cual ella consiguió el nombramiento de mis tíos Herminio y Roberto. A pesar de lo de lo dicho, los Poncio no eran peronistas, como tampoco lo eran la mayoría de los Brusa. Mi padre era radical yrigoyenista.

MI INFANCIA

Como conté más arriba, yo solía pasar algunos días en la casa de mis tíos Alejandro y María. Como mi tío solía ir a trabajar al campo donde yo vivía, a veces aprovechábamos su regreso al pueblo, al final de la jornada, para “colarme” a mí. Cuando se decidía que así fuera, yo buscaba rápidamente mi canastita de ropa, y el tío me cargaba en su sulky, para llevarme Sastre con él. Al cabo de algunos días, mi padre me buscaba y me llevaba de regreso al campo. Eso ocurría con cierta frecuencia; yo estaba muy a gusto en lo de esos tíos, porque me daban algunos vicios menores.

Mi padre pasaba a buscarme días más tarde; a veces iba con el auto, pero era más común que usara el sulky.

El auto se utilizaba muy poco. Mi padre solía contar que en los años 40, él tenía un Chevrolet modelo '37, que era prácticamente nuevo y estaba impecable, pero casi sin cubiertas ya que, a causa de la guerra, no entraban productos importados al país. Finalmente, no tuvo otro remedio que venderlo, por monedas, y comprar autos viejos refaccionados. Luego de la guerra, los pocos autos nuevos importados de Estados Unidos que llegaban al país lo hacían a precios inalcanzables. Pasaron veinte años hasta que pudo llegar a tener un coche similar.

Los entretenimientos para un niño en esa época no eran muchos. Los juguetes eran muy escasos y caros, y solo aparecían en las vidrieras de los negocios para las fiestas de Navidad y Reyes. Nunca recibíamos más de un juguete a la vez, y pasábamos mucho tiempo entretenidos con la imaginación. Jugábamos casi siempre con algún elemento en desuso de los mayores. Uno de mis juguetes favoritos era una vieja máquina de fotos (en ese tiempo, esas cosas eran importadas). También jugaba con los autitos que fabricaba mi padre en la fragua, con los rezagos de las máquinas agrarias que había en su taller.

Cuando estaba en Sastre, para entretenerme, de vez en cuando la tía María me llevaba a caminar y a mirar el motor de la usina eléctrica, que generaba corriente

continua. Era un motor de un solo pistón, tenía un volante enorme de unos cuatro metros de diámetro, y funcionaba con un ritmo cansino. Esa gran rueda me resultaba muy intimidante, y el sonido de los pistones del motor se escuchaba en todo el pueblo. A mí todo eso me generaba intriga y hasta un poco de miedo. Esa era una diversión importante para mí; en una época en que no había televisión y la radio era apenas escuchada en ciertas horas del día, esas emociones eran el equivalente a un parque de atracciones.

En casa no había heladera eléctrica. No era común que los hogares la tuvieran, por lo que habitualmente un repartidor de hielo pasaba casa por casa vendiendo barras de hielo. Eran unos bloques grandes, y uno podía comprarlos enteros, por mitades o por cuartos. Para cortarlos, el hielero traía un enorme cuchillo de dientes, con el que surcaba la gran barra con insistencia hasta obtener la porción. En mi casa, yo era el encargado de salir a buscar el hielo; cuando escuchaba el pregón del repartidor, salía a la puerta con un pedazo de arpillera o una frazada vieja, para envolver el cuarto de barra de hielo, y unas monedas para pagar. El trozo se dejaba bien envuelto en la frazada y se colocaba en una tina del lavadero, y de paso se colocaba cerca alguna botella de agua –o de vino, si había–, para refrescarla.

En la casa de los tíos Juan y Dominga había una heladera; en realidad era un gabinete de madera, sin motor; es decir, una conservadora de madera, con un aislante en su interior que permitía que el hielo demorara un poco más en derretirse. Allí, típicamente, la barra duraba un día entero. Los abuelos de Coronda tenían una conservadora similar, en color blanco. En la década de 1940, las heladeras eléctricas comenzaron a ser más comunes. Mi primo Pepín, que era un gran buscavidas, comenzó a vender heladeras eléctricas, aprovechando la ola de modernización. En el pueblo había corriente continua, por lo que las viviendas tenían energía durante todo el día, entonces una heladera eléctrica era una buena inversión, sobre todo considerando que esos aparatos, en aquellos tiempos, duraban toda la vida.

A la zona rural, sin embargo, la electricidad aún no había llegado. Mi padre compró, por ese entonces, una heladera a kerosene, que funcionaba muy bien, y hasta hacía algunos cubitos. Habiendo heladera, se podía fabricar helados caseros: el gran secreto consistía en rellenar una cubetera con alguna crema o compota de frutas; el resultado no era otra cosa que un pedazo de hielo con algo de sabor, que se trozaba para chuparlo.

Las reuniones familiares

En enero de 1951, cuando yo tenía diez años, nos mudamos del campo a una casa en el pueblo. No obstante, los festejos y las reuniones familiares se seguían haciendo casi siempre en la casa del campo. De ellas recuerdo una gran ronda de sillas, y muchos parientes contando cuentos o haciendo bromas y tomando cerveza. Mis primas Puchín, Dorita e Isabelita, eran las que alegraban las reuniones, y Victorio era el que contaba cuentos, el más payaso. Si la fiesta era importante, no faltaba el barril de chopp, que había sido enfriado durante varios días en la fábrica de hielo que había en Sastre. Cuando la cerveza venía en botellas, se usaba una tina del lavadero, con media barra de hielo, tapada con trapos de piso.

Esas reuniones familiares tenían cierta frecuencia; algún bautizo, una primera comunión, casamientos, o algún aniversario, eran motivos para festejar y reunir a la familia. Por lo general, en esas ocasiones especiales se hacía un asado de lechón o de cordero (en nuestro campo no había cabritos, pero sí algunos corderos); después del almuerzo, los varones jugaban a las bochas o se sentaban alrededor de una mesa a jugar al truco. En esos tiempos no era común ir a restaurantes ni comprar comida elaborada.



Rubén Poncio, primera comunión (1948).

Pero había una ocasión en la que el número de asistentes era mayor: las carneadas. Allí se juntaba la familia ampliada, es decir primos, tíos, abuelos, etc., y también se sumaban algunos vecinos, que venían a colaborar con la faena y aportar su experiencia, para lograr una mejor tarea. Se carneaba cerdos para hacer “facturas”, o sea, la elaboración de salames y demás embutidos. Para el almuerzo se ponía a la parrilla el costillar del cerdo y algunos salames. Una vez que se terminaba de armar todos los salames, con la grasa sobrante se hacía el chicharrón. Para cocinarlo se calentaba con fuego a leña una gran olla negra de tres patas, y se ponían los trozos de grasa, o cuero que sobraban. Cuando la grasa empezaba a derretirse, se juntaba los residuos con una espumadera. Luego, los trozos fritos se ponían en una bolsa de arpillera, bien limpia, por supuesto. Entonces, dos de las mujeres tomaban cada una un extremo de la bolsa y la retorcían para exprimir bien la grasa, que se escurría a través de la trama de arpillera. A medida que se iba enfriando, se formaba lo que llamábamos “chicharrón”. El chicharrón se conservaba por buen tiempo y se comía a veces como picada. Hoy diríamos que era una fiesta de colesterol, pero en esa época nadie conocía su existencia; además, la sacrificada actividad del campo mantenía a la gente muy en forma y con los niveles de grasa en su cauce.

Vacaciones soñadas: primer veraneo en las Sierras de Córdoba

Hoy en día, cuando hablamos de viajes, lo primero que se nos viene a la mente son los viajes de placer a lugares paradisíacos, o a centros turísticos, casi siempre bastante alejados de nuestro hogar. Pensamos en largos viajes en auto, de no menos de un día, paradas intermedias en hoteles, cuando no en traslados en avión, o en barco, o ambos. Son viajes pensados para el disfrute, para relajarse, o bien para conocer destinos remotos quizás en más de un sentido. Los tiempos son distintos, y la idea de viajar que hoy tenemos no es la misma que tenían nuestros abuelos, ni siquiera nuestros padres.

Mi padre disfrutaba mucho de los viajes; dos a tres veces por año solíamos ir a visitar a los abuelos y familiares de mi madre, en Coronda, a solo 90 kilómetros

de Sastre. Hoy esa distancia no parece tan enorme, pero en aquel entonces era un viaje que duraba de dos a tres horas, y se regresaba a los tres o cuatro días.

Para la época en que nos habíamos mudado al pueblo, solía viajar a Buenos Aires, por pocos días, aunque estos viajes estaban más vinculados a sus tareas laborales. A los 13 años, mi padre me llevó con él por primera vez en uno de esos viajes, y pude conocer la gran Capital y el Obelisco. Recuerdo que paramos en un pequeño hotel en el barrio de Once, y que viajamos en “subte”. Además, me mostró lo que era un teatro de revistas de la calle Corrientes, con sus fotos enormes de mujeres semidesnudas. Eso era para mí algo tan lejano como lo son hoy esos destinos de paraíso tan distantes. En esa época se había desatado en nuestro país una epidemia de parálisis infantil y muchos niños fallecieron. Aún no existía la vacuna, las posibilidades de contagio eran reales, sobre todo en ciudades con mucha gente, como era Buenos Aires. Por esa razón, mi madre me prendió a la camiseta un pequeño sobre de tela con alcanfor, pues decían que eso protegía del virus de la Poliomielitis.

A mis padres les gustaba mucho ir a las Sierras de Córdoba a veranear. Si se podía, íbamos cada dos o tres años. El viaje se preparaba con mucha antelación, y era todo un acontecimiento familiar. Para ir a las Sierras de Córdoba en auto, se tardaba, desde Sastre, unas diez o doce horas, y se hacían paradas intermedias para descansar y merendar. Las rutas tenían cada tanto unos bosquecitos con sombra para hacer paradas cortas. Cuando la gente emprendía viajes largos, de varias horas, ya fuera en tren o en auto, solía llevar comida y bebida para merendar por el camino.

Mi primer viaje a las sierras de Córdoba fue cuando tenía 14 años. Fuimos los cuatro en el auto de mi padre. Recuerdo que atravesamos la Ciudad de Córdoba, y finalmente llegamos a Carlos Paz. Nos hospedamos en el Hotel Riviera, que estaba sobre la misma ruta 20. El primer día de playa fuimos hasta un arroyo de Carlos Paz. Hay que decir que no conocíamos el poder del sol de las Sierras cordobesas. Ese día, Kique se tumbó en la arena al lado del agua, y se quedó dormido a pleno sol. Mis padres no se dieron cuenta. Cuando despertó tenía la

piel con quemaduras de segundo grado, que debieron ser tratadas por un médico y tardaron semanas en curar.

Los autos

Cuando yo era chico, mi padre tenía un automóvil Sedán cuatro puertas, marca Wippet modelo 1930 de origen americano, de un fabricante que luego fue parte del grupo Chrysler. Tenía dos cubiertas pantaneras, por lo que se comportaba bastante bien en el barro luego de las lluvias; no era un detalle menor, puesto que en el pueblo no había pavimento, excepto sobre la ruta a Santa Fe. Con ese coche podía ir, aun por barro, a Coronda, a Rosario, a Santa Fe o a Córdoba, y así lo hizo en más de una oportunidad.

Por esa época, mi tío Juan, el hermano de mi padre, tenía también un Wippet modelo 1930, pero de dos puertas, que por entonces lo llamaban Voiturette (después se impuso el nombre de coupé). Lamentablemente, ese auto siempre tuvo desperfectos. Recuerdo a mi tío quejarse, en una conversación con mi padre, en la que comentaba los muchos problemas que le daba ese coche, a pesar de que nunca lo usaba a más de 30 kilómetros por hora, mientras que el auto de mi padre andaba estupendamente, a pesar de que él, en camino libre, lo llevaba a una friolera de 50 Km. por hora. Eran los años cuarenta, y esas eran velocidades habituales para los vehículos en las calles.

Don Tomás Artero, padre de Teresita, antes de vender la panadería, llegó a tener un automóvil muy especial, un “Auburn”, modelo de 1929 o 1930. Era un coche de mucho lujo para la época, con características especiales: tenía un motor seis cilindros, muy potente, y una suspensión que era tan blanda como una suspensión neumática moderna. Tenía cuatro puertas, techo de lona, y en las puertas no tenía vidrios, sino cortinas, de un material cuyo nombre no recuerdo, parecido al celuloide. El espacio interior era tan grande que las personas que viajaban en el asiento trasero podían desplegar, desde el respaldo del asiento delantero, unos asientos desplegables, o sea, algo similar a lo que creo que traen las limusinas más

modernas. Esos autos eran fabricados en Estados Unidos por una de las fábricas pequeñas que, después de la gran depresión del año 1929, fueron absorbidas por las cuatro grandes americanas, creo que Chrysler ³. Lo interesante del relato es que, a fines del año 1997, cuando Marcos se mudó a los Estados Unidos, recaló en una ciudad llamada Auburn Hills, que es la zona donde está radicada la sede central del Grupo Chrysler, cerca de Detroit, en el Estado de Michigan. Teníamos una fotografía de ese automóvil, pero creo que quedó en poder de Marcos.

La escuela

Cuando mi hermano Kique tenía 12 años estaba por terminar la escuela primaria y había que decidir si seguiría estudiando o no. En la época la escuela primaria eran los únicos años de escolarización obligatoria, y solo una parte de los alumnos seguía estudiando pues, por lo general, los padres los llevaban a trabajar con ellos, y no al modo de “visita a mis padres en el lugar de trabajo”, como suele hacerse hoy. Sin embargo, mis padres pretendían que mi hermano Kique hiciera el secundario, porque ya percibían que en la vida se necesitaban más conocimientos que los muy escasos que ellos tenían; sin embargo, algunos detalles parecían complotarse para que eso no ocurriera: los colegios estaban en la ciudad, y nosotros aún vivíamos en el campo; por otra parte, mi hermano no era muy amigo de los libros, de manera que le costaba tomar la decisión. Para “ayudarlo” en su decisión, y de paso darnos a ambos una enseñanza ejemplar, mi padre tuvo una idea que marcó nuestras vidas. En el campo los trabajos del tambo eran realizados por los tamberos, que era una familia que había sido empleada a tal fin. Por esa época, esta familia se fue; entonces, mi padre decidió que él, mi hermano, y yo, que tenía apenas 8 años, nos encargaríamos de la tarea. Mi padre siempre nos repetía que si no queríamos estudiar estábamos condenados a ser tamberos para toda la vida, y que teníamos que entender lo que nos esperaba. Recuerdo que había que hacer dos ordeños diarios, uno a las tres de la mañana y otro a las tres de la tarde; así que nos despertaban a las dos de la mañana para

³ El imperio Cord, en medio de acusaciones de fraude financiero, se vendió a Aviation Corporation y E.L. Cord se mudó a Nevada. Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Cord_\(automóviles\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Cord_(automóviles))

ir a trabajar. Yo, que por entonces tenía ocho años, me subía medio dormido a un caballo muy manso que dejaban cerca de la casa, y junto con Kique salíamos, él caminando y yo a caballo, a buscar a las vacas, que a esa hora ya se iban arrimando al tambo. Allí las encerrábamos y entonces empezaba la tarea de ordeño, con una máquina muy primaria que mi padre había comprado.

Mis tareas eran menores, y casi siempre terminaba dormido entre los tachos de leche tibia recién recolectada. Pero a Kique, que era mayor, mi padre lo hacía trabajar duro, a la par de él. Una semana de trabajo de tambo fue suficiente para que mi hermano ya anunciara que seguiría estudiando, y le insistía a mi padre para que buscara una familia de tamberos para remplazarnos en esa sacrificada tarea. Por suerte, en pocos días encontraron nuevos tamberos y se terminó el calvario para nosotros. La enseñanza también fue buena para mí, porque aprendí que el trabajo de campo no era lo que más me gustaba, y entendí que estudiar era lo mejor.

En la zona no había colegio secundario para varones, de manera que se decidió que Kique fuera como pupilo a un colegio de curas católicos en Santa Fe, el Colegio Jobson de los Hermanos Salesianos. Me acuerdo de que cuando empezó lo llevamos con mis padres en el Wippet, portando todo un ajuar, cada cosa marcada con el número 45, que era el que le habían asignado a Kique, incluido colchón y ropa de cama. Había llovido mucho el día anterior, así que fuimos por el medio del barro hasta Coronda, a unos 90 Km. Allí dormimos, en la casa de los abuelos, y al día siguiente salimos por la ruta a Santa Fe, unos 35 Km más. Como podrán imaginarse, el viaje fue toda una odisea, y creo que yo fui el único que lo disfrutó.



Colegio de las Hermanas Capuchinas. Rubén, el penúltimo, sentado adelante. en el pizarrón, una muestra del nivel de adoctrinamiento sufrido en la época.



Colegio Fiscal Aristóbulo del Valle, en Sastre. Rubén, el quinto, arriba, de izquierda a derecha.

En ese colegio se puso en evidencia la mala formación que arrastraba de la escuela primaria, por lo que le costó grandes esfuerzos nivelarse. A pesar de todo logró completar el secundario sin problemas, y se recibió de Perito Mercantil Nacional. Después de completar su formación de colegio secundario, Kique se instaló en la casa de nuestros padres, en Sastre, y trabajó en las oficinas de la Cooperativa de Tamberos Sastre. Se dedicó a la construcción de una casa, con vistas a su futuro matrimonio. Él ya estaba de novio con Lilian del Carmen Seveso, “Kuki”, y el matrimonio se concretó el 7 de enero de 1967. Se instalaron en la casa terminada, y pronto llegaron los hijos: el 19 de junio de 1968 nació Gustavo Daniel, y el 9 de diciembre de 1970 nació Elisa María.

Yo, en cambio, comencé la escuela primaria en Sastre, en el Colegio de las Hermanas Capuchinas, donde hice primer y segundo grado, tal como ya lo había hecho Kique cuatro años antes. Por entonces, yo vivía en la casa de los tíos Alejandro y María. A diferencia de Kique, yo hice solo tercero y cuarto en la escuela fiscal del Kilómetro 465 (Kique cursó allí hasta sexto), una escuela rural en la que había un solo maestro que se encargaba de tercero, cuarto, quinto y sexto grado. Estábamos todos juntos en el aula y nos formaban en cuatro filas de bancos; cada fila correspondía a un grado. El maestro explicaba a todos los alumnos algunos temas en general, y otros temas específicos a los alumnos de cada fila. Los alumnos de infantil (algo similar al jardín de infantes), primero y segundo grado, estaban a cargo de una ayudante.

La yegua “Petiza”

Recuerdo que, en una oportunidad, viviendo en el campo, cuando yo estaba tercer grado, mi padre me dijo que lo acompañara a un remate de hacienda (de vez en cuando lo hacíamos), en el que se serviría un gran asado al mediodía. Por la tarde, hizo algunas ofertas para comprar una yegua mora, no muy grande. Sin que yo supiera, mi padre había llevado en el coche un freno para caballo y un cuero de oveja, por lo que la compra fue retirada de inmediato, y yo mismo fui el encargado de montarla. Supe que ese animal era un regalo para mí y para Kique

en el momento en que mi padre me dijo que debía montarla y llevarla al campo. A pesar de mi corta edad yo ya estaba acostumbrado a arrear animales y era un muy buen jinete. De manera que, a todo galope, me vine con el regalo hasta la casa, unos 4 o 5 kilómetros, mientras mi padre me seguía con el automóvil. Creo que ese fue uno de los pocos regalos que recuerdo haber recibido en mi niñez. En los días con buen tiempo, solía ir al colegio en bicicleta (una vieja bici llanta 24 heredada de mi hermano, quien a su vez la heredó de unos primos), o montado en la Petiza comprada en el remate. La distancia hasta el colegio era de unos cuatro kilómetros (cuatro cuadrados), y había que cruzar dos veces las vías del ferrocarril (y en esa época, los trenes pasaban varias veces al día). No obstante, yo iba y venía solo, en mi bicicleta o mi Petiza.

Por cierto, la Petiza resultó ser una yegua bastante traicionera: una vez lo pateó a Kique con las dos patas traseras, y le dio en el pecho con tal fuerza que lo despidió a varios metros; incluso le quedaron marcados los dos impactos en el pecho. Por suerte no le hizo mayor daño (si le hubiera pegado en la cabeza lo hubiera matado). Yo estaba cerca, y recuerdo muy bien el episodio.

La vida en el campo, durante los dos últimos años no fue precisamente divertida. Mi hermano ya estaba pupilo en el colegio en Santa Fe y yo solo contaba con la amistad de un primo, Héctor Poncio, hijo de mis tíos Victorio y Clementina, quienes vivían en un campo cercano. Héctor había nacido cuarenta días después que yo, y fue mi compañero de juegos en la infancia. Luego ellos fueron a vivir a San Jorge y nunca más lo volví a ver. Más adelante, siendo todavía joven, aunque ya casado y con hijos, supe que Héctor había fallecido en un accidente automovilístico.

Cuando éramos chicos, en esa época, casi lo único que hacíamos era jugar con tierra. Nos gustaba correr y vagar por el campo. Andábamos siempre con una gomera (una honda), aunque rara vez cazábamos algún pájaro, porque no teníamos buena puntería, y además nos compadecíamos de los animalitos. Mi padre Domingo era un amante de la caza, y siempre fue un buen tirador. Solía llevarme con él, muy temprano por las mañanas; yo lo seguía caminando por

detrás, para que pudiera disparar sin peligro. Con un buen perro, siempre salía con cincuenta cartuchos en la cartuchera, y nunca traía menos de cuarenta y ocho a cincuenta perdices. A veces volvía triunfante porque había logrado terminar los cartuchos en un par de horas. O sea que no había errado un solo tiro. Mi padre se cargaba sus cartuchos y tiraba al vuelo, con un arma de un solo caño, y un calibre pequeño (un 12 chico), pero era muy certero. La que no estaba tan contenta era mi madre, que rezongaba en silencio ante la perspectiva de tener que desplumar y limpiar tantas perdices. Además, había que cocinarlas, para comerlas de inmediato o conservarlas en escabeche. Se imaginan que en la casa nunca faltaba el escabeche de perdices.

Mudanza a la ciudad

En enero el año 1951, cuando tenía 10 años nos mudamos del campo al pueblo, a una casa nueva, recién terminada. La casa nueva de Sastre tenía agua provista por un motor eléctrico y un bombeador, además de un aljibe en el que almacenaba agua de lluvia.

Por entonces ingresé al quinto grado, ya en la escuela fiscal del pueblo, y cursé allí los dos últimos grados, quinto y sexto. Comencé entonces a frecuentar nuevos amigos y compañeros. Mi barra de amigos era lo mejor que tenía. La plaza del pueblo de Sastre era el lugar de encuentro de la barra. Nos movilizábamos en bicicleta y hacíamos no pocas travesuras. No había ningún riesgo y podíamos quedarnos hasta tarde en las noches, aunque ligáramos algunas reprimendas al regresar. La obligación familiar era la de estar presente a la hora del almuerzo y de la cena, de manera que llegábamos con lo justo y luego volvíamos a salir. Salvo los días más fríos y en épocas de clases, la cita después de la cena era obligada en la plaza, cada uno con su bicicleta.

El secundario

Cuando llegó el momento de pasar al secundario, hubo que tomar algunas decisiones. En esa época había un único colegio secundario en Sastre, el de las monjas, donde solo se cursaba magisterio, y solamente para mujeres. Los varones que queríamos seguir estudiando necesariamente debíamos emigrar. Así que a mí me inscribieron en el colegio comercial San Martín en San Jorge. Para trasladarme tomaba el tren que pasaba por Sastre justo a las doce, que iba de San Jorge y a Rosario, y tardaba unos quince minutos en llegar a San Jorge. Para volver, tomaba el tren en sentido contrario, que pasaba por San Jorge a las 17:30. Debíamos correr para llegar a tiempo. Los lunes y los miércoles tenía educación física, por lo que no llegaba a tomar el tren de vuelta a Sastre, por lo que tenía que quedarme en San Jorge, en una casa de familia en la que me tomaron en pensión. Yo tenía apenas 12 años. O sea que yo salía de casa el lunes al mediodía, regresaba el martes a las 18 horas, salía de nuevo el miércoles y regresaba el jueves, mientras que el viernes iba y venía en el día. De Sastre éramos unos cuatro o cinco los que hacíamos esa travesía. No la pasábamos mal, ni se le ocurría a nadie pensar que podía pasarnos algo malo.

Los últimos años del secundario los cursé en San Francisco, Provincia de Córdoba, viviendo como pensionista en una casa de familia. Viajaba desde Sastre los lunes por la mañana en ómnibus, y regresaba a casa los viernes por la tarde después de la clase.

Obviamente, el resto del tiempo lo pasaba en Sastre con mi barra y haciendo algo de deportes, básicamente fútbol y básquet. Como curiosidad, les cuento que cuando yo practicaba básquet, las pelotas americanas de color naranja que se utilizan actualmente aún no se usaban en la Argentina; se usaba una pelota de cuero, como la de fútbol (soccer), pero un poco más grande, una número 6, con cámara y cubierta de cuero vacuno. Era más pesada y muy incómoda cuando se mojaba. Ese mismo tipo de pelota se usaba para jugar los campeonatos oficiales de basquetbol departamentales. En los tiempos en que yo abandoné las prácticas recién comenzaba a utilizarse la pelota americana como se utiliza actualmente.



La barra de amigos. arriba: Raul Massera, Enrico Barbonaglia, Eduardo Gaggiano y "Choclito" sordo. Abajo: Miguel Ángel Bulla, Rubén y Edgar Boschetti. Club Atlético Sastre.

Por otra parte, a los 16 años pude apreciar que no tenía distancia para embocar la pelota y que mi vista no era buena, por lo que tuve que comenzar a usar anteojos, y obviamente tuve que abandonar el básquet. En ese momento las operaciones en la vista ni se imaginaban, solo se hicieron comunes muchos años después. La verdad es que, más allá de los lentes, y a pesar de tener un físico bastante apto y una altura de 1,82m, no parecía tener muchas otras condiciones para los deportes. En 1957 terminé el colegio y me recibí de Perito Mercantil en el colegio San Martín de San Francisco. Yo tenía aún 17 años, y ya había terminado de cursar el secundario, y me disponía a encarar una nueva vida: la universidad.

Hagamos un alto: La vida, y las costumbres.

Para mostrar cómo eran algunas cosas en mis tiempos voy a contar sobre algunos detalles, quizás laterales, pero no por ello menos interesantes. Sobre todo, porque sirven para marcar algunas diferencias con las costumbres actuales.

Siempre se dijo que la juventud en otras épocas era más sana; y es posible que sea, en parte, verdad. En mi infancia y juventud, las drogas y el narcotráfico eran cosas remotas, cuando no, desconocidas. Los muchachos, sin embargo, no dejaban de divertirse haciendo travesuras, a veces bastante pesadas. No obstante, los padres nos tenían “cortitos”, es decir, muy controlados. Creo que, si bien crecíamos y madurábamos más rápido, no por ello nos faltaba diversión.

Les dejo aquí algunas pinceladas del paisaje de mis tiempos y de mi juventud:

Cuando era chico no había gran variedad de cosas para beber en el día a día. El agua mineral era un artículo de lujo y venía solamente en envases de vidrio, ya que no existían los plásticos. No era usual consumirla en las casas de familia: la sed se quitaba con agua.

Las gaseosas eran todas naranjadas solo se vendían en botellas chicas. Se consumían muy pocas veces, y solo en los bares. Pero reunirse en un bar tampoco era tan frecuente como hoy. La Coca Cola era desconocida en la Provincia de Santa Fe, pues las autoridades no permitían su circulación y consumo, ya que la compañía se negaba a revelar la fórmula. Yo pude probar la Coca Cola recién cuando fui a San Francisco, porque allí sí se la podía comercializar. La venta en la Provincia de Santa Fe fue autorizada recién a fines de la década de los años 60.

La soda, que se vendía en “sifones” recargables, se consumía solo para acompañar el vino de mesa. Y el vino venía en botellas de un litro, a veces en damajuanas de cinco litros, y se consumía solamente en días de fiesta o reuniones. Si alguien tomaba de más y se emborrachaba, los amigos lo llevaban hasta su casa, tocaban el timbre y salían corriendo, por miedo a alguna reprimenda.

En los pueblos del interior no había agua corriente de red. En las casas normalmente se extraía agua de napa, bombeándola hasta un tanque en el techo. Esa agua se usaba para lavar, bañarse o cocinar. En Sastre, la napa de agua potable está a una profundidad de 8 a 10 metros.

En casi todas las casas había un aljibe, donde se juntaba el agua de lluvia desde los techos, a través de un sistema de cañerías. El agua de aljibe era la que se usaba para tomar, y era muy fresca. Se extraía por medio de un balde que colgaba con una puela de una soga o una cadena. En el calor del verano, no había nada más agradable que sacar un balde de agua y beber directamente de él. Cuando éramos chicos, nadie se hacía problema por tomar todos del mismo recipiente: tomábamos agua del balde, de una manguera, de una canilla, en cualquier lugar, ya fuera en el colegio o en alguna casa. A nadie se le ocurría decir que podía estar contaminada o ser insalubre.

Los automóviles no tenían cinturones de seguridad. Este implemento recién se empezó a utilizar en la década del '70. En Córdoba, su uso recién se generalizó en la década de los años '90. Además de la ausencia de los cinturones, no era extraño que los niños fueran en el asiento delantero, incluso sobre las rodillas del acompañante. La seguridad dependía de la habilidad del conductor para evitar accidentes. Por esa razón, conducir un automóvil fue muy sencillo para mí, porque siendo muy pequeño, con 9 ó 10 años, mis tíos y mi padre ya solían sentarme en su falda para que yo pudiera aferrarme al volante y manejar; obviamente por caminos de tierra, de manera que, cuando pude llegar a los pedales, la única dificultad para mí consistía en soltar el embrague en forma adecuada (la caja automática no era conocida).

Viajar en la caja de carga de una camioneta era toda una aventura inocente, lo mismo que viajar colgado de un carro tirado por caballos. Claro está que los vehículos en circulación eran muy pocos. Sin embargo, en las rutas pavimentadas un coche se podía desplazar a unos 120Km por hora, con frenos poco eficientes y sin bolsas de aire que brindaran protección (los airbags comenzaron a usarse en la década del '90). Yo mismo, cuando apenas comenzaba a conducir, he llegado

a hacerlo a una velocidad de 120 kilómetros por hora, por caminos de tierra (obviamente, casi sin tránsito de frente).

Nuestra obligación era ir a la escuela y luego hacer los “deberes” (las tareas en la casa); a partir de allí éramos libres de salir a jugar con los amigos, a cualquier lugar. Eso sí, sabíamos que a cierta hora se servía la cena y a esa hora debíamos estar en casa, porque de lo contrario venía la reprimenda y las penitencias. A partir de los diez u once años, si la temperatura era agradable y se estaba en vísperas de un feriado, podíamos ir a juntarnos nuevamente con los amigos, generalmente en la plaza, y quedarnos más o menos hasta la medianoche.

La bicicleta era medio de movilidad típico de los jóvenes, y no llevábamos ni casco ni rodilleras. Cuando nos caíamos (lo cual, por cierto, ocurría con bastante frecuencia), nos pelábamos las rodillas y los codos, pero nadie se quejaba: lo principal era poder arreglar la bicicleta para que la cosa pasara desapercibida. Eso sí: cuando nos golpeábamos, nosotros éramos los únicos culpables; nunca se pensaba en culpar a otro de la desgracia.

Cuando éramos chicos, comíamos la comida que nos daban, y lo que comiéramos demás, lo gastábamos jugando en la calle, al fútbol, andando en bici o subiéndonos a los árboles y corriendo. No se hablaba de comidas “light” y de bebidas “diet”. Las calorías eran algo que sólo se refería a los calefactores. Los que tenían una contextura más robusta llevaban de por vida el apodo de “gordos”, pero eso a nadie offendía. Los desayunos y meriendas venían acompañados de mucho pan y de manteca y/o dulce. Los cereales eran para los animales, el yogur era casero y las galletas había que hornearlas en casa...

Nuestros padres no nos sugerían ni nos obligaban a estudiar idiomas, música u otra disciplina. Sólo algunos pocos niños lo hacían, y tampoco había una gran oferta de gente que se dedicara a enseñar. Más adelante lo lamentaría, porque me di cuenta de lo importante que hubiera sido para mí saber inglés, idioma que nunca estudié ni aprendí. En aquel tiempo nadie me lo sugería, y tampoco tuve la oportunidad de hacerlo; los buenos consejos no abundaban en el ambiente chato del interior, con gente que tenía pocos conocimientos y menos experiencia. Lo del inglés siempre fue la asignatura pendiente; yo no ignoraba su utilidad, y siempre tuve la intención de estudiarlo; fue por ello que, cuando mis hijos estaban en edad escolar, les impuse como obligación estudiarlo, en forma particular, al mismo tiempo que cursaban la primaria y la secundaria. Yo apenas lograba entender algo de inglés, sólo unas palabras, que me sirvieron en los viajes, para comunicarme con el chofer de algún taxi o en un hotel.

Jugar a la pelota era de rigor en todas las oportunidades, a veces con una pelota “de trapo”, confeccionada a partir de medias viejas atadas una sobre otra, y que no se despegaba del suelo. Solía decirse que “rebotaba menos que un gato muerto”.

En realidad, yo no me destacaba en ningún deporte, ni tenía capacidad especial alguna; en Sastre jugábamos al billar con los amigos de la barra, y en eso yo no era tan malo.

Como no conocíamos la televisión (yo recién conocí la televisión a los 19 años, cuando estaba ya en la Universidad), ni mucho menos los juegos electrónicos, que por ese entonces ni existían, nuestros entretenimientos eran de otro tipo.

Hacer travesuras era algo corriente aun entre los jóvenes, y más de una vez, cuando los rastros eran muy evidentes, éramos citados por la policía del pueblo. Así le ocurrió a mi hermano Kique, siendo ya un joven que había terminado el secundario. Sucedió que un día, con sus amigos y su primo Pepín, cometieron la travesura de cerrar violentamente una cortina metálica de un negocio... ¡con toda la gente adentro! Kique y sus amigos tuvieron que pasar tres días detenidos en la policía. Nada fácil para ellos, pues estábamos en pleno Carnaval (los carnavales eran muy importantes por aquel entonces, muy especialmente en los pueblos del interior); así que se perdieron uno de los acontecimientos más esperados del año en Sastre. Mi padre era en ese momento presidente de la cooperadora policial y, por lo tanto, muy amigo del jefe de policía. Sin embargo, no hizo nada para que salieran antes de tiempo de “la cana”. Sólo les llevaba la comida y la ropa limpia. Cuando el Jefe de Policía lo llamó para decirle que no era para tanto, que había sido una travesura, mi padre le respondió: “¡déjelo adentro hasta que aprenda!”

Una travesura de las más elementales consistía en tocar el timbre en una casa, y luego salir corriendo, o entrar furtivamente al patio de una casa para robar algunas mandarinas o naranjas, que luego comíamos todos juntos en algún escondite.

En general, los padres eran estrictos y generalmente aplicaban rigor: una buena cachetada o una oportuna patada en las sentaderas era un correctivo efectivo, que además venía acompañado de alguna penitencia o prohibición. Nadie iba al psicólogo, ni abrigaba odio contra los padres, sino que la magnitud de la reprimenda nos indicaba la gravedad de la falta cometida. A nadie se le ocurría pensar que los padres no lo querían, ni que eran injustos o violentos. Sabíamos, o intuíamos que, en el fondo, ellos tenían la razón, y nos educaban como mejor podían hacerlo. La cultura del trabajo y del ahorro, nos eran inculcadas a fuego. En aquella época nadie derrochaba nada, se cuidaba el gasto de todo lo que se utilizaba, y se guardaba el remanente o lo que sobraba “para cuando lo necesitemos”.

En todos los hogares había un cajón de rezagos. Las partes de todo lo que se rompía iba a parar a ese cajón, y cuando faltaba algún tornillo o tuerca para reparar algo, se buscaba allí, y se terminaba la compostura. Creo que la razón de todo ello es que la Argentina era un país totalmente cerrado, y casi no conocíamos cosas importadas. Todo lo importado nos parecía maravilloso y mejor, porque no conocíamos otra cosa. Además, las cosas se hacían para que duraran, y si se rompían, con pequeños arreglos se solucionaban.

Los bebés dormían en cunas que estaban pintadas con brillantes pinturas con plomo, pero nadie era consciente de que ello fuera un problema. A los pañales se los lavaba y se los secaba colgados al sol.

Los primeros lavarropas eran muy elementales y no existían los secarropas; el mejor secarropa era una sogá en el patio de la casa. Y solo fallaba los días de lluvia.

SEGUNDA PARTE

LOS 60'S: LA UNIVERSIDAD

Habiendo terminado el secundario, como conté más arriba, me disponía a comenzar una nueva etapa en mi vida: los estudios universitarios.

La elección de la carrera no había sido para mí ningún problema, pues ya desde algunos años antes, mi familia me había convencido de que tenía que ser contador. Y dado que mi título secundario era Perito Mercantil, solo cabía una posibilidad: estudiar en la Facultad de Ciencias Económicas. Así fue como, en marzo de 1959 llegué a Córdoba para inscribirme en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional.

Cierto es que, siendo oriundo de Sastre, podría haber ido a estudiar a Santa Fe o a Rosario, que quedaban un poco más cerca y estaban mejor comunicadas. Pero sucedió que algunos de mis compañeros de secundaria que decidieron seguir estudiando y optaron por esa misma carrera, eligieron estudiar en Córdoba, así que yo me incliné por la misma opción. Por otra parte, el clima de Córdoba me proporcionaba una ventaja adicional, ya que, según se decía, era mucho más aconsejable para alguien que padecía asma bronquial como yo. Si bien no tenían muchos conocimientos como para aconsejarme, mis padres estuvieron de acuerdo con mi decisión, y me apoyaron en todo mi trayecto de estudio. Así las cosas, yo sería el primero de la familia Poncio y de los Brusa que iba a pisar una universidad.

Para instalarme en Córdoba, viajamos con mis padres, para ubicar un lugar donde pudiera quedarme ubicamos una casa de pensión. Se llamaba La Ideal, y estaba sobre calle Independencia al 365. Allí también fueron a parar varios de mis compañeros del colegio de San Francisco. Yo compartía una habitación con otro chico de Sastre. Lo cierto es que, debía manejar solo en una ciudad nueva, grande y desconocida. Pero yo ya tenía 18 años, y no me resultaba extraño manejar solo, puesto que ya venía de estar tres años en la pensión de San Francisco.



Pensión de la calle Arturo M. Bas 340, 1961: Chiti Camperi, Rubén, Filipetti, Roggero, Sagioratto – Héctor Roggero, Avelino Faggiano, Erico Carignano

Con mucho esfuerzo, mis padres pagaban mis gastos; yo me manejaba gastando lo justo y necesario, y me quedaba muy poco para los extras o la diversión. Yo ya estaba de novio con Teresita, que vivía en Sastre y trabajaba en una escribanía. De manera que, cuando podía, viajaba a visitarla a ella y a mi familia, pero eran visitas de pocos días. En verano era distinto: pasaba algo más de un mes de vacaciones en Sastre, normalmente arrancando unos días antes de las fiestas. Pero durante el resto del año regresaba a mi ciudad cada dos meses, más o menos, y lo hacía por no más de cuatro o cinco días.

El primer año de universidad fue muy especial: el presidente Frondizi había decretado la enseñanza laica en todo el país. Pero la Iglesia y el clero, no estaban de acuerdo. El debate era sobre la incorporación o la validación de la enseñanza libre, o laica. Esto generó protestas, huelgas y asambleas, al punto tal de que durante todo el año lectivo casi no asistimos a clases. La verdad es que estudiábamos muy poco, aunque yo pude perfeccionarme bastante en el juego del póker... Pero llegó el fin de año, y yo debía rendir los exámenes finales; de las dos materias que había cursado, solamente aprobé una, y en la otra, Análisis Matemático, me aplazaron.

Aquellos no eran tiempos tranquilos. En esa época, ocurrió lo que fue el primer atentado terrorista de la época: el 16 de febrero de 1960, una bomba hizo volar los depósitos de combustible de la Shell, ubicado al sur de la Ciudad Universitaria, frente a la vía del ferrocarril, sobre lo que hoy es la avenida Cruz Roja Argentina. Las llamas eran tan grandes que, a pesar de la distancia, nosotros podíamos verlas desde el techo de la pensión. La columna de humo negro era alta como un edificio. En un primer momento, el atentado fue adjudicado a un grupo de dirigentes peronistas; luego se descubrió que se trataba del grupo de extrema derecha Alianza Libertadora Nacional (ALN). El ataque dejó quince muertos y varios heridos.

El parque automotor de la ciudad de Córdoba en esa época era discreto; los pocos automóviles que circulaban por la ciudad podían estacionar sin problemas. Algunos estudiantes, muy pocos, por cierto, iban en auto. Generalmente eran "locales", o sea de la misma ciudad de Córdoba, y usaban el auto de la familia;

otros iban en moto, y habían tomado la costumbre de estacionar en la vereda de la Casona, por lo que quedaba poco espacio para circular caminando. Por supuesto, nosotros, que éramos de otras ciudades, y vivíamos lejos de nuestras familias, no nos movíamos en moto ni en auto.

Al salir de clase, íbamos a buscar nuestra cena, que generalmente no era mucho más que un modesto panchito comido al paso. Luego, el mismo tranvía 2 nos llevaba de regreso por la avenida Colón hasta la calle San Martín; allí bajábamos y caminábamos de regreso a la pensión.

Por ese tiempo ya comenzaba a funcionar el Campus de la Universidad Nacional, y se inauguraba el Comedor Universitario en el Pabellón Argentina. Algunas facultades comenzaron el traslado hacia ese sector; con el tiempo, le tocó a la nuestra. La Universidad había comprado unos ómnibus que circulaban para trasladar a los estudiantes hasta el Comedor. El recorrido llegaba hasta el Barrio Clínicas, una barriada llena de estudiantes, especialmente de medicina. Tenía paradas fijas en distintos puntos. Nosotros lo tomábamos con dirección a sur, en la plaza Vélez Sarsfield, casi frente al Arzobispado. De manera que podría decir que nosotros estuvimos entre los que estrenaron el transporte, el Campus y el Comedor Universitario.

Una mudanza (más)

En la pensión de la calle Independencia viví casi dos años; ya sobre finales de 1960, me mudé, con un grupo de muchachos, a otra pensión en la calle Arturo M. Bas 340, que era de una familia oriunda de Freyre, una localidad del este de la Provincia de Córdoba; un poco por esa razón, vinieron varios muchachos de Freyre que ya habían estudiado conmigo en la secundaria en San Francisco, como Héctor Roggero (quien después me acompañó en otras pensiones y comedores), el gordo Eduardo “Lalo” Filipetti, que era de la zona de Venado Tuerto y estudiaba Medicina, y José Andrés “Chitín” Camperi, de Porteña, estudiante de Ingeniería Civil. Éramos cuatro en total.

La Facultad de Ciencias Económicas funcionaba en una antigua casona sobre la avenida Colón al 900. En la Facultad se dictaban clases teóricas por la tarde-noche, desde la 19 hasta las 21 o 22 horas. Yo asistía junto con Héctor Roggero, –que también había hecho el secundario en San Francisco–. Los dos veníamos de ciudades del interior, donde no existía el transporte colectivo. Para nosotros, el tranvía era una gran novedad. Sin embargo, no lo usábamos tanto para ir a la facultad, aunque era muy cómodo si teníamos que llegar hasta la casa de algún otro estudiante. Si, eventualmente, decidíamos usarlo para ir hasta la facultad, caminábamos desde la pensión hasta la calle 27 de abril, y allí tomábamos el tranvía 2, que iba hasta la calle Rodríguez Peña, doblaba y seguía para tomar la avenida Colón; nosotros nos bajábamos ni bien doblaba en la avenida, cerca de la Facultad. En ese entonces la avenida Colón era toda de una sola mano; todavía no se había ensanchado y el tránsito circulaba solamente con dirección al centro. El ensanchamiento de la calle Colón se realizó cerca del año 1960, casi al mismo tiempo en que dejaron de funcionar los tranvías.

Con el tiempo dejamos de ir a almorzar allí, porque supimos de un comedor para estudiantes que nos quedaba más cerca de la pensión y no había que tomar un ómnibus para llegar. Funcionaba en boulevard San Juan al seiscientos, y podíamos llegar caminando en muy poco tiempo. Lo atendía la familia Sartori, de San Rafael, Mendoza que tenía cinco hijos. Esta familia ya tenía dos pensionistas y no les costaba mucho agregar un cubierto más, pues solían hacer ese tipo de servicios a los estudiantes; nos recibían y atendían muy bien ⁴.

Algo de diversión para los estudiantes

Ya les conté que mis padres costearon mi carrera y mi estadía en Córdoba en este tiempo como estudiante, pero que para ellos no era fácil en términos de finanzas. Por ese motivo, yo administraba el dinero con bastante celo. Como podrán

⁴ Años después, los Sartori armaron una empresa dedicada a eventos en los que se servía comida en fiestas y agasajos, y la cocinera era la señora Sartori, con quien me encontré en muchos eventos cuando yo ya era funcionario y tenía invitaciones a muchos festejos.



***Rubén en la escuela de Aviación militar, junto a
Martoglio y Racino.***

imaginarse, a pesar de algunos esporádicos entretenimientos, la vida que llevábamos en Córdoba era poco divertida, ya que se limitaba a estudiar y asistir a clases; solo muy de vez en cuando íbamos al cine. Sin embargo, algunas veces íbamos a los bailes que cada tanto se hacían en el Pabellón Argentina, y que contaban con la actuación de algún famoso: grandes orquestas de tango solían venir desde Buenos Aires, como la de Juan D'arienzo, la de Aníbal Troilo, con Julio Sosa como cantante, o la que más me gustaba a mí, la de Osvaldo Pugliese, con sus cantores Jorge Maciel y Miguel Montero.

El Servicio Militar

En enero de 1962 fui convocado para hacer el servicio militar. De modo que, apenas unos días antes de mi cumpleaños me tocó incorporarme a la Escuela Aviación Militar, que queda a la vera del camino a Carlos Paz. Allí tuvimos primeramente tres meses de instrucción militar, que fue muy estricta, sobre todo al comienzo; así que mi cumpleaños número 21 pasó casi sin que me diera cuenta. Aquello fue realmente duro. Yo usaba anteojos, y eso era un problema adicional: no era fácil hacer cuerpo a tierra con el fusil en la mano y los lentes por cualquier lado. Pasados los tres primeros meses, la actividad se relajó un poco. Como ya había circulado la noticia de que yo estaba en cuarto año en la Facultad, y era el alumno más avanzado en estudios de toda la Compañía, algunos oficiales me llamaban aparte para hacerme algunas preguntas sobre la vida universitaria.

También solía colaborar cuando había que armar y desarmar algún un fusil o una pistola: el oficial a cargo lo mostraba y daba los nombres técnicos de las partes del arma, y un par de veces me encargaron a mí a que los repitiera delante de la tropa, tantas veces como fuera necesario, hasta que los soldados los supieran de memoria.

Las bromas entre compañeros del servicio militar eran muy habituales y, con una mayoría de colimbas cordobeses, las cargadas eran inevitables. Por supuesto, nada de eso se hacía con mala intención, sino que simplemente formaba parte de

la vida cotidiana dentro de los cuarteles. Recuerdo, por ejemplo, a un jujeño muy bueno, muy tranquilo y manso; el pobre muchacho solía ser objeto de bromas, pues había nacido en un paraje llamado Londres, en provincia de Jujuy, y nunca faltaba algún oficial que lo hiciera pasar al frente para preguntarle de dónde era, para que él contestara “de Londres, Señor”, lo que desataba cargadas de todo tipo.

Un acontecimiento especial

Al lado del predio donde estábamos nosotros estaba la Escuela Aviación Militar. Nosotros éramos soldados rasos, pero los alumnos de esa escuela se recibían de oficiales con el grado de Alférez. Tenían no más de 19 o 20 años, es decir que tenían más o menos la misma edad de los que estábamos en la Colimba. Sólo que, que mientras ellos aprendían a volar, nosotros éramos espectadores. En algunas oportunidades, estos muchachos se acercaban a nuestra compañía; nosotros charlábamos con ellos e intercambiábamos algunas opiniones. Ellos tenían un rango mucho mayor que nosotros; y aunque esto no ocurría, si se lo proponían, tenían autoridad suficiente para darnos órdenes, incluso “bailarnos”, y nosotros debíamos obedecer. Eventualmente logramos entablar alguna relación de confianza, aunque ellos tenían que mantener la distancia. También tenían mejor comida y ropa.

Esos casi oficiales volaban los aviones de entrenamiento Mentor. Siempre iban acompañados por el entrenador; solo al terminar el curso, tenían su vuelo de bautismo, que es cuando reciben la categoría de Piloto Militar; ese vuelo sí lo hacían ya en solitario.

Siempre existía la posibilidad de que ocurriera un accidente. De hecho, ese año perdieron la vida varios pilotos que eran casualmente conocidos nuestros. Cuando, por desgracia, sucedía un accidente, llevaban a los soldados a ordenar y juntar los restos del avión. Eso era realmente impresionante: primero llegaban los enfermeros y la gente de la sanidad de la Escuela, que eran los que se encargaban

de retirar los restos y de llevar a cabo el registro fotográfico; después llegaban los soldados que recogían los pedazos del avión. Una vez me tocó a mí esa ingrata tarea, con el agravante de que el piloto era uno de los que solía charlar conmigo, y yo le tenía un cierto aprecio. Recuerdo que el apellido del alférez fallecido era Bentolila. Yo había quedado muy afectado. Ese día, al volver a la Escuela, tomé una decisión que creo que no fue la más acertada; me acerqué a la enfermería y vi a través de una ventana los restos del piloto cubiertos con una sábana blanca, tal como habían llegado.

Casi dragoneante

Poco antes de cumplirse un año desde la fecha en que nos incorporaron, a fines del año 1962, llegó el momento de elegir quiénes eran los mejores soldados, a los que los que ascendían a “dragoneantes”. Yo estaba en esa lista, creo que en el orden 3 ó 4, pero por alguna razón, no quedé. Nunca supe formalmente por qué, aunque puedo imaginarlo: yo no cumplía con uno de los requisitos fundamentales para aspirar a ese rango, que era el de tener “voz de mando”. Sí quedó uno de los mejores amigos que tenía. En el fondo creo que al final fue ventajoso: en su momento, yo desconocía que a los dragoneantes se los retenía hasta el momento en que la mayoría de los soldados se iban de baja. Cuando, en enero, llegó la baja de la primera tanda de soldados, yo estuve dentro ese grupo; de manera que me reincorporé en seguida a la vida universitaria; mientras tanto, mi amigo, al que habían ascendido a Dragoneante, debió quedarse hasta la segunda baja, que fue recién en marzo, y seguramente perdió los turnos de examen. Eso me podría haber ocurrido a mí si me hubieran nombrado Dragoneante.



Rubén durante un desfile en la escuela de Aviación militar.

Universidad: hacia la recta final

El 22 de diciembre de 1964 rendí la última materia y me recibí de Contador Público Nacional. La ceremonia de colación de grados se llevó a cabo en el salón principal del Rectorado de la Universidad días antes de la Navidad. Vinieron mis padres y trajeron también a Teresita. Luego nos fuimos todos a Sastre, a pasar las fiestas, como se hacía todos los años.

Sin perder tiempo, en febrero de 1965 me inscribí en el Consejo Profesional de Ciencias Económicas, para poder ejercer la profesión de manera independiente (en julio 2015, con un acto que se hizo en el teatro San Martín me otorgaron una medalla de oro por 50 años de profesión. Casi sin darme cuenta, ya habían pasado 50 años de mi graduación).

Los primeros empleos

Al año siguiente de recibirme, me inscribí para hacer las materias de la Licenciatura en Ciencias Económicas, con la intención de optar luego por el doctorado; pero además se me ocurrió anotarme en el ingreso a la carrera de Abogacía, ya que por ese entonces se decía que sumar un título de abogado era altamente conveniente.

Mi primer empleo fue en la Dirección de Industria y Comercio, del Ministerio de Economía de la Provincia. Conseguir ese puesto no fue muy difícil: un funcionario vino un día a la Facultad en horario de clases –yo cursaba materias de la Licenciatura–, y empezó a preguntar por los pasillos si alguno quería trabajar. Yo me anoté de inmediato. En pocos días me citaron y salió mi designación, como técnico superior, en la Dirección de Industria y Comercio. Allí estuve unos meses, pero en algún momento me notificaron que el Ministro de Economía había resuelto transferirme a la asesoría Fiscal del Ministerio de Economía. Fue una sorpresa para mí porque yo estaba cómodo en mi trabajo y no deseaba marcharme, pero después me enteré por donde venía la cosa: en ese

Departamento ya trabajaba Ignacio Ludueña, a quien acababan de encargarle la confección del presupuesto provincial. Para armar un equipo, Ludueña le solicitó al ministro que me transfiriera.

Trabajo no faltaba; por esa razón no avancé en ninguno de los dos proyectos, ni la Licenciatura ni la Abogacía. Paralelamente había tratado de trabajar como contador en empresas, o en negocios, como tiendas o zapaterías, y eso significó un buen aprendizaje para mí. Un detalle no menor era que, al postularme, el dueño o el responsable del negocio indagaba sobre mi procedencia, la de mi familia, o sobre quién era mi padre. Cuando yo decía que mi familia no era de Córdoba, me pedían alguna referencia o una recomendación. De esa manera entendí que en Córdoba había una sociedad cerrada, aristocrática y clerical, en la que, si uno no portaba un apellido, costaba mucho penetrar. Y yo, aquí, era un absoluto desconocido.

Esa experiencia me fue útil porque allí aprendí lo que era la vida profesional en Córdoba: las familias tradicionales no eran muchas a mediados del siglo XX. Pero sus integrantes tenían ciertos privilegios de hecho. Esas familias eran grandes, los cordobeses católicos tenían muchos hijos, siete, ocho, nueve. Y cuando estos jóvenes llegaban a la mayoría de edad, se los orientaba hacia la Universidad. Todos los padres querían que sus hijos fueran médicos o abogados. Pero si el vástago no era apto para cursar una carrera, y se quedaba en el camino, usaban las influencias para conseguirle un empleo, seleccionando la búsqueda en el siguiente orden: en la misma Universidad, en la Justicia Federal, en la Provincial, o en algún banco oficial, el de la Nación o el de la Provincia. Si todo eso fracasaba, trataban de ubicarlo en alguna de las empresas de algún conocido o, en última instancia, en algún comercio. Si uno presta atención, los apellidos de lo que podríamos llamar la aristocracia local, estaban en su mayoría en esas Instituciones.

Entre 1965, hasta 1967, trabajé para el Consejo Federal de Inversiones, de Buenos Aires, en una oficina local, haciendo el cálculo del Producto Bruto Provincial de las Provincias de Córdoba, Catamarca y La Rioja. Allí también trabajaban

Orlando Rins y Alberto Arolfo, quienes me acompañaron en otras funciones en distintos momentos.

Años después, a principios de los '80, cuando ya ocupaba el cargo de Ministro de Economía (en 1979, fui Secretario de Estado de Hacienda y Finanzas, y luego, en abril de 1981, pasé a ocupar el Ministerio de Economía y Finanzas de la Provincia de Córdoba), se presentó en mi despacho un abogado de apellido Bearzoti, nacido en Carlos Pellegrini, cerca de Sastre, y que se había recibido en Córdoba. A él, me contaba, le había ocurrido lo mismo que a mí, y se asombraba de que yo hubiera podido, siendo de Sastre, llegar a ser ministro, a pesar de ser un total desconocido, y provenir del interior de otra provincia.

No era que el apellido Poncio fuera desconocido; de hecho, había algunos Poncio en Córdoba, pero había un pequeño problema: en la década del treinta, un gerente de la Sucursal Córdoba del Banco la Nación de apellido Poncio, había sido imputado por defraudación o algo parecido. Por suerte, muy pocos lo recordaban, por lo que este hecho no influyó en mi inserción laboral y social, pero podía haber sido un antecedente no muy favorable.

El “Mito” no es un mito

Una nueva oportunidad de trabajo me la brindó mi amigo José Heriberto Moore, el “Mito” Moore. El padre de Mito, que había fallecido recientemente, había sido socio de la Joyería Perrín, que estaba en la calle San Martín 83, que en ese entonces aún no había sido convertida en peatonal. A raíz de esto, Mito me ofreció ingresar como socio en la joyería que era una de las más antiguas de la Ciudad de Córdoba.

A Mito lo conocí haciendo cola en el hospital Tránsito Cáceres de Allende, mientras nos sacábamos las radiografías para inscribirnos en la Universidad, y fuimos compañeros de estudios y de facultad. Mito era hijo único, y su madre lo atendía y cuidaba como suelen hacer las madres en esos casos. En su casa yo disfrutaba de ricas comidas, y allí descubrí por ejemplo la salsa golf que preparaba ella, (aún

no se vendían ni la mayonesa, ni el ketchup envasados), al tiempo que disfrutaba de exquisito chicken pie que cocinaba la madre, quien a esa altura casi me había adoptado como hijo. En esa casa también pude ver por primera vez un televisor (en blanco y negro), algo que yo solo había visto en las publicidades gráficas.

Para ingresar a la sociedad no me fue necesario aportar dinero: Mito no se llevaba nada bien con el socio que quedaba, y necesitaba reunir un poco de fuerza para lograr la toma de decisiones. Allí comencé a manejar algunos papeles del negocio, y un tiempo después empecé a ocuparme de otras tareas. Naturalmente no tenía la audacia de atender el mostrador, no obstante, los joyeros me enseñaban algunas minucias, como distinguir algunas piedras o metales; no mucho más que eso. Eventualmente, me tocaba atender a alguien que venía a consultar por un reloj que no funcionaba; por esa época, los relojes eran todos a cuerda, no existían los relojes de cuarzo, como ahora. Mis compañeros de la joyería me habían indicado que yo debía poner el reloj cerca de mi oreja y, haciendo como si supiera, decir: “lo podemos ver con el relojero, pero al parecer, el problema consiste en que la espiral roza en la morsa”. Desde luego, yo no tenía ni mas más mínima idea de lo que le explicaba al incauto cliente, pero es muy probable que el cliente tampoco lo entendiera. Años más tarde, la joyería se vendió a la firma Van Gansen Hermanos, que todavía tiene locales en Córdoba.

Mito Moore es descendiente de irlandeses, y como tal, tiene su carácter, pero me acompañó en varios proyectos. En 1970, Cuando yo fui designado Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica de Córdoba, lo propuse a él para que fuera mi Vicedecano, y cuando fui designado Ministro de Economía de la Provincia, lo llevé de Subsecretario de Hacienda. En ambos casos, la renuncia la presentamos juntos. Tiempo después en Buenos Aires, me nombraron Superintendente de Seguros de la Nación, en remplazo de Alberto Fernández, que ya ocupaba una banca de Diputado nacional. En esa tarea, que duró solo un par de meses, entre 2000 y 2001, también me acompañó Mito en calidad de Asesor. Dado que, al llegar a ese puesto, me encontré con una desorganización y un atraso importante a nivel tecnológico en la informatización de las áreas, sumé también a mi hijo Alfredo, que ya era ingeniero en sistemas, para que

nos diera una mano en la implementación y modernización de los sistemas informáticos de Superintendencia.

Creciendo, trabando y aprendiendo

Poco antes de casarme, en 1966, yo había comenzado a trabajar en el Ministerio de Economía de la Provincia de Córdoba como técnico superior, como ya les conté. Junto a Ignacio Ludueña, el “Payo”, nos ocupamos de elaborar el Presupuesto de la Provincia. La tarea no era menor, pues había que hacer un presupuesto para cada repartición, y los cálculos se hacían con calculadoras manuales o eléctricas (como la Tetractis de Olivetti).

Pero además había que redactar la Ley de Presupuesto Provincial, que debía ser presentada en la Legislatura Provincial para ser votada. Para escribir el Proyecto de Ley, trabajábamos todos juntos en una sala con once dactilógrafos, que escribían en sus máquinas Olivetti manuales. No teníamos fotocopadoras, ni existían las computadoras, pero con algunos auxiliares se armaba todo, en forma manual, por supuesto. La versión oficial se escribía con máquina de escribir, en original, con diez copias. Recuerdo que, como con papel común no se podía hacer esa cantidad de copias al carbónico, usábamos papel Manifold, que era un papel muy delgado, también conocido como papel manteca. Obviamente, los cálculos se realizaban en la única moneda existente, el peso moneda nacional, al que luego le quitaron doce ceros, por la devaluación.

El Ministro de Economía era un hombre mayor, un escribano radical de la Población de Alejandro, en el sur de la Provincia, y el gobernador era don Augusto Páez Molina. En 1980, cuando me tocó asumir como Ministro de Economía, tuve el gusto de recibir un telegrama de felicitaciones de aquel escribano de Alejandro, que 14 años atrás había confiado en nosotros, a quien yo no había vuelto a ver. En esos tiempos fui aprendiendo los detalles, y luego de unos años pasé a ser jefe del departamento de Asesoría Fiscal del Ministerio de Economía y Hacienda que era la oficina que se encargaba de redactar las leyes de impuestos y los

reglamentos de la Provincia. Gracias a algunos buenos amigos y maestros, fui aprendiendo la técnica impositiva hasta convertirme en un experto en el área, como jefe de asesores del Ministerio en materia fiscal. Yo estudiaba mucho, leía libros de Finanzas Públicas y sobre impuestos, y era el primer funcionario al que llamaban cuando se hacía cargo un ministro nuevo. Como ya sabía qué era lo primero que me preguntaban, yo rescataba informes anteriores para presentárselos de forma adecuada. Eran tiempos de gobiernos militares, y los que se hacían cargo no tenían idea de lo que debían hacer, ya que de ningún modo se buscaba que fueran expertos en la materia. Así que yo era el que redactaba todos los años el proyecto de Ley Impositiva provincial, la ley de reforma o adecuación del Código Tributario o los distintos decretos que sobre el tema me pedía el ministro de turno. Poco antes de casarnos con Teresita, me nombraron representante de la Provincia de Córdoba ante los organismos federales de coparticipación. Por ese motivo, el mismo año de mi casamiento comencé a viajar regularmente a Buenos Aires, a veces en avión, otras veces en ómnibus o en tren, para asistir a reuniones junto a mis pares de las otras provincias. Esas reuniones se realizaban nada menos que en el quinto piso del Palacio de Hacienda, a pocos metros del despacho ministerial. A ellas asistían funcionarios nacionales, como el jefe de asesores jurídicos del Ministerio, el Procurador del Tesoro, el director de impuestos de la nación, etc. En los primeros años yo hablaba poco y escuchaba mucho, y había gente que me sorprendía con su erudición y experiencia. De todos ellos yo aprendía algo.

Paralelamente a esta actividad, cuando yo trabajaba en la oficina del Consejo Federal de Inversiones en Córdoba, nos dispusimos a buscar algún estudiante avanzado para que nos ayudara. Pedimos referencias en la Facultad, donde alguien nos dijo: “Hay un gringuito joven, de San Francisco, que es un bocho...”. Nosotros lo entrevistamos y lo subcontratamos. Era nada menos que Domingo Cavallo, el “Mingo”, quien por un tiempo trabajó con nosotros.

UCC y Municipalidad

En el año 1969, con 28 años me ofrecieron la cátedra de Finanzas Públicas en la Universidad Católica. Empezaba así mi carrera docente. En diciembre de ese año, fui nombrado Secretario de Economía y Finanzas de la Municipalidad de Córdoba. El cargo incluía auto (un Torino) con chofer: mi apellido comenzaba a ser conocido.

En enero de 1970 se sancionó la Ordenanza de Contabilidad y de Gestión Financiera. Fue una ordenanza que redacté yo junto con mi Subsecretario de ese entonces, Alberto Arolfo, y fue fundamental para la Municipalidad, que aún no tenía un ordenamiento de ese tipo, que aún hoy, después de cincuenta años, sigue vigente. Y si bien se le han hecho algunas –muy pocas– modificaciones, el original lleva mi firma. Hace pocos meses, a raíz de que un amigo comenzó a ocupar esa función, Arolfo y yo tuvimos que asistir a algunas reuniones en la Municipalidad. Algunos funcionarios nos saludaban con respeto, asombrados de que ambos aún estemos vivos, luego de 50 años: Alberto tiene actualmente, 82 años, y yo tengo 80. ¡Vivos y contando!

En 1970, con el Payo Ludueña y Walter Schulthess, montamos el estudio profesional, una consultora. Al principio la llamamos Ludueña, Poncio, Schulthess y Asociados; luego de un tiempo pasó a llamarse L.P.S. y Asociados.

El Cordobazo

La avenida Colón fue el epicentro de muchas salvajadas de la época, como el Cordobazo, en 1969. Aquella fue una revuelta organizada por sindicalistas contra el gobierno de Onganía. Se sospecha alguna colaboración por parte del ejército, pues las tropas demoraron varias horas en llegar al centro desde los cuarteles que estaban sobre el camino a la Calera, que esta apenas a unos 15Km, mientras los revoltosos quemaban y rompían todo. El incendio de algunas concesionarias

de automóviles (con los autos nuevos adentro), o la quema del local de venta de las fotocopadoras Xerox, fueron los objetivos de quienes pretendían “luchar contra las multinacionales y los malditos extranjerizantes”.

La historia del Cordobazo no puede ser contada en este breve relato; pero hay mucha literatura sobre eso. Es suficiente entender que en mayo de 1969 los obreros de IKA Renault vinieron en columnas hasta el centro, para protagonizar esa gesta histórica que sacudió las bases sociales de la Argentina: esos obreros eran los mejor pagados del país, en cualquier tipo de industria. Hasta hoy, los obreros de ese gremio nunca más llegaron a percibir, en términos reales, un salario tan alto como el que percibían entonces. Agustín Tosco, uno de los tres dirigentes que lideraron la revuelta, era, sin dudas, un dirigente ejemplar, honesto e inteligente, pero no podía imaginar la capacidad autodestructiva del pueblo y de la dirigencia argentina.

Los '70: ¡El corcho sigue flotando!

Con la consultora no nos iba mal; llegamos a hacer trabajos importantes, incluso teníamos cierta consideración a nivel local y nacional, trabajando básicamente para el Consejo Federal de Inversiones.

Era 1970, y yo continuaba trabajando en el Ministerio de Economía de la Provincia; y allí seguían pasando funcionarios, casi todos militares. Tratar con ellos no era difícil y en general yo trataba de conservar una buena relación. Pero no todos estaban dispuestos a dejarse dar órdenes o consejos, menos si venían de un civil desconocido. En el Ministerio se instaló un General de apellido Giner, que siempre me trató muy bien; pero con él llegó un Teniente Coronel López como Subsecretario de Hacienda, del cual dependía mi oficina y que se empeñaba en hacerme marcar tarjeta de entrada. Por encima de él sólo estaba el ministro. El hombre era bastante torpe y soberbio, y pretendía ejercer su supuesta autoridad modificando algunas costumbres, lo que irritó a más de un empleado. Como yo era Jefe de Departamento y no marcaba tarjeta de ingreso (tampoco lo hacían los

profesionales que conformaban mi equipo), impartió una orden tajante: “¡Desde mañana todo el mundo marca tarjeta en el reloj de entrada!”; esto, ignorando que yo ni siquiera cuando apenas había ingresado como empleado lo había hecho. Yo me resistí mientras pude, hasta que la situación llegó a un límite: le presenté mi renuncia al cargo y la función. Este Teniente Coronel me citó y me pidió encarecidamente que retirara la renuncia, pero yo no estaba dispuesto a hacerlo. El militar prácticamente me imploraba, pues el ministro –que era un General–, le había dado la orden de que no me dejara ir, que hiciera todo lo posible para que me reintegrara al cargo. Pero yo también era bastante orgulloso (y un poco irresponsable, por cierto), pues no tenía conciencia de lo que me podía ocurrir: estábamos en 1970, y la coerción por parte del Estado de facto se hacía sentir; pero yo no pensé en las posibles consecuencias. A partir de ese momento, me recliné en mi labor en el estudio y no volví por el Ministerio. He cometido muchos errores en la vida, y ese fue uno de ellos, aunque en ese momento no lo sabía. El hombre era vengativo, y se tomaría revancha...

Aquel teniente coronel que me había querido poner algunos límites era uno de los encargados de marcar como posibles objetivos a personas que después los servicios de inteligencia “levantaban”, “chupaban”, para hacerlos desaparecer. Yo había corrido un riesgo muy grande, me salvé de casualidad. En el momento en que me negué a marcar tarjeta yo no tenía idea de lo que estaba enfrentando; tampoco conocía lo que hacían los militares con la gente que detenían, pues todo eso fue conociéndose un tiempo después.

Varios años después, ya en 1979, el gobernador Chasseing renunció, lo que implicaba un cambio de autoridades. El nuevo gobernador, General Adolfo Sigwald, puso un nuevo Ministro de Economía, Horacio Álvarez Rivero. El nuevo ministro me conocía por referencias y me llevó como Secretario de Hacienda. Ese era justamente el cargo que tenía aquel coronel con el que yo me había peleado unos años antes. De manera que yo ocuparía su lugar y su oficina. A él lo habían mandado un tiempo antes a Buenos Aires y yo estaba feliz por eso. Algunos años después me enteré de que ese hombre se había tomado venganza en mi contra... Como Secretario de Hacienda, se me había asignado un coche con chofer, que



Rubén asume como Secretario de Hacienda y Finanzas de la Provincia de Córdoba (abril de 1979).



Rubén en sus funciones como Ministro (1981).

todos los días venía a buscarme a casa, y allí se subían los chicos al coche para que los llevara hasta la escuela, a dos cuadras. Yo visitaba diariamente el Ministerio, en la calle Rivera Indarte 55, y mi oficina particular, en Obispo Trejo 19, sexto piso. Fue una etapa tranquila y sin sobresaltos, hasta que Horacio Álvarez Rivero, que era el Ministro de Economía, decidió renunciar, y se planteó la sucesión.

Los '80: Un cambio importante y el fantasma del coronel

A principios de 1981, agotado de la labor en el Ministerio, Horacio Álvarez Rivero presentó su renuncia. Por consejo del propio ministro saliente, el gobernador Sigwald me ofreció ese cargo a mí. Sin embargo, durante la entrevista que tuve con él, surgió un pequeño problema: para ocupar un cargo de relevancia como la jefatura del Ministerio, tratándose de un gobierno militar, los antecedentes personales se pedían al Comando en Jefe del Ejército. Allí apareció una denuncia en mi contra. En ella decía que yo era un profesional rebelde, que me negaba a colaborar con el Proceso Militar en curso. La denuncia había sido hecha por aquel Teniente Coronel que me quería hacer marcar tarjeta de entrada. Hay que recordar que, en esos tiempos, secuestraban y mataban a cualquiera, por motivos incluso menores que ese. Cuando le mandaron mi expediente al gobernador Sigwald, él me llamó para consultarme sobre el asunto, aunque entendía que se trataba de un problema menor, puesto que yo ya venía trabajando como funcionario. Yo le expliqué lo que había pasado, y él de inmediato ordenó al secretario que pasara mi expediente por la trituradora. El gobernador Sigwald era cordobés, pero había vivido un tiempo en el exterior, y su mentalidad no era la de un típico militar.

Ejercí el cargo de Ministro de Economía y Hacienda de la Provincia hasta el regreso de la democracia, en el año 1983, cuando llegó el radicalismo, con Raúl Alfonsín. Mi sucesor en el Ministerio de Economía fue el contador Luis Serrano, quien había sido mi profesor en la UNC de la materia Impuestos, y me conocía de mis tiempos de estudiante. A partir de ese momento, yo me dediqué a la Consultoría, donde hice algunos trabajos para el Consejo Federal de Inversiones de Buenos Aires.



*En un acto oficial. a la izquierda, el gobernador Pellanda y
el expresidente Arturo Illia.*

Un viaje de aventura

Como podrán imaginarse, de esa época recuerdo muchas cosas. Pero lo que más se ha grabado en mi memoria es el viaje a la Antártida Argentina: en 1981 fui invitado por la fuerza Aérea a visitar la Base Marambio. Recordemos que aquí en Córdoba de encuentra la Escuela de Aviación Militar, que tiene mucho prestigio internacional, especialmente después de la guerra de Malvinas. A los efectos de hacer promoción, la Escuela de Aviación organiza y dicta cursos especiales para jóvenes argentinos y extranjeros. Al finalizar uno de esos cursos, se organizó un viaje hasta la base Marambio. Por ese entonces yo era ministro, y cuando yo me enteré del proyecto del viaje, hice lo posible para que me invitaran. Utilicé algún contacto, ya que yo había sido soldado en la escuela de Aviación Militar de Córdoba. Como ministro y exsoldado de Escuela de Aviación, manifesté mi interés en participar, y logré que me invitaran.

Aquel fue un viaje muy corto, pues un poco por el clima, y en parte por los protocolos, no es posible permanecer allí por mucho tiempo. Entre ida y vuelta, el viaje duró unas 25 horas; sin embargo, aquella fue una experiencia que no se puede olvidar.

El viaje se hizo en el mes de diciembre, pues era el momento de mejor clima para quienes no estábamos acostumbrados a las inclemencias del Polo Sur. Partimos desde el Aeropuerto Ingeniero Taravella a las 2 de la mañana en un Boeing de la Fuerza Aérea, con destino a Río Gallegos, adonde llegamos alrededor de las seis. Allí desembarcamos y nos dieron ropa especial, unos buzos color naranja, camisetas gruesas de mangas largas, calzoncillos largos gruesos, medias gruesas y botines. Así vestidos, tomamos otro avión de la Fuerza Aérea, en este caso un Hércules, que nos llevó hasta la Base Marambio, adonde llegamos alrededor de las 11 horas. La pista de la Base Marambio fue realizada una ladera rocosa, casi a pico y pala por los primeros soldados que llegaron allí. La superficie es muy irregular, y no es para aviones grandes comunes. Por eso allí solo aterrizan los Hércules, que son naves especiales para soldados. La temperatura era de unos 15 grados bajo cero, y no había demasiado viento. Allí nos contaron y nos mostraron cómo era la vida en ese remoto lugar.

Almorzamos en la base y a media tarde salimos de regreso a Río Gallegos, donde entregamos los equipos, recuperamos nuestras prendas y emprendimos el regreso a Córdoba, adonde llegamos cerca de la medianoche.

Entre los integrantes de la comitiva había varios funcionarios; también estaba el periodista Gustavo Tobi y un camarógrafo de Canal 12, quienes viajaron con el fin de realizar una nota sobre la vida en la Antártida y la Base argentina.

Uno de los funcionarios que viajó fue Alejandro Blaess, quien por entonces era cónsul de Bélgica en Córdoba. Blaess no lo pasó de lo mejor: apenas descendió del avión, caminando sobre el hielo, se resbaló y se quebró el peroné. Fue atendido en la misma base Marambio, donde le hicieron las radiografías y lo enyesaron, para que por la tarde pudiera regresar a Córdoba, ya con la pierna enyesada.

Aquella fue una experiencia valiosa, que nos ayudó a entender incluso algunas cosas que sucedieron luego, en la guerra.



De la visita a la Base Marambio.

La gran misión

Antes de continuar con mi relato quiero referirme a una experiencia muy importante que me tocó vivir a mediados de 1982.

En esa época yo era Ministro de Economía de la Provincia de Córdoba, por esa razón debía viajar frecuentemente a Buenos Aires para hacer trámites y gestiones ante los funcionarios nacionales. En el área de Industria y Comercio tenía ya algunos conocidos, en especial en Comercio Exterior. En una visita de las tantas, me enteré de que estaban preparando una misión oficial del gobierno argentino a los países de Europa del Este (zona cercada por la cortina de hierro), presidida por el Secretario de Industria y Comercio de la Nación. Eso me interesó mucho; entonces, busqué conectarme con quienes estaban en esa tarea, a fin de que me invitaran a integrar la comitiva de funcionarios que tendría como destino esa misión. Esos conocidos míos del área de Comercio exterior me ayudaron a conseguir la invitación, que no era un trámite menor. En esos tiempos, viajar al exterior no era sencillo, y muy pocos funcionarios lo hacían. La invitación era fundamental, ya que los integrantes de una misión especial se convierten en representantes del Gobierno Argentino en todas las reuniones, comidas y agasajos. La invitación vino desde la Secretaría de Industria y Comercio de la Nación, y cuando por fin la recibí, pude completar los trámites necesarios para el viaje: con esa invitación en la mano, yo pude convencer al gobernador, quien debía emitir un Decreto Provincial por el que se aceptaba la invitación y se disponía el viaje que, por razones de protocolo, fue realizado en primera clase. La misión se llevó a cabo entre septiembre y octubre de ese año y duró unos 20 días; tenía carácter oficial, y estaba integrada por funcionarios importantes del Gobierno nacional. Aquello fue paso muy importante como experiencia de vida.

También por cuestiones de protocolo, debíamos viajar en Aerolíneas Argentinas, pero una vez que estuvimos allá, correspondía llegar a cada país que visitábamos en la aerolínea oficial. Eso implicó viajar en las líneas oficiales de Checoslovaquia, Polonia, Alemania y Rusia que, en la mayoría de los casos, tenían aviones

destartalados y casi sin mantenimiento, pues el régimen socialista ya estaba en los tramos finales de su existencia.

La primera escala fue en París; allí estuvimos una noche. De allí fuimos a Praga, que entonces era parte de la República de Checoslovaquia (en 1993 Praga pasó a ser la capital de la República Checa). En Praga estuvimos varios días, con cenas y visitas a lugares típicos del país, y reuniones diversas. La reunión más importante del viaje, que era la de una Comisión Mixta, se llevó a cabo en la ciudad de Brno, al sur del país. Allí pudimos visitar la Feria Internacional de Brno, que era muy importante y muy convocante. Continuamos hacia Bratislava (hoy Capital de Eslovaquia), donde dormimos esa noche. La habitación del hotel de Bratislava tenía una ventana con vista al Río Danubio, y a un puente que permite tomar la ruta hacia Budapest, que está al otro lado del río.

Al día siguiente regresamos a Praga y luego continuamos hacia Varsovia, capital de Polonia. En Varsovia nos llevaron a visitar las ruinas de la Segunda Guerra Mundial, ya que esa ciudad había sido bombardeada por los aliados, y muy pocas cosas habían sido reconstruidas. Esa noche dormimos en una residencia oficial del Gobierno, lo cual era algo intimidante, por la gran cantidad de guardias armados y de gente que pululaba. (Debo recordar que, en esos años, aquellos países estaban aún detrás de lo que llamábamos Cortina de Hierro; es decir, en pleno régimen comunista. El temor que teníamos todos, era que nos pasara algo y quedáramos atrapados detrás de la Cortina de Hierro, de donde era prácticamente imposible salir. En Varsovia tuvimos muchas reuniones muy importantes, que significaron mucho para nuestro país. Allí se cerró un contrato con una empresa local para construir seis buques porta contenedores en un astillero argentino.

Desde Varsovia seguimos viaje hacia Berlín Oriental, que era la capital de la República Democrática Alemana. Berlín tenía por ese entonces la particularidad de ser una ciudad dividida, con una parte –el este– que pertenecía a Alemania Oriental o República Democrática de Alemania (su nombre es toda una contradicción), alineada con la Unión Soviética, y la otra que pertenecía a la República Federal (donde la democracia funcionaba, a pesar de no estar

pomposamente declamada en su nombre). El doble muro que dividía ambos sectores, construido en 1961 y reforzado en varias etapas hasta 1975, recién fue volteado a fines del año 1989, cuando comenzó a derrumbarse el régimen comunista en la Unión Soviética. Yo me considero muy afortunado por haber podido conocer todo aquello, porque allí se podía apreciar lo que en realidad era la vida a uno y otro lado del Muro. Desde la habitación del hotel, que estaba en un quinto piso, se podía ver la “franja de la muerte”, el espacio que había entre los dos muros, una gran calle con tránsito militar armado, que servía para controlar e impedir las fugas, y donde mataban sin dilación a quien intentaba escapar.

El cruce hacia Berlín Occidental se hizo en un coche de la Embajada Argentina en Berlín. Cruzar hacia el lado occidental era algo que generaba cierta ansiedad. Llegamos a la Puerta de Brandemburgo –uno de los nueve pasos oficiales que tenía el muro– por la noche. Todos temblábamos al pasar los controles, porque cualquier confusión podía resultar muy caro; en ese tiempo pululaban los servicios de inteligencia de ambos bandos. Al ingresar a Berlín Occidental creo que todos respiramos con alivio, pues vivimos esa experiencia como una verdadera aventura. Al ingresar pudimos ver que la diferencia entre los dos mundos era abismal.

Pasada la aventura del cruce, al día siguiente nos llevaron hasta la Ciudad de Postdam, a visitar el Cecilienhof, un castillo hoy convertido en museo, en el que tuvo lugar en su momento la famosa Conferencia de Potsdam, donde se reunieron los cuatro representantes de las potencias vencedoras de la Guerra, Churchill, Stalin, De Gaulle, y Truman para dividirse el mundo; o más precisamente, la ciudad de Berlín, ya que al mundo ya lo habían dividido con la Guerra...

Desde Berlín partimos hacia la Ciudad de Moscú, en Rusia. Moscú ya tenía entonces cinco aeropuertos internacionales, y un hotel que, según se decía, era el más grande del mundo, con cinco mil habitaciones. Allí visitamos a algunas fábricas que habían recibido un premio anual a la eficiencia, que otorgaba el Gobierno. Lo que se veía ciertamente no era eficiencia, sino lentitud y atraso. Ese viaje me dio la oportunidad de conocer lo que significaba el comunismo, su falta

de libertades, de seguridad y el lugar donde reinaba la escasez general, al menos para el ciudadano común. Algo que, sin embargo, contrastaba enormemente con el sector burocrático: en las reuniones oficiales no faltaba la mejor comida del país, y en abundancia; en efecto, en Moscú comimos cosas muy poco conocidas, o por lo menos poco comunes. Algo imposible olvidar son las grandes cantidades de caviar de centurión negro y rosado, servido sobre blinis, que son una especie de pequeños panqueques de trigo sarraceno, típicos de la cocina rusa. Durante la cena comíamos igualmente en exceso. Algo ciertamente llamativo era que, durante las primeras horas de la mañana, cuando generalmente nos tocaba asistir a reuniones, no faltaba el brindis con vodka, algo que era absolutamente normal para ellos. Nadie debía rechazar el brindis porque era considerado una afrenta para nuestros anfitriones. Como podrán imaginarse, regresamos a casa con unos kilos de más; y las alforjas llenas de experiencia.

Estando en Moscú fuimos invitados al teatro Bolshoi, para ver una función de Ballet realizada por el elenco estable del teatro. Cada uno recibió junto con su ticket de entrada, un antiguo largavistas de nácar, con mango de marfil para sostenerlo, como los que se ven en las películas, que luego debía ser devuelto al salir. En realidad, fue una experiencia tranquila y muy buena, más allá de que saber que teníamos a los servicios de inteligencia vigilándonos todo el tiempo.



Rubén en Moscú. al fondo se ve el edificio donde funcionaba el ministerio de Asuntos Exteriores. el auto negro es un GAZ Chaika de los años 70. A la derecha se ve la parte trasera de un lada, uno de los autos característicos de la U.R.S.S.

Como dije más arriba, en esa visita a Moscú tuvimos la oportunidad de apreciar lo que era en realidad el comunismo, aunque como visitantes teníamos algunos privilegios; por ejemplo, pudimos visitar el Kremlin y la Plaza Roja, que está en pleno centro de la Ciudad de Moscú, a un costado del Río Moscova. La Plaza Roja es una superficie casi rectangular equivalente a varias manzanas de las nuestras, con piso totalmente empedrado y rodeada por edificios históricos. Allí hay un importante mausoleo, que tiene guardia armada permanente, donde se encuentran los restos Lenin embalsamados. En uno de los extremos de la Plaza está la espléndida Catedral de San Basilio, con sus cúpulas coloridas e imponentes.

Uno de los costados de la Plaza Roja, colinda con uno de los paredones del Kremlin. El Kremlin es un predio de unas 30 hectáreas con forma de triángulo irregular, totalmente rodeado por una muralla de más de diez metros de altura. Es un lugar de difícil acceso, y ha sido el centro del poder de todas las Rusias, ya desde la época de los Zares; aun hoy es la residencia oficial del gobierno de Rusia. Dentro del predio del Kremlin hay innumerables construcciones y edificios históricos, templos ortodoxos, y el gran palacio, que es la residencia del presidente, además de museos y oficinas.

Allí pudimos apreciar la famosa campana rota que, se dice, es la de mayor dimensión que alguna vez se ha construido. La campana tiene un peso de varias toneladas, y parece que, al hacerla sonar por primera vez, se partió. La campana es exhibida como parte del patrimonio histórico, tal como se puede ver en muchas postales.

Estando en el Kremlin visitamos varios de esos museos, y como invitados especiales tuvimos la oportunidad de entrar a la Cámara de Diamantes, el museo principal del Kremlin, donde se conservan los tesoros y una gran cantidad de joyas de la realeza, que en su origen fueron regalos realizados a los Zares o las Zarinas. Entre ellos, recuerdo haber visto el diamante conocido como el más grande del mundo, un diamante que tiene una larga e interesante historia, y que finalmente el conde Orloff le obsequió a Catalina II de Rusia. Catalina bautizó el diamante con el nombre del conde y encargó a su joyero personal la confección

de un cetro en cuya empuñadura se incorporó. El diamante tiene el tamaño de un huevo de gallina y es exhibido en una vitrina blindada.

También allí visitamos el panteón de los zares y de las Zarinas, donde había una especie de sótano. En él había unos catafalcos de metal de grandes dimensiones, que se usaban para preservar los cadáveres. Estos se alojaban en cofres metálicos y se acomodaban uno dentro de otro, como si se tratara de las conocidas mamushkas. Esta práctica se utilizó en otros países, quizás para homenajear al difunto, o tal vez para aislarlos de las personas que los veneraban, teniendo en cuenta el fétido olor de los cadáveres en descomposición ⁵. Uno de los cofres más importantes que vi es el que aloja el cadáver de uno del Zar Iván “el Terrible”, que se ganó un lugar en la historia de los rusos como el zar más sanguinario y despiadado de todos los tiempos. El cofre estaba a la vista, y era similar a los otros cofres, sin lujos ni oropeles.

Aires de cambio: la democracia

Con la llegada de la democracia comenzaba a conocerse la represión desplegada durante el Proceso de Reorganización. La gente se escandalizaba por lo que comenzaba a conocerse sobre los desaparecidos. La represión desplegada durante el Proceso de Reorganización Nacional fue organizada desde los Estados Unidos, cuando se propuso afrontar y desterrar el terrorismo de América Latina. Los que no éramos militantes de izquierda, no sufríamos persecuciones. Los civiles que habíamos tenido cargos en aquella época no habíamos tenido ninguna participación en los secuestros, pero la opinión general comenzó a rechazar todo lo que hubiera tenido algún vínculo con la dictadura. El gobernador electo en 1983, Dr. Eduardo César Angeloz, de la Unión Cívica Radical, conocía el fondo del asunto, y tenía bien evaluados a los funcionarios salientes; quienes, por otra parte, eran muy buenas personas y habían permanecido ajenas a todo lo ocurrido, básicamente desempeñando funciones técnicas sobre las que los militares eran absolutos ignorantes.

⁵ En el subsuelo de la Catedral de Sevilla, por ejemplo, se puede visitar el lugar donde yacen los cofres que alojan otros cofres, donde se encuentra finalmente los cadáveres de Isabel La Católica, y de su esposo Fernando.

Ese rechazo general se podía constatar también en la prensa local, en especial en el diario La Voz del Interior, que antes me había tratado muy bien, pero a partir de entonces me mantuvo en el ostracismo por un par de años. Recién en el '86, el diario volvió a imprimir mi nombre.

Yo había terminado mi carrera en el Ministerio de Economía de la Provincia, y volví a mi actividad privada. En algún momento, un amigo empresario, que era director del Banco de la Provincia de Córdoba, me consultó si quería integrarme al Banco, y le propuso al gobernador Angeloz que me nombrara, lo que finalmente hizo, en el año 1987, en el que me designaron director del Banco de la Provincia de Córdoba. A esa altura Angeloz ya estaba convencido de que yo no me había metido en los oscuros asuntos relacionados con la época del Proceso, y podía blanquearme sin riesgo. Desde entonces, mi relación personal con él fue muy buena.

En representación del Banco de Córdoba me tocó realizar varios viajes: Los Angeles, Miami, Nueva York, Amsterdam, Londres, y Montreal (Canadá), Washington y Nueva York fueron algunos destinos que tuve la suerte de visitar. También debí concurrir a reuniones del Fondo Monetario Internacional y hasta una reunión del Manco Mundial, que se realizó en Ámsterdam, Holanda, viaje que hice extensivo a Londres, donde estuve un par de días.

En aquellos viajes se puso evidencia uno de los más importantes errores de mi vida: el no haber estudiado inglés. Tanto lamentaba no tener esa herramienta tan importante, que a mis hijos los hice estudiar inglés desde chicos.

En el año 1987, un cambio en el directorio del Banco de Córdoba implicó que yo pasara a ser Vicepresidente Primero del Directorio. El presidente era un abogado de Río Cuarto, Jorge Joaquín Cendoya, una gran persona, con quien pude trabajar muy bien y en armonía. Aquella fue una función tranquila, y al mismo tiempo interesante, pues me permitió aprender muchas cosas.

Los '90: La conquista de la Gran Capital

Ya sobre finales de la década, en 1989, hubo nuevamente elecciones presidenciales en Argentina, en las que ganó el peronista riojano Carlos Saúl Menem. Menem asumió seis meses antes de lo que debía, pues el gobierno de Raúl Alfonsín se derrumbaba en medio de una hiperinflación que generó una situación social insostenible, a la que se sumó la presión de diversos sectores sociales y políticos, todo lo cual hizo que el doctor Alfonsín se viera obligado a renunciar.

Al tiempo de asumir, Menem designó a Cavallo Ministro de Relaciones Exteriores. La economía de Argentina seguía yendo en picada, y nadie daba con la estrategia adecuada para sacarla de la situación en la que se encontraba. Tras varios meses de tropiezos, ya en enero de 1991, los cambios políticos llevaron a Domingo Cavallo a ocupar el Ministerio de Economía de la Nación.

Mientras todo eso sucedía, nosotros decidimos veranear en compañía de nuestros amigos Walther Schulthess y su esposa María Inés. El destino elegido esta vez eran las costas de Uruguay, más precisamente La Paloma y Punta del Este. En enero del '91 viajamos allí y nos quedamos un par de semanas, incluso festejamos nuestros cumpleaños (el mío el 10 de enero y el del “Pelado” el 28).

Estando allá, Schulthess recibió una llamada del Ministerio de Economía de la Nación, al cargo de Domingo Cavallo en ese momento. El objetivo era convocarlo casi de urgencia para que tomara a su cargo el área de Seguridad Social.

A nuestro regreso, Walter fue a Buenos Aires, para asumir como Secretario de Estado de Seguridad Social. Un mes más tarde, me llamaron a mí del Ministerio de Economía de la Nación, y me pidieron que viajarse a Buenos Aires. En ese momento yo me encontraba transitoriamente en San Juan trabajando para el Consejo Federal de Inversiones. Por cierto, en aquel tiempo aún no había teléfonos celulares, o al menos no habían llegado a estos rincones del planeta, así que ubicarme en San Juan no había sido sencillo. Al llegar a Buenos Aires me comunicaron que debía asumir como interventor del Banco Nacional de Desarrollo, el Ba.Na.De.

Yo tenía desde antes una cierta amistad con Domingo Cavallo, ya que él es de San Francisco y había hecho el secundario en el mismo colegio Comercial San Martín al que había concurrido yo. Además, si recuerdan, habíamos compartido un trabajo en años anteriores, cuando trabajábamos para el Consejo Federal de Inversiones.

El Ba.Na.De. tenía muy mala imagen, porque en nuestro país ya era cosa sabida que el Estado es ineficiente, y que nunca controla nada. Había toda una generación de empresarios que no pagaba sus deudas con el Banco, y arreglaban sus deudas mediante gestiones espurias. De hecho, parte de mi tarea fue citar a varios empresarios importantes, para indagar sobre la posibilidad de regularizar las cuentas. Pero no tenía éxito, ¡y hasta se sorprendían por mi pretensión! Recuerdo que, en una entrevista con el propietario de un frigorífico, el dueño se mostró asombrado: “¡pero si yo mando todas las semanas un canasto lleno de carne a Olivos!”, me espetó, como si eso fuera un atenuante, cuando su deuda con el Estado era de varios millones de pesos. Hasta llegaron a subestimarme tratándome como un “principiante” del interior, incluso uno de ellos aprovechó una comunicación con Cavallo para contarle lo desmesurado de mi reclamo. ¡Estas cosas antes no sucedían! Tiempo después, el “Mingo” me tomaba el pelo, por la ingenuidad de querer cobrarles a esos piratas. En pocos meses, pasamos a liquidación el Banco Nacional de Desarrollo; el Ba.Na.De. quedó absorbido entonces por el Banco Nación, que se hizo cargo de los empleados que quedaban.

Presidir el Ba.Na.De. fue para mí una experiencia fundamental. Yo ya había ocupado varios cargos públicos y a esa altura, con 50 años, creí que ya conocía todo lo que se puede saber en materia de corrupción desde el sector público. Pero estaba equivocado... en muy poco tiempo entendí que aún tenía todo por aprender, y la faena no fue sencilla.

Las experiencias vividas en el Ministerio de Economía de la Nación, partir de los años 1991 y 1996, me llevaron a vincularme con gente que estaba en lo alto de los círculos de poder en Buenos Aires, dado que en la Administración del Estado se habían acumulado problemas sin resolver desde la época en que gobernaba Raúl

Alfonsín, que derivaban de determinadas intervenciones y enredos pendientes en el Estado, tales como acuerdos incumplidos por el propio Estado y por los contratistas, proveedores, etc. Estos problemas, a los que llamábamos “pufos” (en referencia a que siempre eran enredos financieros a los que nadie quería enfrentar), fueron una de las razones que llevaron a Domingo Cavallo a crear una nueva Subsecretaría, para que se encargara de encarar esos complicados problemas, y lograr terminar con ellos, de una vez por todas. Allí estuve a cargo de la liquidación de los llamados “entes residuales”, que quedaban luego de las privatizaciones de distintas empresas del estado. La tarea de esa subsecretaría era inmensa, ya que en el Estado había más de 100 organismos residuales, algunos con varios años de gestión previa, y sin ninguna solución. Había cuestiones pendientes, tales como la liquidación del grupo Greco, de Mendoza, que fuera intervenido por Alfonsín en los años 1984 o 1985, que estaban todavía pendientes, y sin liquidar. Como ese caso había muchos otros, de los cuales me fui enterando con el tiempo. En 1992, cuando logré traspasar lo que quedaba del Ba.Na.De. al Banco de la Nación, Cavallo tenía una preocupación y una idea en su cabeza, relacionada con los muchos de aquellos “pufos” y otros problemas que había en la administración del Estado Nacional y que no se solucionaban, porque a nadie le interesaba, o porque no existía ningún área específica del Gobierno que se dedicara a esa tarea. Sabía Cavallo además que, estando en curso el plan de privatización de empresas del Estado, quedarían todos los patrimonios residuales de las empresas cuyas unidades de negocios se estaban privatizando, y pensó que yo era el hombre indicado para ello. Un día me llamó para pedirme que armara una Subsecretaría que se encargara de encontrar solución a los “pufos”, y al mismo tiempo administrara en forma coordinada la liquidación de los patrimonios residuales de las empresas que se privatizaban. Yo coincidí con él en la forma de encararlo, ya que todos entendíamos que esos problemas no podían quedar pendientes, en las más diversas áreas del Estado, sin resultar víctima de la ineficiencia estatal y de la corrupción. Yo acepté el encargo, y redacté la misión y funciones de la nueva estructura a la que llamé Subsecretaría de Normalización Patrimonial. Esta nueva entidad dependía de la Secretaría de Hacienda y se ocuparía de proponer a las personas que debían administrar los intereses residuales de esas empresas, que serían declaradas “en liquidación”.

El nuevo organismo requería de personal y de presupuesto, pero no estaba incluido en el presupuesto nacional; sin embargo, basándome en mi experiencia en estos asuntos, lo puse en funcionamiento con los recursos de los mismos organismos que pasaban a liquidación y así, comenzamos a trabajar unas pocas personas.

En cada una de las empresas había múltiples problemas que solucionar, todo en el marco de las normas vigentes. Yo siempre supe que en la Administración del Estado hay mucha gente capaz (también hay algunos que no lo son), de manera que nos dedicamos a buscar algunos de los que internamente eran reconocidos como expertos en algún área específica del estado. Al poco tiempo ya había trascendido que en este nuevo organismo se podían encontrar soluciones, y los interesados desfilaban por la Subsecretaría para plantear sus conflictos. Yo me derivaba el tema a alguno de mis colaboradores mientras tomábamos las medidas del caso.

Desenredar esas madejas era un tema no menor, que requería funcionarios con experiencia, que fueran expertos en administración del Estado y, en ciertos casos, requería de medidas administrativas, como resoluciones ministeriales o decretos del Poder Ejecutivo, que se redactaban y elevaban para su firma, por la autoridad competente. Una vez que se habían estudiado los documentos y analizado los hechos, si el Estado resultaba deudor —cosa que ocurría casi siempre—, yo me encargaba de negociar el monto de la deuda; luego pasábamos el caso al ministro y a la Secretaría de Hacienda para que cancelara la deuda con bonos que emitía el propio Estado. Para realizar toda esa tarea, yo contaba con una importante cuota de poder administrativo; básicamente, porque yo mismo había redactado las normas y facultades que me permitían hacer acuerdos, ya que en el Estado no había legislación para poder hacer liquidaciones de empresas. Así que tuve que ponerme a redactar decretos y leyes, para lo cual me vino muy bien la experiencia que ya tenía en Córdoba redactando legislación para impuestos.

Además, Cavallo tenía absoluta confianza en lo que yo hacía, al igual que el secretario de Hacienda, Ricardo Gutiérrez, quienes refrendaban mis actos, y con quienes yo me entendía muy bien. Cuando yo cesé en mis funciones, ya se había terminado la liquidación de la mitad de ellos, y en la actualidad no son muchas las que quedan, lo que significa que los mecanismos que diseñamos en su momento resultaron de utilidad.

En esa época entablé relación con el Ingeniero Ramón Puerta, quien había sido Gobernador de la Provincia de Misiones por el partido peronista. En ese tiempo, una de nuestras secretarías era una hija del doctor Emilio Noguera, traumatólogo cordobés y amigo de varios años. Cuando Puerta me visitaba en la oficina, no aceptaba tomar café pues, como buen misionero, prefería tomar mate. Así que era recibido con unos mates bien cebados y con la mejor yerba. Él mismo le enseñó a la secretaria todo lo que debía saber sobre la preparación un buen mate.

En una oportunidad, Puerta llegó a mi oficina acompañado por una persona que, con el tiempo, llegó a ser un hombre importante para el país. Se trataba del Ing. Mauricio Macri, quien era amigo y compañero de Puerta de los tiempos de la Facultad de Ingeniería. Por entonces, Macri se desempeñaba como presidente de una empresa que administraba la represa de Uruguái, que generaba energía eléctrica desde Misiones y la entregaba al Sistema Interconectado Nacional. Además de eso, era director de SOCMA S.A. (Sociedad Macri) que fue la empresa adjudicataria del contrato de construcción de la represa. SOCMA tenía una serie de problemas con los certificados de obra, que el Estado no había pagado en su momento, así como otros varios reclamos.

Yo no conocía personalmente a Mauricio Macri; al entablar diálogo con él descubrí una persona comunicativa y sencilla, con la simpleza de los honestos, por lo que me llevé muy bien con él desde el primer momento. Al plantear cada tema, no tardábamos más de unos minutos en ponernos de acuerdo, o sea que el trabajo conjunto comenzó de inmediato. Los montos en cuestión, en conjunto, implicaban diferencias de millones de dólares, y resultó muy fácil encontrar puntos de acuerdo con Mauricio Macri y con quienes lo representaban. El

acuerdo se oficializó y el Estado pagó con bonos las sumas en cuestión sin mayores problemas.

Una vez cerrado ese caso tuve el honor de escuchar a Puerta hablando ante otras personas sobre lo exitosa que había resultado esa negociación; también escuché a Mauricio, en otra oportunidad, expresar que había sido un excelente trabajo, rápido, muy útil y realizado con honestidad.

Como todos sabemos, Macri llegó a ser Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires por dos periodos, y luego, en 2015, fue electo presidente de la Nación Argentina, cargo que ejerció hasta el 2019. Durante los años de su gobierno, el Ingeniero Ramón Puerta se desempeñó como Embajador del Estado Argentino ante el Reino de España. Desde aquellos años, yo no he tenido oportunidad de encontrarme con el Ingeniero Puerta, pero tengo un excelente recuerdo de su persona. Al presidente Macri lo he saludado un par de veces, en actos oficiales, pero no he tenido con él otros contactos personales.

Aquellos años fueron los más interesantes de mi vida laboral, con una gran ocupación y buenos ingresos, además de hacer muy buenas relaciones y amigos. Yo presenté la renuncia en el año 1996, pero me mantuve en el cargo hasta que me remplazaron.

Con Daniel Tillard y el “Negro” Osvaldo Bengolea, montamos una oficina en Buenos Aires, y comenzamos a ocuparnos ya de otros menesteres. A mí me habían contratado del Ministerio de Bienestar Social, pero la tarea era poco interesante. Empezaba a extrañar el Ministerio de Economía y no podía adaptarme al ritmo de ser un triste burócrata.

El doctor Favaloro

Una historia que merece ser relatada, es lo que me ocurrió con el Doctor René Favaloro, que en esos tiempos conducía la Fundación que lleva su nombre. Estando yo en una reunión en el Banco con otros funcionarios, me comunican que en la sala de espera estaba aguardándome el Dr. Favaloro. Él tenía la costumbre de presentarse sin haber pedido audiencia o cita, y esperaba que lo atendieran. Ya había estado hablando con Cavallo, y él le había indicado que hablara conmigo. El doctor estaba muy preocupado por la deuda de su Instituto, cuya construcción había sido financiada con créditos del Ba.Na.De. Era una deuda de algo más de cien millones de dólares.

Con el tiempo, Favaloro entabló conmigo una relación que fue muy interesante. Él estaba muy decepcionado por la mala atención que le daban los funcionarios a sus problemas, y ya no sabía qué otra cosa podía hacer. El hombre estaba acostumbrado a ser escuchado, y como los funcionarios no podían dar solución a sus problemas, se lo sacaban de encima con alguna argucia, cosa que es normal y corriente en esos casos.

Ese día me contó una buena parte de su historia, y sus inventos, y quedamos en que me mandaría una persona de la administración de su fundación con toda la información financiera. Así empezamos a trabajar. Una vez que reunimos toda la información y la estudiamos entre varios, llegamos a la conclusión de que, en las condiciones en que estaba, la deuda era impagable.

Varias veces almorzamos juntos, y en cada oportunidad me contaba cosas de su vida y de su historia profesional. Este hombre ya era casi un prócer en el país. La gran ironía es que, precisamente su honestidad a toda prueba era la génesis de su situación. Las obras sociales, que en Argentina manejan parte del sistema de salud, no le pagaban las prestaciones a la Fundación, porque querían su acostumbrada coima. Él decía que nunca pagaría una coima, que eso iba en contra de sus principios. Su negativa dilataba todos los pagos...

Además de ser un gran profesional, la capacidad y la generosidad de Favalaro estaban siempre al servicio de lo humano. Además, era un gran docente y compartía generosamente sus conocimientos con otros colegas médicos, y por ninguna razón negaba sus servicios a quien los necesitara. Lamentablemente, sus indiscutibles cualidades no parecían ser compatibles con los requisitos para manejar una empresa. Una vez me invitó a almorzar (siempre almorzaba en el restaurante del Club Asturiano en la calle Solís, al lado de la Fundación). Yo pasé a buscarlo por la Fundación y él me invitó a recorrer una parte de las salas.

Al llegar a la sala de Terapia Intensiva, me señaló un paciente a través de una vidriera, y me contó: “este muchacho que usted va a ver ahora, me lo trajeron prácticamente sin vida hace dos días”. El muchacho parecía ser muy humilde, y reía a carcajadas por los chistes que le hacía Favalaro. Obviamente, había sido rescatado de la muerte, y no tenía siquiera la posibilidad pagar los descartables que habían utilizado para él.

Así era este hombre especial que, junto a sus colaboradores, habían hecho lo que consideraban que debían hacer, dejando de lado la compensación económica. Yo sentía mucha impotencia por no poder decirle que se olvidara de pagar su deuda, cuando en Buenos Aires había empresarios que gozaban de ciertas consideraciones especiales, sin siquiera haber cumplido con su deuda financiera, y sin preocuparse en lo más mínimo por pagarla.

Un día fui a hablar con Cavallo y le expuse mis conclusiones: ese centro de salud de la Fundación fue una empresa encarada por su mentor, que había solicitado apoyos de los grandes centros mundiales de medicina, de grandes laboratorios, que le aportaron tecnología y elementos de uso quirúrgico fundamental, que no existiría en el país si no fuera por el prestigio y el esfuerzo de Favalaro. Probablemente, si el Estado se hubiera propuesto, por sus medios, realizar una obra de ese tipo, habría costado el doble, o no estaría, porque se habrían robado el presupuesto destinado a ella.

Por otra parte, la Nación otorgaba subsidios a muchas fundaciones. Cavallo captó de inmediato y me indicó que me acercara a la Secretaría de Hacienda y buscara la manera de arreglar la situación. Yo lo hice, y finalmente le dimos un subsidio,

que tenía una partida presupuestaria anual y que le permitía ir amortizando una parte de la deuda que tenía la Fundación con el Ba.Na.De. Eso significaba que ellos cobraban el subsidio y de inmediato pagaban al Banco la suma correspondiente, y todos estaban tranquilos. Así transcurrieron dos años sin inconvenientes. Lamentablemente, en 1996, cuando Cavallo había renunciado, yo también renuncié al cargo de subsecretario; las nuevas autoridades le quitaron el subsidio a la Fundación.

Los relatos del doctor Favaloro continuaban durante los almuerzos que teníamos. Él sentía una fobia especial contra los funcionarios porteños, y una vez me dijo que había entendido por qué nosotros (el equipo de Cavallo y los demás) habíamos actuado así: “¡ustedes no son porteños, son gente del interior –me dijo–; el país necesita gente como ustedes, gringos del interior!” En uno de los libros que escribió Favaloro (yo conservo un ejemplar que él mismo me dedicó), se puede apreciar el cariño y afecto que tenía por la gente de trabajo que vive en el interior del país, y deja traslucir cierto desdén por aquellos que siempre lo felicitaban y le daban palmadas, pero que jamás lo escucharon.

La Clínica Cleveland donde prestaba servicios lleva ahora el nombre de René Favaloro, y lo más importante es que el homenaje fue hecho cuando él aún estaba con vida, y no después de su muerte. El 29 de julio del año 2000 recibimos la lamentable noticia de su suicidio. Ese día recibí un llamado de Domingo Cavallo, quien con su conocida ansiedad me increpaba: “¿¿por qué dejaste que se suicidara?!”. Yo, que estaba también muy dolido y apenado, y con una gran carga de remordimiento, le confesé que no lo había vuelto a ver desde que había dejado el cargo en Buenos Aires.

Yo lamenté mucho la muerte del doctor Favaloro. Hacía más de un año que no hablaba con él, y me quedó un cierto cargo de conciencia por no haber continuado aquella amistad. Estoy convencido de que cometí el error de no haber cultivado con más esmero la amistad que tenía con él. Pienso que podría haberlo ayudado, porque en ese año en que no lo vi, él nuevamente se encontró con que en la Fundación era necesario realizar una reestructuración, y los funcionarios menemistas no lo atendían ni valoraban sus necesidades. Un balazo en su corazón fue el mensaje aleccionador que le dejó a la sociedad, y que ésta no supo interpretar. Yo pienso que, si hubiera seguido en contacto, podría haberlo ayudado y, quizás evitado el fatal desenlace.

TERCERA PARTE

LA FAMILIA Y LOS HIJOS

En esta parte del libro, voy a volver atrás en el tiempo para contrales otras cosas, ya no relacionadas con mi carrera, sino que volveremos al relato de lo familiar. Ahora le toca el turno a mi propia familia, es decir, a mi esposa Teresita, mis hijos y nietos.



Casamiento de Rubén y Teresita, 14 de abril de 1966.

El casamiento

En el año 1966, yo estaba trabajando en el Ministerio de Hacienda de la Provincia, en una oficina que había montado en Córdoba el Consejo Federal de Inversiones, junto a Alberto Arolfo y Orlando Rins (quien es padrino de bautismo de Marcos), además de un abogado y un ingeniero. La oficina estaba en la planta baja del edificio en la calle 27 de abril al 625.

Mientras tanto, en Sastre, Teresita y su familia avanzaban con los planes de casamiento (¡el mío, por supuesto!). La fecha de la boda ya estaba fijada el 14 de abril, de 1966, en Sastre. Mis padres viajaron a Córdoba y trajeron a Teresita para comprarle el vestido de novia. Finalmente, ese mismo año, después de 9 años de noviazgo a la distancia, nos casamos. El nuestro había sido casi un noviazgo por correspondencia: cada semana nos escribíamos largas cartas, de unas tres hojas, más o menos.

La fiesta se hizo en el Club Atlético Sastre, y asistieron familiares y varios amigos: estuvieron mis abuelos de Coronda Domingo y Margarita; mis tíos Mario y Teresa Ciardola, la tía Celia, el tío Roberto y su esposa, la “Negra”. También fueron los tíos Juan y Lucía y mis primos José “Pepín” Poncio, y los tíos Juan y Dominga Serra. También mi prima Emilce Ciardola con su esposo Ricardo Travaglini. Por supuesto, mi hermano Kique y su esposa Kuki. También asistieron algunos amigos locales, aunque eran pocos, porque ya hacía unos años que yo me había venido de Sastre, y la barra estaba bastante disgregada, muchos de ellos ni siquiera vivían ya en Sastre. Entre ellos estuvieron Ana María Oitana y Cachi Bonino, algunos compañeros de colegio y de la barra como Erico Barbonaglia y su esposa Alcira. De parte de Teresita fueron sus hermanas Lelia, con su esposo Poli, y Beba, y Marta Lora, prima de Teresita. No podían faltar Nidia y Lida Gómez, vecinas y grandes amigas de la familia Artero.



Teresita y Rubén saliendo de la iglesia.

También desde Córdoba fueron algunos amigos, como Tulio Cresta y su hermano Mario, Juan Adolfo Ochoa, el gordo Filipetti, la “bruja” Martoglio, Toto Dambolena, compañero de facultad, y Koreakos, un amigo de Mario Cresta que, por cierto, no había sido invitado formalmente, pero era un griego muy divertido que en alguna medida nos ayudó a animar la fiesta. También fue Roggero, que viajó directamente desde Freyre a Sastre con el auto de su padre. Uno solo de mis amigos no pudo asistir, el Mito Moore.

Luego de la boda teníamos planificada la luna de miel en Bariloche, lugar muy concurrido por recién casados en esa época (y no tanto por estudiantes como fue después). Ya teníamos los pasajes para viajar en el tren que unía buenos Aires con esa ciudad. Sin embargo, unas semanas antes, la empresa Ferrocarriles Argentinos anunció que suspendía por un tiempo los servicios de trenes a Bariloche, con el objeto de realizar obras. Nos pareció que lo mejor era viajar a Buenos Aires para cambiar los pasajes. Mi hermano Kique se encargó de conducir el Peugeot 504 que habían comprado mis padres hacía poco. Regresamos dos días después sin problemas, con los boletos de tren para viajar en el tramo Buenos Aires-Zapala, y la reprogramación del viaje a Bariloche que, en vez de hacerse en tren, se hizo en ómnibus. La compañía de turismo se encargó de los hoteles y las excursiones.

A todo esto, yo estaba viviendo en una casa que nos alquilaron los padres de de mi amigo Mai, “La Bruja” Martoglio, que vivían en Wenceslao Escalante, en el interior de Córdoba. Era una casa de barrio Juan XXIII, en la calle Maestro Vidal Sur al 1753, cerca del club Alas Argentinas, no muy distante de las instalaciones militares donde yo había hecho el servicio militar. Nos ofreció ir a vivir a esa casa y, sin siquiera firmar contrato, pactamos un alquiler, todo de palabra. Compartía la vivienda con el gordo Filipetti. Mai, que era hijo único, me decía que los padres esperarían a que él se recibiera, (él apenas comenzaba a cursar Ingeniería), para luego venirse a vivir a Córdoba. Al regreso de nuestra luna de miel en Bariloche, nos instalamos en esa casa.



***Teresita, Rubén, Domingo Brusa; Guillermina Brusa,
Domingo Poncio y Margarita Serra.***

El Gordo Filipetti vivía con nosotros por un tiempo más, y luego se mudó con otros amigos. Eventualmente le pedíamos que viniera a acompañar a Teresita, cuando yo debía viajar a Buenos Aires por cuestiones de trabajo, lo que ocurría con cierta frecuencia, pues me habían designado representante de Córdoba ante los organismos de control de la coparticipación Federal de Impuestos, y debía viajar a reuniones cada uno o dos meses. Entonces él venía a acompañar a Teresita, y de paso se comía lo que quedaba en la heladera. Poco después, el Gordo se recibió de médico y se instaló en Murphy, su pueblo natal en Santa Fe, y se dedicó a ser médico rural hasta que se jubiló. Actualmente vive en Venado Tuerto con su familia.

Aquella casa tenía un patio muy grande. Una vez, el Mito Moore, amante de las lanchas y de los lagos, se compró un casco de lancha de plástico y no tuvo mejor idea que guardarlo en nuestro patio. Más adelante intentaría pintar el casco y ponerle un motor, que en realidad nunca anduvo bien. En uno de mis viajes a Buenos Aires yo compré un par de esquís y los traje a Córdoba, para usarlos con la lancha del Mito. Sin embargo, los usé una sola vez, en el lago San Roque, oportunidad en que comprobamos que la lancha no servía para esquiar. Esos esquís quedaron guardados casi cincuenta años en la casa de general Sandino. Cuando Gerardo y Alejandra se mudaron, los trajimos a nuestro departamento. Finalmente los terminé regalando.

El despegue profesional, las mudanzas, los hijos...

A principios de del año 1967, Teresita quedó embarazada de Gerardo. Por ese entonces yo me manejaba en Córdoba con la moto Alpino Mi Val, que era de mi hermano Kique. Con la noticia del embarazo, supuse prudente dejar de andar en moto, así que la volví a llevar a Sastre, y me compré mi primer auto: un Fiat 600 nuevo, de 750 cc. de cilindrada ⁶.



Casamiento

⁶ Con ese auto hicimos varios viajes a Sastre; también algunos viajes a Oncativo, donde daba clases en un Colegio Secundario los sábados. A veces me acompañaba Teresita y llevábamos a Gerardo en el Moisés. Para fin de curso fuimos a una cena, y dejamos el Moisés con Gerardo durmiendo, mientras cenábamos. Como hacía un poco de calor, dejamos el vidrio con una pequeña abertura, y salíamos a cada rato a la vereda para controlar que todo estuviera bien. Gerardo dormía plácidamente, pero cuando salimos para regresar nos percatamos de que por la abertura del vidrio habían entrado mosquitos, y estaba todo picado en la cara.

Pero esos no fueron los únicos cambios. Mai, me dijo que los padres en algún momento vendrían a vivir a Córdoba, puesto que ya podían imaginar que él no se recibiría nunca; que era algo a tener en cuenta, pero no de forma inminente. Sin embargo, un día vino a decirme que sus padres habían decidido edificar una pieza adicional a la casa, pero que lo realizarían en el patio. Yo no atiné a hacer preguntas, pero recién después me di cuenta de lo que en realidad pasaba: los padres no me conocían, salvo por lo que les contaba su hijo, y era evidente que estaban pensando que nosotros nunca se la íbamos a regresar; quizás, con la idea de edificar un poco más podrían corrernos. En poco tiempo vinieron albañiles y construyeron una pieza. Con Teresita embarazada, y yo tapado de trabajo, no había mucho tiempo para buscar otra vivienda. Finalmente, los padres de Martoglio se instalaron en la casa, de manera que nosotros salimos a buscar de apuro algo para alquilar. El primero de agosto de 1967 nació Gerardo. Nosotros aún vivíamos en la casa de Barrio Juan XXIII. Yo en ese momento trabajaba en la Joyería Perrín, del Mito. Él fue quien me comentó que una tía suya tenía un departamento desocupado en los monoblocks de Avenida Patria 560. Cerramos trato con bastante celeridad y lo alquilamos. Gerardo tenía un mes cuando nos mudamos a un departamento en la Avenida Patria.

Para la mudanza, le hablé a mi padre por teléfono y le pedí que viniera a Córdoba para que nos ayudara. Mi padre vino con la camioneta SIAM Di Tella roja que había comprado nueva un tiempo antes. En un solo día cargamos todo y nos mudamos. El Gordo Filipetti y Mai Martoglio nos ayudaron. Hicimos unos cuatro viajes hasta el departamento. Yo guiaba a mi padre con mi auto, y él venía por detrás con la carga.

La tarea no era menor, porque esos edificios no tienen ascensor, y había que llevar todo a pulso hasta el segundo piso. Sinceramente no recuerdo cómo logramos subir la heladera, pero al final del día mi padre regresó a Sastre, con un cansancio tal que tardó días en recuperarse. La primera noche que dormimos en el departamento yo estaba tan cansado, que ni recordé que había dejado el auto estacionado en la calle, sobre la avenida Patria.

Por la mañana cuando bajé a la calle, me encontré con que me habían forzado el baúl y me habían robado la rueda auxiliar. Por suerte, el daño no había sido importante.

Todo pasó con mucha rapidez, pero luego veríamos que no fue una mala operación, porque, la inflación hacía que todo fuera cada vez más caro, y la nueva vivienda era muy cómoda. Al poco tiempo tuvimos que incorporar a una ayudante, la Señora Alcira, una tucumana muy buena que trabajaría con nosotros por más de treinta años.

Un par de años después, cuando el contrato estaba por vencerse, la dueña me llamó preguntando si me interesaba comprarlo. En esos tiempos la inflación comenzaba a socavar la economía, y mi padre siempre decía que las cosas necesarias deben comprarse lo antes posible, porque siempre aumentaban de precio, así que de inmediato empecé a buscar algo para comprar. Aquella era una buena oportunidad, así que recurrimos a la solución familiar: yo tenía algunos ahorros, y mi padre nos prestó parte del dinero faltante; dinero que fui devolviendo con cierta comodidad, porque me dieron algunas facilidades.

Nunca más regresé a esa casa, aunque seguí siendo amigo de Mai. Con el tiempo, Mai empezó a trabajar en la Municipalidad y llegó a ser Oficial Mayor de la Casa. Se casó con su novia de siempre, Nilda y tuvieron dos hijos. Ellos compraron otra casa cerca de la casa paterna. Yo lamenté el distanciamiento con Mai, ya que nos encontrábamos solo de vez en cuando, a pesar de la amistad. En 2018 me enteré de que andaba con algunos problemas de salud. Hablé varias veces con él, pero él nunca me mencionó la gravedad de su salud. Un día me dijeron que tenía un cáncer terminal. En enero de 2019 fui a visitarlo en su cama de hospital, pocas horas antes de su fallecimiento; él ya estaba en coma. Sus hijos y su viuda me dijeron que él se consideró mi amigo toda su vida.

Y los hijos...

Gerardo era un chico tranquilo. Muy lector, pasaba horas y horas entretenido con libros de curiosidades científicas orientados a su edad, por supuesto. A él le tocó crecer en una época en la que salir a la calle a jugar no era seguro, puesto que en cualquier lugar podía desatarse una balacera, en cualquier lugar podía haber bombas de los guerrilleros camufladas en la calle. Eran tiempos de estar guardados, por lo que el intercambio con otros niños estaba más limitado.

Además, al ser el primero, no tenía hermanos con quienes jugar. Así fue hasta que llegaron Alfredo y Marcos. Al tiempo de entrar al jardín, a sala de cuatro, empezó a insistir en que lo pasaran a “la otra salita”, donde él percibía que iba a sentirse más a gusto. Ese movimiento hizo que él entrara a primer grado un año



Alfredo, Gerardo y Marcos. 1979, Mina Clavero.

antes de lo que correspondía. Lejos de sufrir problemas de adaptación, Gerardo se incorporó al grupo con enorme naturalidad, e incluso, como ya leía, estaba un poco adelantado en conocimientos. A decir verdad, los tres fueron muy buenos alumnos durante todo el trayecto escolar, e incluso durante su formación superior.

El 13 de marzo de 1969 nació nuestro segundo hijo Alfredo Tomás. El nacimiento se produjo un mes antes de lo previsto. Sucedió que, estando de ocho meses, Teresita rompió bolsa, por lo que debimos llamar con urgencia al médico partero que la atendía. El doctor Valdano, que acababa de regresar de Buenos Aires en avión, se puso a revisarla y en pocos minutos dictaminó: no se escuchan latidos, vamos directo a la clínica, pero me parece que está muerto. La noticia era inesperada; Teresita lloraba y no quería ir a la clínica de ninguna manera, pero el médico decía: “vamos, vamos; ¡de todas formas, al chico hay que sacarlo!” La internaron desconsolada; mientras tanto, mientras algunas enfermeras la atendían. No pasó mucho tiempo, hasta que una de ellas le dijo a Teresita: señora, yo no me animo a decirle al doctor, pero me parece que yo escucho latidos; es probable que todo esté bien. Cuando pude hablar con el médico, él me explicó era posible que, a causa del ruido del avión en el que había viajado unas horas antes, podría no haber escuchado los latidos esa mañana. Después de todo lo ocurrido en la mañana, Alfredo nació unas horas más tarde. Fue un parto normal, pese a ser prematuro. Era muy pequeño; pesaba 2,600 kilogramos, pero todo había sucedido con tranquilidad.

Sin embargo, la angustia volvió un rato después: Teresita estaba descansando en la habitación en compañía de su madre, la abuela Margarita. La abuela percibió un cierto quejido o malestar del bebé; entonces llamó a las enfermeras. Cuando comenzaron a revisar al bebé, descubrieron que tenía mal atado el cordón umbilical y se estaba desangrando. Rápidamente lo alzaron y se lo llevaron de la habitación para lavarlo, antes que la madre lo viera. Al parecer, el cordón era muy grueso y sedoso. Cuando yo llegué a la habitación para conocerlo, Alfredo ya estaba bien y dormía tranquilo.

Dedicado a la función pública como vicepresidente Banco de Córdoba y también trabajando en la consultora, un nuevo hijo venía en camino. Marcos Adrián Poncio nació el 13 de diciembre de 1970 y fue el tercero y último de nuestros hijos. Lo cierto es que ya con tres niños, empezó a quedarnos un poco chico el departamento y a medida que los tres iban creciendo, empezaba a verse la necesidad de conseguir un lugar más amplio para vivir. La oportunidad llegó en el '76: un día recibimos la visita de los padres de unos compañeros de colegio de los chicos que habían conocido a Teresita en el Colegio, y que vivían en la calle General Sandino: eran Carlos Monti y su esposa Marta. Ellos tenían una vecina viuda (Elvira de Soria) que vivía con una hermana soltera en una casa contigua. A partir del fallecimiento del marido de Elvira, y al no tener hijos, la casa comenzaba a resultarles demasiado grande, por lo cual ellas querían venderla y mudarse a un departamento. Nosotros ofrecimos realizar un canje, cosa que a ellas les parecía cómodo. Acordamos los precios y pagamos una diferencia. Así fue como Carlitos y Marta terminaron siendo nuestros vecinos por años.

La casa, que originalmente tenía un patio de luz, había sido reformada en su momento, para adecuarla a las necesidades de los Soria, que eran distribuidores de cigarrillos y tenían allí el depósito. Sabíamos que algún día teníamos que volver a modificarla. Tenía además un patio grande con un olivo muy alto y añoso, que por varios años nos dio cosechas de aceitunas que nosotros mismos preparábamos para el consumo. En ese patio pronto se instalaron algunas mascotas: el Pipo, un simpático perro ratonero, el Black, un perro, cruz de manto negro y pointer, el Tom, un hermoso cocker color tostado.

Un par de años más tarde encaramos la reforma necesaria, y volvimos a descubrir el patio de luz. Además, generamos un nuevo espacio que sería la habitación de Alfredo y, donde antes estaba la cocina, se fijó el dormitorio de Marcos. Gerardo quedó con la pequeña habitación del medio.

Los veraneos en la costa Atlántica

Para el verano de 1971, organizamos un viaje en familia con la hermana de Teresita y su esposo Poli (Sergio Balbi) a la costa Atlántica. Ese fue el primero de varios veraneos que hicimos con ellos en la costa. Salíamos el 31 de diciembre después de recibir el Nuevo Año y viajábamos durante el resto de la noche, “con la fresca”, como solía decirse, porque los coches no tenían aire acondicionado. El regreso a Sastre, como siempre, se programaba para el 16 de enero, que era el cumpleaños de Lelia.

En ese viaje inaugural nosotros llevamos Gerardo y Alfredo, que en ese entonces tenían cuatro y tres años. Como la estadía iba a ser en carpa y casa rodante, decidimos dejar a Marcos con mis padres, porque Marcos era muy chico y pensamos que iba a ser complicado llevarlo, pues aún usaba pañales, y hay que recordar que en esa época los pañales eran de tela y había que lavarlos permanentemente.

Lelia y Poli iban en su auto con Gloria, y ellos justamente se encargaron de llevar una casa rodante que les habían prestado. Viajaron con el automóvil Henry J, que tenía capacidad y potencia suficiente para llevar una casa rodante enganchada a modo de un tráiler; nosotros los seguimos por detrás con nuestro Peugeot 404, portando una carpa, también prestada. Nuestro destino era San Clemente del Tuyú, donde nos instalamos en un camping. Aquellos fueron unos días muy distendidos en la playa, aunque no exento de emociones –sustos, en realidad– fuertes: como el día que Alfredo se fue a caminar solo al borde del agua. Era un día hermoso, y había mucha gente en la playa. Alfredo se fue se fue alejando de nosotros sin darse cuenta. Yo no lo había observado, pero Poli lo había seguido con la mirada, y al ver que no se detenía, unos minutos después, decidió perseguirlo. En un momento, cuando Alfredo ya había hecho un trecho como de unos trescientos metros y se encontró perdido, Poli lo alcanzó y lo trajo de vuelta.



Primeros veraneos en la costa (1964): Rubén, Domingo, Guillermina y Kique.

En 1972 repetimos la aventura, esta vez con destino Monte Hermoso, al sur de la Provincia de Buenos Aires, cerca de Bahía Blanca. Un lugar hermoso de verdad, porque es la única playa del mar argentino en la que el sol se pone sobre el agua. Ese año se sumaron mi hermano Kique y su esposa Kuki. Salimos en caravana después de recibir el Año Nuevo; el primero era Poli, que ya tenía el Valiant, y llevaba la casa rodante de tráiler; luego Teresita y yo, en una camioneta Peugeot del abuelo Domingo, muy cargada, con carpas garrafa, colchoneta. Estuvimos toda la tarde cargando la camioneta y, sobre todo, asegurando la carga, para no perder cosas en la ruta; sin embargo, algo falló en la estrategia, pues apenas salimos del pueblo, en la primera curva, Kique y Kuki, que venían últimos, encontraron una almohada que habíamos perdido desde nuestra camioneta.

Quizás la almohada perdida presagiaba la emoción que vendría más adelante, esta vez de la mano del clima: un temporal de viento que venía del mar nos obligó a levantar el campamento, y recluirnos en un lugar más tranquilo. Nos trasladamos a Sierra de la Ventana, que ya no tenía la famosa piedra movediza, pero al menos no azotaba el viento. Dos días después seguimos viaje hacia el mar, aunque en el camino todavía bramaba el viento, al punto de que temíamos que volcara la casa rodante (Poli debía llevar a uno de los chicos en su auto, pero no se animaba porque temía que el viento le provocara un accidente). Llegamos a Necochea, cansados y sucios, y nos hospedamos, con Kique y Kuki, en un hotel de mala muerte, mientras que Poli y Lelia aprovecharon la casa rodante. Al día siguiente, ya descansados y limpios, conseguimos lugar en un camping, y allí pasamos unos quince días. Regresamos a Sastre sin inconvenientes (¡y sin viento!).

En los primeros días de 1973 fuimos a Mar de Ajó. Nos instalamos en un camping muy grande y allí pusimos las carpas al pie de un médano. Fue muy divertido para los chicos, que solían subir al médano para tirarse rodando en bajada por la arena; sin embargo, la diversión les duró, pues nos advirtieron que por allá arriba, desde donde ellos se lanzaban, solían aparecer algunas víboras. Como sucede casi siempre cuando se viaja con niños, o se termina en un hospital o en la policía. Por suerte esta vez la cosa no fue tan lejos, pero el inevitable



Kique y Kuki el día de la boda.

⁷ Uno era Arnaldo Cisilino; del otro recuerdo solo su nombre, Santiago.

susto de las vacaciones no estuvo ausente: un día, en la playa, Alfredo no había desaparecido; después de recorrer cada rincón del camping, ya con cierta inquietud, lo encontramos dentro de una carpa, jugando con otro chico de su edad.

La anécdota más graciosa ocurrió un día que fuimos a pescar: en esos tiempos, Poli y yo nos habíamos aficionado a la pesca; así que salimos con él y mi hermano, a probar suerte. Ese día entre Kique y yo, pescamos unas 8 corvinas rubias. Al regreso, a Poli se le ocurrió colgar las 8 corvinas en una caña, y salir a caminar por la playa con la caña al hombro, solo para lucirse; la gente lo aplaudía, mientras él se “mandaba la parte”. Hermoso recuerdo de Poli, en el que sería el último viaje que hicimos con él. Poli perdió la vida en el fatal accidente del día 8 de mayo de 1973 en la Fundición.

En 1976 salíamos con Kuki y Kique, cada uno en su coche. En esa oportunidad, fuimos a San Bernardo, muy cerca de Mar de Ajó. Con Kique habíamos hecho fabricar dos carpas con un toldo que permitía unir las una frente a la otra, a modo de galería. Yo me había puesto de acuerdo con dos amigos de La Plata, con quienes solía compartir algunas reuniones profesionales ⁷. Nos encontramos todos en el camping. Uno de estos amigos, muy aficionado a la cocina, solía hacer pizzas, que cocinábamos en un pequeño horno que armamos con escombros y ladrillos huecos. También cocinaba mariscos, que comprábamos en el muelle de pescadores.

El calvario de Kique

Mi hermano Kique siempre había tenido buena salud, no tenía enfermedades crónicas; sin embargo, debió padecer una triste y fatal enfermedad que lo llevó a la muerte a los 47 años.

Transcurría el año 1982, cuando sufrió un problema intestinal, que requirió su traslado a la Ciudad de Rosario. Lo internaron, en el Sanatorio Parque, uno de los centros de salud más reconocidos en aquella Ciudad, donde lo atendió el Doctor

Enrique Roncoroni, que era el director del Sanatorio en ese momento.

El 6 de junio de ese año fue operado por una obstrucción intestinal muy grave, en la que le extirparon más un metro del intestino grueso, sin que fuera necesaria la colocación de un ano contra natura. Logró recuperarse, pero el pronóstico no era bueno, y su salud se deterioraba, porque se había detectado un mal funcionamiento en el hígado. Con varios trastornos, pronto debería pasar nuevamente por el quirófano. Su hígado ya funcionaba con problemas, y el diagnóstico era severo. Luego de varias internaciones, y mucho padecimiento, le comunicaron que había que operar el hígado. La operación se realizó en marzo de 1983. Tras varias horas, el cirujano manifestó que Kique estaba momentáneamente fuera de peligro, pero necesitaba hablar con la familia.

Mientras esto ocurría, el primo Pepín Poncio, que ya vivía en Rosario, se ocupaba de hablar con los médicos, y nos alertaba de que el pronóstico no era para nada bueno.

Esa mañana en la que en la que lo operaron yo estaba junto a Kuki en la sala de espera, recién llegado de Córdoba. Cuando finalizó la cirugía, me reuní con el médico. Me llevó a una sala adyacente al quirófano, en la que había una fuente plana de acero inoxidable, cubierta por un paño blanco. El médico requirió de información familiar, y al saber que yo era hermano del paciente. “Hubo que extirpar gran parte del hígado”, me dijo, mientras me mostraba detalles de las partes que habían seccionado, donde había dos grandes manchas amarillentas del tamaño de una bola de billar, y otra mancha un poco menor. Los médicos suelen ser crueles cuando deben referirse a temas graves. Necesitaba hacerle saber a la familia que este es un caso grave –me dijo–; son tres tumores que ocupan tres cuartas partes del hígado, y no hay posibilidades de salvación. Luego agregó: “yo no he visto en mi vida que un caso como éste se haya recuperado.

El hígado es uno de los órganos más primitivos del cuerpo humano, y tiene capacidad de volver a regenerarse y crecer, pero es improbable que logre cumplir con su trabajo, y el cuerpo del paciente va a sufrir”. Por fortuna no le tocó a Kuki estar presente en ese momento, y escuchar el veredicto.

Solo restaba esperar la difícil recuperación del enfermo. Kuki sobrellevó con valentía, con mucha fuerza la situación, mientras Kique se recuperaba. Cuando le dieron el alta, fueron mis padres a buscarlo a Rosario, acompañados por Gustavo. De vuelta en su casa, Kique se recuperaba, brindando alguna esperanza, porque el hígado crecía con inesperada celeridad, aunque el paciente tenía el típico color amarillento de quienes padecen un cáncer terminal. A fines de ese mismo año debieron intervenirlo nuevamente, en el mismo sanatorio, para hacerle un bypass desde el hígado hasta el intestino, a fin de lograr un canal que permitiera eliminar la bilis que no podía procesar el hígado.

Al mismo tiempo, mientras se recuperaba, lo sometieron nuevamente a tortuosas experiencias de estudios y análisis, “por el bien de la ciencia”, le decían, para convencerlo, porque al parecer, su caso sería presentado en las revistas especializadas en medicina. Eso me lo contó él mismo, mientras se quejaba de lo molesto y sacrificado que eran esos estudios y situaciones. Ellos serán grandes profesores –me decía–, pero a mí me tienen podrido con los estudios que me hacen para lucirse ellos en la Facultad.

En aquellos tiempos, yo estaba ocupando el cargo de Ministro de Economía de la Provincia, y me contaba con el apoyo y conocimiento de quien era entonces el Ministro de Salud Pública, un cirujano de Tórax y abdomen, que era uno de los jefes del departamento de cirugía del Hospital Italiano de Córdoba, el Dr. Agustín Uribe Echevarría, quien fue de gran ayuda para mí, pues él mismo se comunicó por teléfono con el Dr. Roncoroni para poder seguir la marcha del caso. De esta manera pude obtener alguna explicación técnica sobre la cirugía y el comportamiento de los enfermos terminales, así como algunas recomendaciones respecto a la forma de comunicarse con ellos. Al poco tiempo Kique comenzó a ocuparse nuevamente de las tareas del campo, algo que le demandaba un gran esfuerzo, aunque lo hacía con notable optimismo. En la casa la familia y los chicos tenían un pequeño perro, un ratonero, que se convirtió en un fiel acompañante del enfermo. Se llamaba Baby, que era el nombre de un perro similar que teníamos nosotros en el campo cuando éramos muy chicos, que también fue el preferido de Kique.

* * *

Mientras todo eso ocurría, recibí una llamada telefónica de un señor Galán, quien varios años antes le había comprado un pequeño sector del campo de los Poncio al esposo de mi prima Dorita Poncio, el “Churrinche”. Al parecer, el Churrinche se lo había vendido una noche en un cabaret, estando medio pasado de copas. Era un terreno de 11 hectáreas que integraba el condominio de los Poncio. Lo cierto es que yo perseguí por años a ese señor Galán para que me lo vendiera, y así recuperarlo; pero él no estaba interesado en venderlo. Con el tiempo, este hombre se había ido a vivir a Buenos Aires. Tiempo después, nos avisó que había decidido venderlo (su esposa siempre se había negado, pensando que se trataba de un terreno de mucho valor). Como yo viajaba asiduamente a Buenos Aires, cerramos trato y pusimos en marcha la escrituración. Con entusiasmo, Kique juntó algunos ahorros para concretar ese viejo anhelo que teníamos, y llegado el momento, Kique viajó en un colectivo a Buenos Aires con todo el dinero a cuestas. Llegó de madrugada y pasó directo a descansar en un hotel para recuperar fuerzas.

Las comunicaciones eran difíciles en esos tiempos. Yo había viajado expresamente para hacer ese trámite, y pasé a buscarlo con un coche de la casa de Córdoba en Buenos Aires. Lo llevé hasta la escribanía en la que se realizaría la escritura. Kique ya estaba muy débil, pero encaró la operación con optimismo. Al llegar al lugar, nos dimos con una desagradable sorpresa: allí conocimos al mencionado Galán y a su esposa quien, no obstante, lo dicho por Galán acerca de haberla convencido, seguía empeñada en no vender el campo, convencida aún de su supuesto valor, argumentando que lo estaban regalando. Seguramente estaba mal asesorada: el propio escribano intervino con unas duras palabras hacia la mujer, quien finalmente, aunque de muy mala gana, accedió a firmar. Kique festejó el resultado, contento y satisfecho, a pesar de su salud, y regresó al hotel para descansar. Esa misma noche regresó a su casa en ómnibus, por suerte sin complicaciones.

Kique era en general muy optimista y mostraba muchas ganas de vivir, y no hacía ni mención, ni tenía en cuenta su enfermedad. Tanto es así que en algún momento me manifestó que tenía idea de cambiar el auto; con mucha prudencia, yo traté de desalentarlo, porque sabía lo que se venía. Kuki sobrellevaba la situación con

gran reserva, para que Kique no se enterara por vía de terceros; nunca manifestó su desesperanza, ni le comunicó su pesar. Sobre ese optimismo de Kique, a mí me habían explicado que ese comportamiento era una coraza de protección que elaboran a veces los enfermos: mientras él no preguntara, no había que contarle la situación real, me decían, pues si no tiene curiosidad para enterarse, es porque no está preparado para soportar la verdad y prefiere el devenir de los hechos.

Mis padres estaban desesperados, aun sin conocer con exactitud lo que estaba sucediendo, aunque mi madre lo había empezado a sospechar, y en una oportunidad me rogó que le dijera la verdad; en ese momento yo ya no pude ocultárselo más. De inmediato me llevó ante mi padre para que le cuente. Para él fue terrible, pues también presumía lo peor, aunque hasta ese momento se había aferrado a una última esperanza. Tenía 73 años y padecía la situación con gran impotencia, mientras su propia salud se iba deteriorando.

Transcurrió el año 1983, y al llegar el verano, Kique hacía planes de veranear en Córdoba, tal como lo habían hecho muchos otros veranos. En febrero de 1984 toda la familia viajó en auto a Carlos Paz, donde habían alquilado una casa en forma temporal. Mis padres viajaron desde Sastre a Córdoba, y en un fin de semana fuimos hasta Carlos Paz a visitarlos. Kique estaba de buen humor y disfrutaba del veraneo, aunque después del almuerzo debió recostarse para tomar fuerzas. Estaba tan cómodo que, al finalizar las vacaciones, le pidió a la propietaria de la casa que se la reserve para el próximo verano, porque pensaba volver.

Unos días antes, el 19 de enero de 1984 había fallecido don Tomás Artero, padre de teresita, a los 79 años. En el velatorio, el Doctor Vignolo, que desde el Hospital seguía de cerca la enfermedad de Kique, quiso aprovechar que yo estaba en el sepelio para hablar conmigo, ya que preveía el desenlace, y se preocupaba por los chicos, Gustavo y Elisa, que aún no estaban oficialmente informados. El médico era amigo de todos, y casi a diario visitaba la casa de Kique y Kuki, no como médico, sino como amigo, para apoyar en lo que fuera necesario. En algún momento, encontró la oportunidad de juntar a los chicos en una habitación, para explicarles la situación. Gustavo tenía 16 años, y

Elisa 14, y estaba preparando su intervención en el desfile de la comparsa que se realizaría en Carnaval.

El deceso de Kique se produjo el 9 de marzo de 1984. Nosotros llegamos unos días antes, a tiempo para despedirlo, aunque casi ya no pude comunicarme, porque se había descompensado, y había entrado en coma. A media tarde del día 9, estando yo a su lado, su vida se cortó. Con mi padre Domingo fuimos hasta una funeraria en San Jorge para encargar el servicio y elegir el cajón. El perro Baby parecía entender que algo pasaba, y no se movía del lugar frente a la puerta de la cocina.

Debido a que en Sastre ya estaban ocupando la sala de velatorios, y se estaban realizando las fiestas de carnaval, el velorio se realizó en la casa de mis padres, adonde llegaron parientes de Coronda y de Rosario. Baby, que había montado guardia en la casa, siguió los movimientos mientras trasladaban a Kique; una vez instalada la capilla ardiente, entró a la casa y se echó bajo del cofre, y allí permaneció, hasta que Gustavo tuvo que sacarlo para que los encargados pudieran proceder al cierre final del cajón. La sepultura se hizo en el panteón familiar, y permaneció allí hasta que el cajón fue trasladado a otro sitio.

Buenos recuerdos junto a mi hermano Kique: vacaciones en Brasil

En 1980 la relación de precios con Brasil resultaba muy conveniente, por lo que con Kique quisimos aprovechar la oportunidad, y nuestras miras se orientaron hacia ese destino. Ambos teníamos autos Peugeot 504; Kique tenía uno bordó, y el nuestro era celeste.

Cuando salimos, lo hicimos un día al caer la tarde rumbo a Paso de los libres, en la Provincia de Corrientes. Eran cerca de las tres de la mañana y ya estábamos cerca, pero de repente el parabrisas del auto de Kique estalló. En ese entonces, muchos caminos todavía eran de ripio y era frecuente sufrir golpes en el parabrisas por las piedras que salían despedidas por otros vehículos al pasar. A raíz del accidente, tuvimos que continuar el viaje con mucha precaución hasta llegar

a Paso de los Libres, donde debimos buscar quién nos colocara un parabrisas nuevo. Eso llevó su tiempo, y para colmo de males, cuando le estaban colocando el parabrisas nuevo, un mal golpe lo reventó y llenó todo el auto con vidrios rotos. Fue necesario que colocaran otro, y recién entonces pudimos seguir el viaje.

Pasamos la aduana e ingresamos a Brasil; ya estaba aclarando cuando tomamos la ruta hacia Porto Alegre. Al llegar a esa Ciudad, tomamos la ruta atlántica hacia el norte, y al caer la tarde ya estábamos llegando a Torres, nuestro destino final. Allí alquilamos una casa cerca de la playa. El propietario tenía una lancha de pesca, y salía diariamente a pescar. Yo estaba tan interesado en ver lo que hacían que me invitaron para que los acompañara en una salida. Así fue como una mañana, muy al alba, me subí con ellos para ir a pescar mar adentro. Aquel no era precisamente un yate de lujo; todos los hombres estaban en cubierta, tirando las redes, y a mí me mandaron al fondo del lanchón, sentado en el piso. Por suerte estaba en el borde, y podía vomitar tranquilo, ya que había mucho oleaje y esa barcaza se movía como una cáscara de nuez. Cuando estábamos uno o dos kilómetros de la costa, el motor de la lancha se detuvo; allí me di cuenta de que había cometido una imprudencia, pues esta gente no tenía ni un radio para comunicarse.

Mientras yo seguía vomitando, los pescadores intentaban componer el desperfecto, pero no lograban resultados. Sin embargo, al recoger las redes todo fue festejo, ya que hacía tiempo que venían intentando pescar, aunque sin suerte. Esta vez, las redes venían bien cargadas. La pesca fue de unas dos toneladas, y todos los peces eran de una especie de tiburón blanco que suelen llamar cazón, que es comestible y totalmente inofensivo. Parece que es lo único que se pesca en esa zona. De regreso en la costa, me regalaron importante un ejemplar, que luego cocinamos y comimos entre todos. No hace mucho pude enterarme de que lo que se vende aquí en las pescaderías como “lomito de atún” no es otra cosa que un filete de cazón, como aquel tiburón blanco que habían pescado en el mar frente a Torres.

Los precios eran muy convenientes para nosotros y compramos muchas cosas. A los chicos se les daba todos los gustos, porque todo era barato. Tantas fueron las compras que para poder traer todo a casa, Kique tuvo que comprar un portaequipaje para su auto; de otra forma no había lugar para regresar a casa con todas las porquerías compradas. Algunas de ellas todavía están dando vueltas por algún lugar.

Algunos otros viajes

Para el año 1988, decidimos volver a veranear en la costa atlántica. Viajamos con Alfredo y Marcos hasta Monte Hermoso. Gerardo decidió quedarse porque estaba con exámenes en la Facultad.

Alfredo y Marcos conocieron allí a unas chicas que casualmente eran de Córdoba; eran tres amigas y habían ido con los padres de una de ellas. Ese mismo día, a media tarde, llegaron caminando por la playa Alfredo y Marcos para pedirme las llaves del auto, para llevar a las chicas hasta su casa. Yo tenía miedo porque estábamos en un lugar que no conocíamos, y Alfredo apenas había cumplido 18 años y aún no había sacado la licencia de conducir. Pero la presión era mucha, y tuve que ceder. Por su parte, los padres de Gaby se inquietaron un poco al verlas llegar con unos chicos desconocidos, aunque, según ellos decían “¡tenían carita de ser buenos!”.

Así se forjó un grupo de amigos muy lindo, en el cual se sellaría el destino de Marcos, pues una de las integrantes de ese grupo era precisamente mi actual nuera María Gabriela Cisternino, esposa de Marcos y madre de dos de mis nietos.

Los hijos despliegan sus alas

En 2001 y ya con 60 años, comencé a planificar mi retorno a Córdoba. Yo había trabajado en Buenos Aires desde principios de los '90: aquello que parecía que iba a ser por poco tiempo, terminó durando diez años. De hecho, en un momento incluso, cansado de vivir de lunes a viernes en un hotelito, había buscado la posibilidad de comprar un pequeño departamento, donde yo pudiera sentirme un poco más a gusto en mi privacidad. En octubre de 1991 compré un departamento muy lindo y muy cómodo en la calle Viamonte al 749; cómodo, no solo porque sus ambientes eran bastante amplios, sino porque quedaba tan cerca de mi trabajo, que podía ir caminando. Ese departamento fue además lugar de parada de todos los familiares y amigos que pasaban por Buenos Aires. Tan cómodo era tener ese lugar que lo conservé mientras pude y me resultó conveniente. Con el tiempo, estando yo retirado de las actividades laborales, los viajes a Buenos Aires empezaron a ser muy esporádicos, por lo que mantener esa vivienda allá, se hizo muy oneroso, y en 2014 decidí venderlo. Fue un poco triste, si se tiene en cuenta que era el lugar de encuentro con mi nieto Federico, que vive en Buenos Aires. En ese lugar lo vimos crecer, prácticamente. Recuerdo que, por algún motivo alguien tocaba el timbre, él decía casi automáticamente: “¡la comida!”.

Mientras tanto, en Córdoba seguíamos viviendo en la casa de Gral. Sandino. Previendo que más tarde o más temprano, nos íbamos a quedar solos, pensamos en una futura mudanza. En este caso, la ocasión vino de la mano de un emprendimiento en barrio Nueva Córdoba para el que se hizo un consorcio. En fin, el departamento aún no estaba construido, por lo que mudarse era algo que estaba previsto para mucho después, conscientes de que, a medida que los hijos se van independizando, esa casa, que es bastante grande, nos empezó a quedar muy holgada.

En 1992 celebramos un primer casamiento de Alfredo. Con ese matrimonio, comenzó la partida de los hijos. Un año más tarde, Alfredo se mudaba a Buenos Aires. A poco de radicarse en Buenos Aires, nos sorprendió con la noticia de su divorcio, luego de un año de casado. Tiempo después conoció a la madre de Federico, su primer hijo, María Elena Larrachado Caporale. Esa relación no prosperó.

Tras esa segunda separación, conoció a Mariana Cecilia Salvioli, con quien se casó en La Plata, en segundas nupcias, el 7 de diciembre del año 2000. De ese matrimonio nacieron dos hijos, Santiago, el 6 de junio de 2001, y el benjamín, Nicolás, nacido el 21 de setiembre del año 2003.

Por su parte, luego de la crisis económica y financiera sufrida en la Argentina en el año 2001, y luego del nacimiento de su primogénito Santiago, Alfredo y Mariana tomaron la decisión de mudarse a Miami, en el Estado de Florida, USA. Al momento de redactar estos recuerdos, Alfredo y Mariana viven en Doral, Florida, con sus hijos Santiago (estudiando en la Northeastern University, en Boston), y Nicolás, que casi termina su educación intermedia.

El 25 de septiembre de 1993, Gerardo y Alejandra se casaban. Apenas un año después, el 30 de septiembre de 1995, lo hacían Marcos y Gabriela. Ese año, un mes antes del casamiento de Gaby y Marcos, nos mudamos al departamento recién terminado. Cuando digo que nos mudamos, quiero decir que nos fuimos a vivir allá, aunque la verdad es que lo único que llevamos de la casa fue nuestra ropa y alguna que otra cosa más. El resto quedó allí, y Gerardo y Alejandra, que llevaban dos años de casados y alquilaban un departamento en el centro, se mudaron a la casa. Estábamos seguros de que ellos la iban a disfrutar como lo habíamos hecho nosotros durante los casi veinte años que la habíamos habitado; y de paso, eso nos permitía a nosotros no extrañarla tanto. De hecho, los domingos pudimos seguir haciendo el asado y reuniéndonos en familia como antes, como siempre. Al menos, los que habíamos quedado en Córdoba, pues para entonces, Alfredo se estaba instalando en Buenos Aires, y Marcos tampoco se quedaría mucho tiempo más por aquí: 1997, su jefe en Chrysler, que había sido trasladado a la

sede central de la Chrysler Corporation en Detroit, Michigan, le sugirió a Marcos acompañarlo, y aunque, en principio, la idea era quedarse por un par de años, la verdad es que se sintieron tan bien que decidieron quedarse allá. Actualmente Marcos y María Gabriela viven en la Ciudad de Vero Beach, Florida, junto a sus hijos Ignacio Daniel y Martín.

Alejandra y Gerardo se quedaron en esa casa otros veinte años casi, hasta que se mudaron a un departamento muy cómodo, cerca de la Ciudad Universitaria. Ellos siguen viviendo en Córdoba con sus dos hijos, Pablo Hernán y Lara Emilia, para nuestra felicidad y compañía. El destino parece indicar que les va a tocar a ellos cuidar de nosotros, los viejos.

Los nietos

Sobre mis nietos, los principales destinatarios de este relato, no voy a agregar mucho; con el tiempo, quizás, cada uno de ustedes decida continuar el relato de esta historia. En parte porque se trata de la historia más reciente, y no resulta tan sencillo reconocer cuáles han de ser los momentos más trascendentes de la historia de cada uno. Cuando uno mira las cosas de cerca, pierde el foco, pierde algo de perspectiva. Por eso dicen que la historia debe ser escrita cuando ya ha pasado algo de tiempo. No obstante, quiero dejar volcados algunos datos, y quizás algunas anécdotas de ellos, en la medida que pueda recortarla del “todo” presente.

Nuestro primer nieto es Federico Tomás, nacido en la ciudad de Buenos Aires, 6 de enero de 1996. Es hijo de Alfredo y de María Elena Larrachado. Vivió siempre en Buenos Aires, y fue el que más pudo visitarnos en Córdoba, de entre los que viven lejos. Es Licenciado en Relaciones Internacionales y, al momento de escribir estas memorias, estaba trabajando en South End SRL como analista funcional. Además, está terminando una “Maestría en explotación de datos y descubrimiento del conocimiento” (Data Mining, como se conoce en inglés). En unos meses, cuando haya culminado sus estudios en Buenos Aires, Federico se mudará a Estados Unidos.

Después llegó Ignacio Daniel, que nació el 4 de junio de 1997 en la Ciudad de Córdoba. Es hijo de Marcos y Gabriela Cisternino. Ignacio vive en Estados Unidos, y es músico. Estudia música en la Universidad de Orlando, Florida y toca varios instrumentos de viento-metal, en especial el corno francés, y participa en varias orquestas, como miembro estable o como invitado.

El tercero de nuestros nietos es Martín Armando, que nació en Detroit, Estados Unidos, el 3 de noviembre de 1999, y es hijo también de Marcos y Gabriela. Martín ha sido un gran apoyo para su padre en cuestiones relacionadas con el mantenimiento de los Motor Home que tenían en alquiler, y actualmente lo ayuda con temas de la Bolsa de Valores, donde están haciendo algunas inversiones.

El 6 de junio de 2001 nació, en la Ciudad de Buenos Aires, Santiago, hijo de Alfredo y Mariana. Santiago vivió muy poco tiempo en Argentina, y actualmente vive en Boston y es un muy buen estudiante de Física en la Northeastern University.

El 11 de diciembre de 2001, nació Pablo Hernán, en la Ciudad de Córdoba; primer hijo de Gerardo y de María Alejandra Fritzsich. Pablo está empezando la Licenciatura en Matemática Aplicada en la Universidad Nacional de Córdoba.

Lara Emilia, la única nieta de la camada, nació también en Córdoba, el 24 de Julio de 2003, y es también hija de Gerardo y María Alejandra. Toca el violín desde chica, y actualmente integra la Orquesta Académica Juvenil del Teatro del Libertador en la ciudad de Córdoba, y es concertino del Ensamble Guarnerius. Lara está en su último año de colegio, y se prepara para seguir estudiando música en la Universidad.

El menor de los nietos es Nicolás, hijo de Alfredo y Mariana. Nico nació el 21 de septiembre de 2004 y actualmente está aún en High School.

Vamos cerrando el relato

Para no exagerar con los detalles y evitar el hastío de los lectores, como suele hacerse en las novelas, voy a intentar redondear el relato y encontrar un final feliz.

El repaso del transcurso de mi vida no ha sido para nada sencillo; yo siempre he sido una persona muy permeable a las emociones, y cuando me emociono, no puedo contener las lágrimas. Repasar los sucesos de una vida es remover recuerdos y rememorar las pérdidas, los afectos y los errores cometidos. Nunca he sido un optimista empecinado, sino más bien un persistente melancólico. Cada episodio relatado ha significado nuevas emociones y sus consecuentes lágrimas: lloré mucho al repasar los sucesos que me produjeron dolor. Claro está que también hubo éxitos y triunfos que alegraron mi vida y me convirtieron en una persona razonablemente feliz. Formé una hermosa familia, con hijos y nietos que son el verdadero premio que podía ambicionar; pero, a pesar de ello, no puedo evitar los pesares por otras muchas cosas que hubiera querido realizar, o que hubiese debido realizar.

A mí siempre me gustó planificar las cosas. Cuando pensamos en los muebles para el departamento, por ejemplo, calculé que, con tres hijos, vendrían tres esposas y varios nietos (yo ya imaginaba que podían ser unos siete; ¡Ese fue el único acierto de mi plan!). Una mesa donde pudiéramos reunirnos todos debía tener, como mínimo, lugar para unas quince personas. Pero la realidad se encargó de demostrar algo bastante obvio y que yo no podía ignorar: las familias tienen una evolución imposible de prever. El plan podría haber resultado acertado; sin embargo, por distintas razones, en los veinticinco años que llevamos viviendo allí, nunca tuve el placer de tenerlos a todos juntos en forma simultánea, sentados alrededor de ella. Está claro que nos place hacer planes y perseguir los objetivos, pero hay que tener presente que nadie puede predecir el futuro, y que siempre habrá diferencias entre lo deseado y lo realizado. Lo cierto es que, aquellos planes que yo solía trazar cuando imaginaba la mesa del comedor en Córdoba, quedaron un poco truncos. Sin embargo, no dejo de valorar que, más allá de las distancias, tenemos una hermosa familia; dispersa, sí, pero unida y feliz. Tal vez algo distinto a lo imaginado, pero que nos llena de orgullo y satisfacción. Nosotros, los viejos, permaneceremos en nuestra Patria, la querida República Argentina.

¡Gracias!

R.D.P.